

UNIVERSIDAD



De "IMAGENES"
Litografía - 1868

MENSUAL DE CULTURA POPULAR

ENERO

1937

UNIVERSIDAD

MENSUAL DE CULTURA POPULAR

DIRECTOR: ABOG. MIGUEL N. LIRA

ESTA REVISTA CONSTITUYE UNA DE LAS PUBLICACIONES DEL DEPARTAMENTO DE ACCION SOCIAL Y SE EDITA BAJO LA DEPENDENCIA DE LA JEFATURA DEL PROPIO DEPARTAMENTO

REGISTRADA COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE CON FECHA 12 DE ENERO DE 1937

O F I C I N A S : B O L I V I A 17. M E X I C O , D . F .

S U M A R I O

Ideología de la Universidad.
ABOG. LUCIO MENDIETA Y NUNEZ.

André Siegfried y la Universidad,
ALFONSO GARCIA ROBLES.

Primeros Escritos Publicados de Manuel Gutiérrez Nájera,
E. K. MAPES.

El Estado Providencial.
WALTER LIPPMANN.

Pajarita Enlutada.
ALFREDO MAILLEFERT.

El Movimiento del Polo.
DR. JOAQUIN GALLO.

Alba en el Trópico.
RUBEN SALAZAR MALLEN.

La Filosofía del Marxismo.
ABOG. JOSE RIVERA P. C.

Poesía y Realidad.
RODOLFO USIGLI.

Elegía Delfica.
CARLOS PELLICER.

Diálogo con Waldo Frank.
RAFAEL HELIODORO VALLE.

ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS.

NUESTRO CANJE.

ANTE LOS LIBROS RECIENTES.

LA PINTURA ROMANTICA MEXICANA DEL SI-
GLO XIX.

EL ROMANTICISMO EN EL GRABADO.

Waldo Frank y la Función del Artista Moderno.

La Tragedia de Unamuno.
JEROME Y JEAN THARAUD.

Relieve de la Literatura Hispanoamericana,
JORGE MANACH.

Por qué escapé de Italia,
ALICE ROBE.

América Frente a Europa en el Arte,
ANGEL GUIDO.

E N E R O

NUMERO 12 TOMO III

UNIVERSIDAD NACIONAL. - JUSTO SIERRA 16. MEXICO, D. F.

Rector: Abog. LUIS CHICO GOERNE

Oficial Mayor: Abog. JUAN JOSE BREMER

Jefe del Departamento de Acción Social: Abog. SALVADOR AZUELA

Tesorero: ALFONSO E. BRAVO

CONSEJOS

Un padre que, en verdad quiere a sus hijos, cuida su SALUD y su EDUCACION. Los Médicos, los Higienistas, le darán consejos sobre lo primero; el Maestro, sobre lo segundo. Se comete un error de trascendencia, solicitando consejos de personas extrañas al Magisterio sobre estudios que deben seguirse y Escuelas en que éstos deben hacerse.

Los técnicos en la educación, de la ESCUELA CENTRAL DE MEXICO, han formulado para usted las siguientes sugerencias:

1ª—Cuide la Primaria de sus hijos desde el 1º hasta el 6º año.

2ª—Después de la Primaria haga que sus hijos estudien Secundaria.

3ª—Analice las calificaciones de sus hijos y con ayuda de sus Maestros precise su vocación.

4ª—Eduquelos en el sentido de su vocación.

5ª—Es parte de la educación la formación del carácter. Atienda usted este punto con toda dedicación.

6ª—Provea a sus hijos de libros útiles y todo cuanto sea necesario para que realice un trabajo perfecto.

7ª—Socialmente todas las Escuelas son buenas. Sin embargo, usted dé preferencia a las que le presenten un cuadro de Maestros distinguidos y a las que cuiden la formación del carácter.

8ª—Sólo hay una época destinada a la preparación. Quien la desaprovecha, malogra su porvenir. La responsabilidad es de los padres.

9ª—No distraiga a sus hijos en ocupaciones extrañas a sus estudios.

10ª—Pague bien a los Maestros. Pague bien a las Escuelas. En todo caso le devuelven más de lo que paga.

Escuela Central de México

Buenos Maestros - Cuida la Formación del Carácter

Sadi Carnot, 13. Tels. Eric. 6-23-66. Mex. L-07-71. México, D. F.



Eugenio Villain

1a. Motolinia 13 Apartado 1166

México, D. F.

**Instrumentos
de Cirugía**

**Muebles para Hospital
y Consultorio**

**Suturas Lukens
Bragueros y Fajas**

BANCO NACIONAL DE MEXICO, S. A.

FUNDADO EN 1884

CAPITAL: \$ 16.000,000.00

CASA MATRIZ: ISABEL LA CATOLICA, 44. MEXICO, D. F.

Nuestra experiencia de más de **M E D I O S I G L O** de servicios bancarios en la República, nos permite facilitar las operaciones que a continuación se indican, contando para ello con 42 sucursales y agencias distribuidas en las poblaciones de mayor importancia comercial.

Apertura de cuentas corrientes de cheques en toda clase de monedas. Operaciones de Crédito.

DEDICAMOS ESPECIAL ATENCION A LA COMPRAVENTA DE GIROS SOBRE EL INTERIOR DEL PAIS Y SOBRE EL EXTRANJERO.

Nuestro Departamento Extranjero se dedica especialmente a la compraventa de monedas extranjeras, pagando los mejores tipos de cambio del mercado.

Contamos con una extensa red de **CORRESPONSALES** en toda la República para el servicio de **COBRANZAS**

Guarda de Valores.

El Departamento de Caja de Ahorros, recibe depósitos desde UN PESO y abona intereses desde CINCO PESOS.

Vendemos **CHEQUES PARA VIAJEROS** pagaderos en moneda nacional y los mundialmente conocidos de la American Express y American Bankers Association pagaderos en Dólares. Expedimos Bonos de Caja pagando intereses.

LA MODERNIZACION DE TODOS NUESTROS SERVICIOS NOS PERMITE DEJAR SATISFECHA A TODA NUESTRA APRECIABLE CLIENTELA.

Le interesa solicitar información.

AGENCIA EN LA CIUDAD DE NUEVA YORK.

52 William Street.

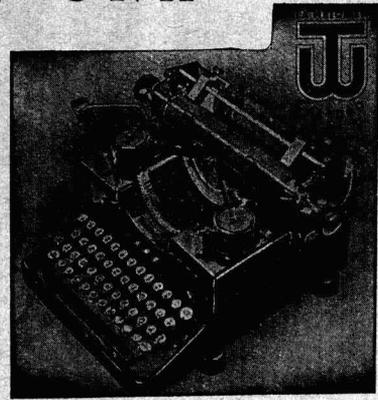
CORRESPONSALES EN EL PAIS Y EN EL EXTRANJERO.

TRES MAQUINAS EN UNA
LA NUEVA

TORPEDO

MODELO 6

- 1ª Máquina STANDARD.
- 2ª Unica de cuatro *carros intercambiables*.
- 3ª Máquina de *contabilidad* (adaptada para el nuevo sistema de tarjetas, aprobado por la Secretaría de Hacienda).



ADEMAS:

12 ventajas exclusivas y fijese bien:...
Economía de 44% en precio y 75% en tiempo.

LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO ACABA DE ADQUIRIR UN BUEN NUMERO DE MAQUINAS TORPEDO Y ESTA COMPLETAMENTE SATISFECHA CON SU FUNCIONAMIENTO.

WALTER ISE

Representante exclusivo para la República desde hace 12 años.

Alumnos Núm. 48.

Eric. 5-10-51.

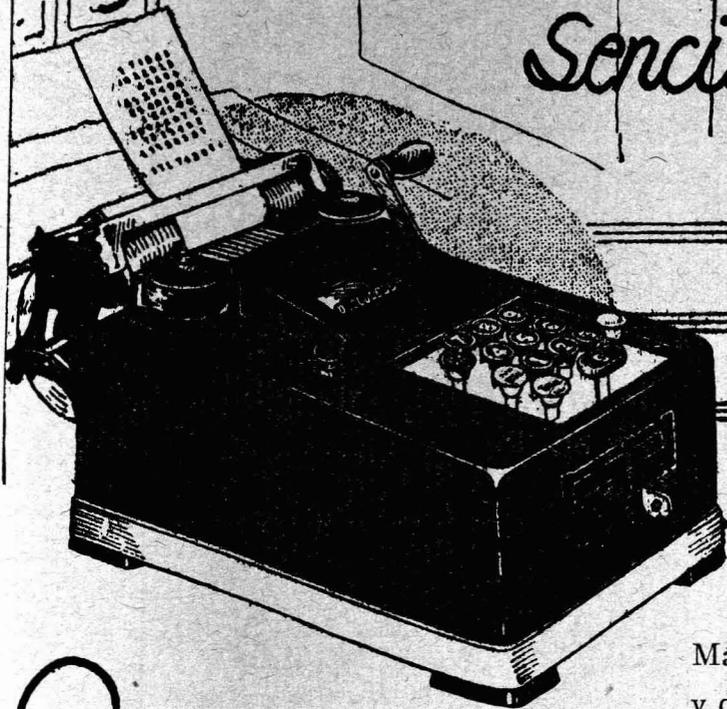
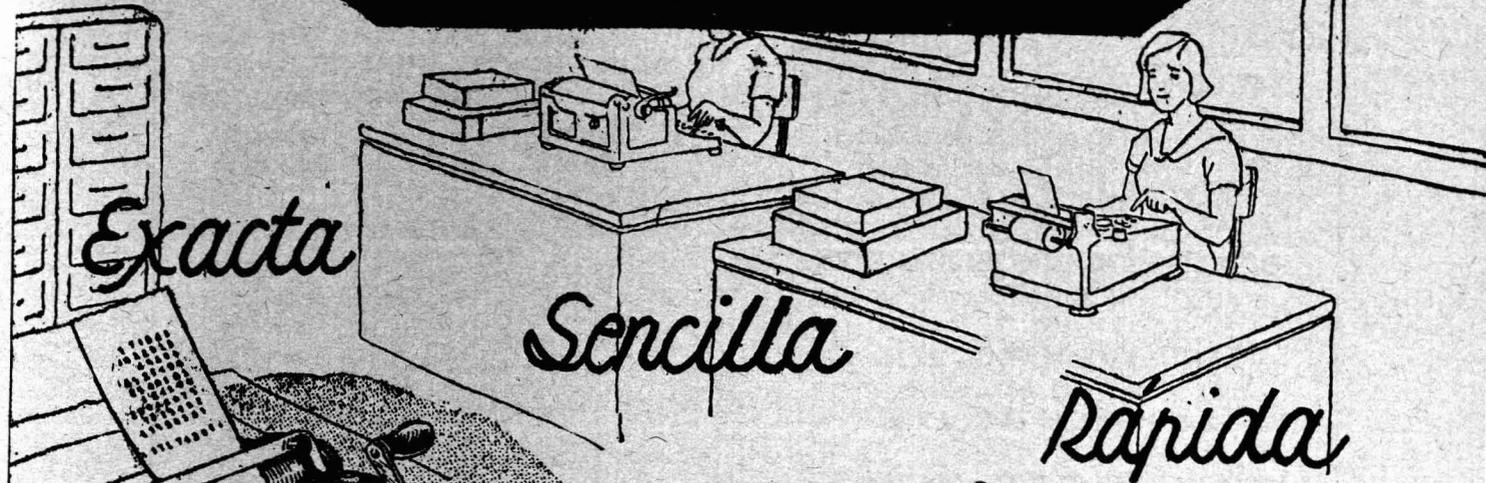
Taller y servicio: Mex. P-40-50.

ACORTANDO la DISTANCIA



Telefonos Ericsson

+ - ÷ X
NUNCA FALTA



**DISMINUYE COSTOS...
AHORRA DINERO...**

SUMADORAS

REMINGTON

Máquinas especialmente construídas para facilitar el trabajo y disminuir los costos de producción. Su compra prácticamente constituye un ahorro, que es garantizado por su larga vida y fina calidad.

Haga usted números

Cada minuto, cada hora, cada día que un empleado pierde en rectificar errores, es dinero que tira a la calle. Ese tiempo usted lo paga como si hubiera sido aprovechado íntegramente.

Gracias a la calculadora Remington, el trabajo es desarrollado en menor tiempo y con mayor eficacia.

SE EVITAN ERRORES.

SE DISMINUYEN COSTOS.

MANUAL.—Teclado moderno de 10 teclas, que asegura sencillez y velocidad—cuadrante visible—papel de ancho standard—tecla de correcciones—suma hasta 9.999,999.99—pesa 5 kilos—mide 23x17 cms.—multiplica con la misma facilidad que suma—teclas de tamaño standard—palanca rápida y ligera.

ELECTRICA.—Total automático—teclas eléctricas para sub-total y no-suma—compacta 37x19 cms.—suma hasta 99.999,999.99—pesa 8 kilos—cuadrante visible—espaciador sencillo y doble—tipo claro, legible—mecanismo para no imprimir y para no espaciar—carro visible de 13 centímetros.

REMINGTON RAND < *Internacional S.A.*

AV. MADERO 55.

MEXICO, D.F.

Directorio Profesional Universitario

CIRUJANOS DENTISTAS

DR. VICENTE ALAMILLO.

Uruguay, 73.
Tels. Eric. 2-17-37. Mex. L-23-41.

DR. ROBERTO AVILA.

Argentina, 42.
Tel. Eric. 3-03-34.

DR. ALFONSO COLLADO U.

Humboldt, 30. Desp. 101.
Tel. Eric. 2-47-90.

DR. FERNANDO N. CARMONA.

Av. 20 de Noviembre, 35—1.
Tel. Eric. 0-06-35.

DR. ULISES CONTRERAS.

Uruguay, 110. Desp. 10.
Tel. Eric. 2-81-25.

DR. LEOPOLDO G. DELGADO.

Av. F. I. Madero, 47.
Tel. Eric. 2-47-57.

DR. M. DIAZ MERCADO.

Av. 5 de Mayo, 46.

DR. RAFAEL FERRIZ.

2ª de la Palma, 24.
Tel. Eric. 3-23-65.

DR. AURELIO GALINDO B.

Allende, 2.

DR. LUIS FARILL.

1ª Atenas, 1.
Tels. Eric. 2-81-26. Mex. J-20-92.

DR. GUILLERMO S. GAMBOA.

Av. 16 de Septiembre, 54.
Tels. Eric. 3-06-28. Mex. J-41-04.

DR. ANTONIO GUERRERO.

Av. 5 de Mayo, 7. Desp. 112.
Pasaje América. Tel. Eric. 2-81-22.

DR. ANTONIO IRABIEN R.

Motolinia, 22. Desp. 104.
Edificio Perla.
Tels. Eric. 3-02-73. Mex. J-47-60.

DR. FRANCISCO MARTINEZ LUGO.

5 de Mayo, 57. Desp. 18.

DR. CAYETANO MOCTEZUMA.

Av. Madero, 66. Desp. 405.
Tels. Eric. 2-45-48. Mex. J-11-33.

DR. RICARDO DE PABLOS VELEZ.

Av. Madero, 72.
Tel. Eric. 2-61-13.

DR. FELIX DEL PASO.

4ª Tacuba, 37.
Tels. Eric. 2-33-92. Mex. 2-60-02.

DR. EDUARDO DE PABLOS V. Jr.

5 de Mayo, 1. Desp. 26.
Eric. 3-05-85.

DR. VIRGILIO RAMOS SAN MIGUEL.

4ª Tacuba, 49.
Desps. 1 y 2.

DR. JOSE RIVERO AMIEVA.

Av. 16 de Septiembre, 39-303.
Tel. Eric. 2-37-95.

DR. CARLOS RUIZ AGUILAR.

2ª Bolívar, 20.

DR. RODOLFO TEJEDA.

Av. República de El Salvador, 1.
Tel. Eric. 2-48-70.

DR. PORFIRIO VAZQUEZ.

Seminario, 10.
Tels. Eric. 3-22-67. Mex. J-30-60.

DR. ULISES GUTIERREZ Y B.

5 de Mayo, 29. Desp. 103.

DR. J. LUIS LEGARRETA.

Av. Juárez, 88.

IDEOLOGIA DE LA UNIVERSIDAD

¿DEBE poseer la Universidad una ideología determinada o por el contrario ha de quedar al margen de todas las corrientes del pensamiento como simple expositora y analizadora de ellas?

Esta cuestión adquirió actualidad palpitante en México durante el mes de septiembre de 1933, al celebrarse el primer Congreso de Universitarios Mexicanos, porque en él se acordó que la Universidad debería adoptar una ideología francamente marxista, con exclusión de cualquiera otra.

Las protestas en contra de tal acuerdo, fueron innumerables. Destacadas figuras de la intelectualidad mexicana, se ocuparon de probar, hasta la evidencia, que la libertad de pensamiento es condición esencial de la vida universitaria. Profesores y alumnos, unidos, lucharon entusiastamente por la libertad de cátedra y la iniciativa dogmática quedó condenada al fracaso.

Pero se trata de un problema, de una inquietud espiritual que no se resuelve solamente con vencer un dogma para erigir, en substitución, un vacío principio de libertad que a nadie satisface.

Lo cierto es que una Universidad sin orientación definida, carece de sentido.

En todas las épocas fecundas, la humanidad ha tenido una ideología formada por los principios filosóficos, éticos, sociales, dominantes y de acuerdo con ella ha vivido, ha creado su obra de ciencia y de belleza, hasta que otros pensamientos, al comienzo débiles protestas, suaves críticas, van tomando forma y vigor, y logran presidir con su nuevo tono, la vida de los hombres; pero siempre que estos han construído algo, ha sido al calor apasionante de una creencia, guiados por un camino trazado con entusiasmo partidarista.

Cuando muere una convicción sin ser substituída por otra suficientemente fuerte para alentar la vida social, se producen esos estados de crisis, dolorosos, sangrientos, en que el hombre parece definitivamente abandonado a un trágico destino.

Por el Abog.

L U C I O
M E N D I E T A
Y N U Ñ E Z.

Tienen razón quienes afirman que la Universidad siempre se ha guiado por una ideología. Otrora fué religiosa y dogmática; ayer no más era positivista y toda su estructura, la tendencia uniforme de su enseñanza, respondieron a los principios filosóficos de Augusto Comnte.

¿Por qué alarmarse entonces ante las pretensiones de quienes, creyendo ver en la Universidad de hoy una total ausencia ideológica, tratan de organizarla de acuerdo con la filosofía marxista que viene dominando arrolladoramente a todos los pueblos cultos de la tierra?

En nuestro concepto, la alarma estriba en que la filosofía marxista a diferencia de la comntiana y de los otros sistemas filosóficos, es esencialmente política. No se queda en el campo de la especulación pura, sino que desciende hasta las más humildes realidades y trata de organizar a la sociedad y al Estado y de ordenar la conducta misma del hombre en un plano de lucha constante y de coacción que hiere los más nobles sentimientos de libertad.

Las otras filosofías, aún arrogándose la posesión única de la verdad, hacen posible la génesis de nuevos sistemas, de diversas teorías; no así el marxismo que como no trata sólo de establecer la unidad de la ciencia, la explicación de las causas, sino de realizar un ideal de justicia social, necesita destruir las oposiciones, prevenir sus brotes; porque en cuanto se convierte en realidad política, cualquiera oposición amenaza no sólo su validez como filosofía, sino la existencia del estado de cosas que sustenta.

La Universidad requiere, por definición, el libre examen de todas las ideas y no puede por lo mismo, admitir un credo político, filosófico o religioso que la incapacite para ese libre examen. Toda pretensión en sentido contrario, es absurda, porque no hay cadenas posibles para el pensamiento.

Pero del hecho de que la Universidad no ha de ser marxista en la forma y términos propuestos por el primer Congreso de Universitarios Mexicanos, en manera alguna puede concluirse que habrá de rechazar toda ideología en aras de un anhelo de libertad anárquica y estéril.

Es preciso distinguir entre ideología y filosofía. Ideología es un sistema de ideas que caracteriza a una escuela, a una tendencia, a una organización, y en este sentido puede decirse que si toda filosofía tiene una ideología, no toda ideología constituye necesariamente una filosofía.

Puede haber, y de hecho hay, ideologías comerciales o industriales que nada tienen que ver con los sistemas filosóficos; son simplemente sistemas de ideas que caracterizan a ciertas organizaciones de comercio o de industria y determinan la forma y el alcance, y la finalidad de sus actividades.

Considerada así la ideología, es evidente que la Universidad, si no ha de existir como colección de escuelas unidas por una administración común, sino como algo más alto y más noble, debe tener una ideología que caracterizándola dentro de las instituciones sociales, norme su ser y su modo de ser.

La ideología de la Universidad tendrá que derivarse de su propia naturaleza, de su misma misión. ¿Qué es una Universidad? Una organización de carácter científico y docente, propagadora de la ciencia y de la cultura universales, propulsora de la cultura del pueblo en que actúa. Prepara profesionistas y técnicos, y realiza investigaciones científicas, y discute ideas y tendencias, y estudia problemas, en función siempre del bien social.

La ideología de la Universidad, debe ser, entonces, esencialmente pragmática. No enteramente en el sentido filosófico del término, según el cual, se identifican verdad y utilidad social, sino en cuanto la Universidad, en su organización y en su acción, en el texto, en la cátedra, en el laboratorio, en la investigación, en todas las manifestaciones de su vida, tenderá a llevar a la sociedad, a la humanidad toda, los bienes de la ciencia y de la cultura en sus múltiples formas.

Creada la ideología universitaria, de acuerdo con estas normas fundamentales, se coordina con la libre discusión de las ideas, es más, la supone, la exige, significa libertad dentro de una clara tendencia. Es la libertad ordenada de acuerdo con un imperativo ético. Es la verdadera libertad.

Claro que la Universidad, aún estando fuertemente constituida sobre esta ideología pragmática, no queda a salvo de verse influenciada en un momento cualquiera de su existencia por las ideas filosóficas dominantes. Ni siquiera es de desearse tal cosa, porque esa misma ideología la obliga a responder a las sollicitaciones del ambiente, a interesarse, a tomar parte activa en las grandes causas públicas.

Pero estas contingencias en nada menoscaban la ideología de la Universidad. La Universidad a través de todas las filosofías, a pesar de todas las vicisitudes del tiempo, buscará el bien social por medio de la ciencia y de la cultura. Si tal hace, ya no aparecerá como institución escolástica, vacía, egoísta, al servicio inmediato de una clase privilegiada, sino como organización que tiene un noble fundamento, una elevada idea directriz, de solidaridad, una forma que responde a esa idea, y una actividad vital que la plasma en realidades.

ANDRE SIEGFRIED Y LA UNIVERSIDAD

Por ALFONSO GARCIA ROBLES

Llamamos la atención de nuestros lectores acerca del siguiente estudio, que es un capítulo inédito de un libro titulado "COMO VIO A MEXICO ANDRE SIEGFRIED". Las ideas del gran escritor francés tienen una gran actualidad universitaria, dada la alta autoridad intelectual del eminente catedrático francés, y constituye un testimonio del criterio amplio de este periódico, ya que se publica también un artículo del Lic. Mendieta y Núñez con criterio opuesto.

EN una de esas mis conversaciones con M. Siegfried, que juntaban a lo higiénico de la marcha—"el más sano de los deportes", que alguien ha dicho—la ventaja fundamental de permitirme hablar sin limitación estricta de tiempo con alguien que, como él, no dispone libremente de esa preciosa mercancía, abordé el tema universitario.

Mi distinguido interlocutor tiene indiscutiblemente autoridad para hablar al respecto. Es profesor en el Colegio de Francia, fundado por Francisco I, en 1530, para crear la enseñanza de varias materias que la Universidad cerrada y decadente del siglo XVI se rehusaba a impartir, y que es hoy uno de los más importantes centros de cultura e investigación científica con que cuenta Francia en el terreno de la educación superior. Y, por si no fuera bastante, es también profesor en la Escuela Libre de Ciencias Políticas, que fundara en 1871 Emile Boutmy con el propósito de preparar técnicamente a quienes se destinan a la vida pública, y por cuyas aulas han pasado la inmensa mayoría de los hombres que han llenado y llenan los cuadros políticos y administrativos de Francia.

Además, ha tenido ocasión de conocer bien la organización universitaria en la América Latina, sus ventajas y sus lagunas. En su libro "América Latine", refiriéndose sin duda a las universidades dependientes del Estado, expone como una de las causas de la falta de cohesión social de que adolecen los países latinoamericanos, el hecho de que "las universidades, periódicamente trastornadas en su personal por las crisis políticas, no logran conquistar la autoridad moral que les permitiría resistir a los abusos".

—“¿Que qué pienso de la Universidad Nacional Autónoma de México?, me dice, respondiendo a mi interrogación. Que, si sabe guardar una actitud equilibrada, se encuentra en una magnífica posición para llenar su función de máxima institución de cultura. Yo soy opuesto a la concepción de una Universidad dogmática de Estado. Toda cultura verdadera requiere una base de universalidad y puede construirse solamente mediante la libre investigación. En las cátedras de la Universidad de París o en las del Colegio de Francia, existen, como usted bien sabe, representantes de todos los credos y todas las tendencias. Y yo creo que esa variedad está lejos de perjudicar a los resultados.

“Además, me parece que la autonomía de una institución de educación superior crea el clima más favorable para su desarrollo. Fomenta y mantiene el espíritu de cuerpo y de autodisciplina y da una estabilidad indispensable para todo trabajo serio en el orden cultural y científico, manteniéndola alejada de los vaivenes de la política. Vea usted el caso del Colegio de Francia. Es absolutamente independiente en su gobierno. La asamblea, formada por la totalidad del profesorado, tiene el poder legislativo. La ejecución de sus decisiones está a cargo de un comité que comprende un administrador y un vicepresidente, nombrados por tres años, y un secretario que dura un año en funciones. Los tres deben ser electos por la asamblea entre los profesores de la Institución.

“Pero, si soy partidario de la libertad de cátedra y de la autonomía, juzgo también que ellas no deben ser desnaturalizadas en su esencia y servir para convertir la Universidad en un centro de oposición al Gobierno. Y ello por dos razones principales: la primera, porque la misión de la Universidad es y debe ser ajena a la política de partidos, y la segunda, porque ése es un método infalible para matar la libertad de una institución, dado que un Gobierno que encuentra en ella un nido de agitación política en

su contra, aprovechará la primera ocasión para quitarle la autonomía y someterla a su dominio”.

Monsieur Siegfried se detiene un momento frente al escaparate de una de las librerías del bulevar Saint Germain, que en ese momento recorremos, para echar una ojeada a las novedades que “viennent de paraitre”, como reza el rotulito de rigor. Cuando reanudamos la marcha, paso a otro punto del mismo tema. En París, el papel de los estudiantes en el gobierno universitario es casi nulo. Se reduce a la participación en el Consejo Universitario de dos delegados electos por cada Facultad, cuando la máxima Asamblea universitaria tiene que juzgar alguna cuestión de carácter disciplinario. Yo pregunto a M. Siegfried su opinión sobre el sistema en vigor en México, que acuerda a los estudiantes una intervención de primer plano.

—“Examinando, en concreto, el caso de México—me contesta—y a juzgar por los datos que yo pude recabar, creo que ha dado muy buenos resultados. La participación estudiantil comunica a la Universidad un sople renovador que impide que ésta se anemie y esclerose. Además, parece que antes de la total autonomía universitaria, había algunos profesores que lo eran tan sólo porque sus nombres figuraban en las listas, dado lo avaros que se mostraban para hacer acto de presencia en los cursos a su cargo. Y en esos casos, según me decían muchos universitarios, el control de los estudiantes se mostró saludable y depurador.

“Mas, también en lo que toca a la actuación estudiantil, opino que es indispensable, como antes le decía, respecto a la Universidad, evitar cuidadosamente el escollo de la política. Mientras estaba en México (septiembre de 1935), me tocó ser testigo de la ocupación de la Universidad, llevada a cabo por una fracción estudiantil, que según parece, no perseguía sino el crear agitación, con fines políticos. Aquí mismo, en París, habrá tenido usted ocasión de percatarse, con los disturbios ocasionados por el “affaire” Jéze, de lo dañino que resulta el querer resolver los asuntos puramente universitarios, basándose en simpatías o antipatías de carácter político”.

En efecto, el “caso Jéze” a que alude M. Siegfried, y que causó gran revuelo en París, a principios del año en curso, es un ejemplo elocuente de los pésimos resultados que da la intrusión de las pasiones políticas en la Universidad: M. Gastón Jéze, cuyo nombre es mundialmente conocido, aceptó el puesto de consejero jurídico de Haile Sélassié, durante el conflicto italo-etíope. Ello bastó para que los estudiantes de extrema

derecha (Acción Francesa, Juventudes Patriotas, etc.), que habían tomado partido por Mussolini, quisieran obligarlo a renunciar a su puesto de profesor en la Facultad de Derecho, dirigidos desde la sombra por políticos que buscaban únicamente aprovecharse para sus fines del dinamismo irreflexivo de la juventud. Frente a la firme actitud de las autoridades universitarias, comenzaron las manifestaciones de violencia y de desorden. Hubo bombas pestilentes y lacrimógenas, heridos y contusos en regular número, la Facultad se vio varios días en estado de sitio, rodeada por fuertes destacamentos de guardias, fue cerrada temporalmente y estuvo a punto de serlo por todo el año. El único resultado de una tal agitación fue el inevitable trastorno en los estudios y la pérdida de tiempo ocasionados a la mayoría estudiantil, que no tenía vela en el entierro, ni quería mezclarse en un asunto que ni de lejos tocaba a la Universidad.

Pero, si la Universidad, y los universitarios como grupo, deben apartarse de la política de partidos, ello no quiere decir que deban aislarse del medio en que viven, ni desinteresarse de la vida de la nación. Ortega y Gasset ha escrito, con razón, en “La Misión de la Universidad”: “La Universidad tiene que estar también abierta a la plena actualidad; más aún: tiene que estar en medio de ella, sumergida en ella. Y no digo esto sólo porque la excitación animadora del aire libre histórico convenga a la Universidad, sino también, viceversa, porque la vida pública necesita urgentemente la intervención en ella de la Universidad como tal”. Cito a M. Siegfried las anteriores palabras del pensador español, lo mismo que las que escribía no hace mucho el licenciado Chico Goerne: “La Universidad de hoy ambiciona, sobre todo, ser un organismo vital, fundido en la existencia del país, palpitando con él, conviviendo con él sus inquietudes y sus ideales”. Le hablo también de la labor desarrollada por el actual Rector de la Universidad Nacional Autónoma para hacer una realidad de esa ambición; de los trabajos de los cuatro Institutos universitarios de investigaciones biológicas, sociales, geológicas y estéticas, lo mismo que del Departamento de Acción Social. Y mi distinguido interlocutor aprueba con convicción:

—“Sí—me dice—. Yo creo que esa intervención de la Universidad en la vida pública es necesaria. Y en México y los Estados de la América Latina, tal vez más que en otras partes, ya que como países jóvenes, en vías de desarrollo, tienen más que ningunos otros necesidad de la importante aportación técnica y cultural de la Universidad”.

PRIMEROS ESCRITOS PUBLICADOS DE MANUEL GUTIERREZ NAJERA

P o r E . K . M A P E S
D e l a U n i v e r s i d a d d e I o w a

UNA de las principales trabas en las que continuamente se ha visto envuelta la investigación técnica sobre los poetas modernistas hispano-americanos, ha sido la falta de datos genuinamente exactos en materias de biografía y cronología. No es, pues, de extrañar que el libro reciente de Raúl Silva Castro sobre Rubén Darío (1) venga a ocupar un lugar de tanta relevancia en la crítica modernista, ya que en él, y a costa de grandes esfuerzos, se llega a la comprobación de toda partícula aprovechable de información con referencia al período formativo de Darío en Chile. Es de esperar que el presente artículo venga a cumplir el mismo propósito respecto del primer período de la carrera literaria de Manuel Gutiérrez Nájera. A este fin, es de tener presente que tanto el Sr. Silva Castro como el que escribe, se han valido principalmente de datos obtenidos en los archivos de publicaciones periódicas correspondientes al período sometido a investigación. Para comprender que ello es enteramente necesario, bastará tener en cuenta que tales publicaciones constituyen las únicas fuentes de información de carácter original.

A decir verdad, los datos que poseemos con relación al primer período de la vida y de la actividad literaria de Nájera precisan una labor de rectificación mucho más minuciosa que aquellos otros que sobre Darío existían en Chile con anterioridad a la publicación de las *Obras desconocidas*. Poco es lo que se ha escrito sobre particular tan importante, e incluso aquellos retazos de información que poseemos son en grado sumo contradictorios, y, lo que es peor, en pocos casos concuerdan con los datos encontrados en los archivos.

Entre las manifestaciones que con más frecuencia se tropieza, figura la de que el poeta comenzó a publicar a la edad, asombrosamente temprana, de trece años, poco más o menos:

(1) *Obras desconocidas de Rubén Darío*. Santiago de Chile, 1934.

A los trece años de edad... empezó a escribir artículos y poesías en el periódico *La Iberia*... (2)

Precocísimo como era, a los trece años envía su primer artículo a *La Iberia*... (3)

Aún... no cumplía trece años, cuando cometió su primera calaverada: se escapó del regazo materno y se presentó en la redacción de un periódico católico, pidiendo que le publicasen un artículo. Se lo publicaron con presentación y elogio... (4)

No se ha llegado a un acuerdo en lo relativo a la publicación periódica en que aparecieron sus primerísimas composiciones. Un cierto número de autores, entre los que se deberá incluir a González Peña y al escritor de *Cultura*, arriba mencionados, afirman que tales composiciones aparecieron en *La Iberia*. No obstante, con ocasión de la muerte del poeta, *La Voz de México*, reclamó de modo específico este honor:

La Voz de México tiene un motivo particularísimo de duelo. *Este periódico fue el que publicó las primeras composiciones poéticas del Sr. Gutiérrez Nájera, siendo éste casi niño*... (5)

Urbina, en el pasaje anteriormente citado, alude por lo visto a esta misma tradición, toda vez que *La Voz de México* era el periódico católico con el que Nájera y su familia estaban más estrechamente ligados. También existen escritores que aseguran que el primer medio de publicación fue *El Federalista*.

(2) *Cultura*, Tomo I, núm. 3, Sept. 15, 1916.

(3) Carlos González Peña, *Historia de la Literatura Mexicana*. México, 1928, p. 409.

(4) Luis G. Urbina, *La Vida Literaria en México*. Madrid, 1927, p. 220.

(5) *La Voz de México*, 5 de febrero de 1895. Las bastardillas son mías.

Los primeros artículos de Gutiérrez Nájera aparecieron en la edición literaria de *El Federalista* con el nombre de "Confidencias"... (6)

Comúnmente se manifiesta que al menos sus primeros poemas eran de una honda naturaleza religiosa, debido al influjo de su madre:

Sus primeros cantos— *La Cruz, María, Dios, La fe de mi infancia*—fueron de inspiración ingenuamente religiosa: reflejo prístino de la infundida piedad materna... (7)

Como en todos los poetas que han tenido una madre, muy dulce, muy amante y muy piadosa, el alma de Manuel en sus primeros gorjeos no es más que una prolongación del alma materna; son versos de nido los primeros versos suyos; mas de nido colgado en la alta ventana de colores de la Iglesia. Los místicos suspiros de su madre pasan a través de su arpa (*La Cruz, María, Dios, La fe de mi infancia*)... (8)

Hay al menos dos escritores que sostienen que la publicación de los primeros escritos de Nájera fue patrocinada bien por un periódico o por un individuo, y que este patronaje fue el que lanzó a nuestro poeta por el sendero literario. A este respecto, Urbina, en el pasaje arriba citado, estima que fue "un periódico católico", al parecer *La Voz de México*, el que, más o menos formalmente, presentó ante el público al nuevo escritor: "Se lo publicaron con presentación y elogio".

La referencia más precisa entre las que de este género poseemos es, sin embargo, una muy reciente del Sr. Aníbal Noriega, (9) quien manifiesta que Nájera debió su primera reputación al éxito que obtuvo en un concurso literario:

...el primer galardón literario que obtuvo, siendo todavía un adolescente, fue nada menos que un concurso poético en honor de Santa Teresa. Era pariente suyo muy cercano el famoso don José Joaquín Terrazas, y él lo alentó para que enviara su canto en loor de la Santa de Avila, por considerar que era aquella ocasión propicia para debutar en el campo de las letras. Así lo hizo el auroral vate y venció a todos los demás concursantes. Entonces Terrazas hizo publicar su retrato y la composición premiada, en el diario católico *La Voz de México*, de cuya redacción formaba parte.

(6) Genaro Estrada, *Poetas Nuevos de México*. México, 1916, p. 112.

(7) Carlos González Peña, *op. cit.*, p. 410.

(8) Justo Sierra, *Prólogo, Poesías de M. Gutiérrez Nájera*. Bouret, París, 1918, Tomo I, p. 4.

(9) *En torno a Gutiérrez Nájera. Revista de Revistas*, 30 de agosto de 1936.

Esta y otras referencias semejantes respecto de los primeros escritos de Gutiérrez Nájera contienen tantas contradicciones e inconsistencias que el autor de este artículo, durante un viaje de investigación a México, en el verano de 1936, hizo serios esfuerzos para determinar la veracidad o falsedad de las mismas por medio de un cuidadoso examen de los archivos de los periódicos correspondientes. No presentó grandes dificultades la realización de este proyecto, ya que todas las colecciones necesarias pueden ser consultadas en las bibliotecas públicas y privadas de la ciudad, de modo especial en la Biblioteca Nacional de México... (10)

El método empleado fue el siguiente:

El autor de este artículo había examinado, con anterioridad a su viaje a México, todo el material crítico aprovechable acerca del primer período de la vida y actividad literaria de Nájera, y tenía ya preparadas listas, al parecer completas, de los seudónimos usados por el poeta y de los periódicos a los que él mismo había contribuido. Antes de empezar la investigación, tales listas fueron sometidas a la consideración de aquellos peritos mexicanos más familiarizados con la materia, de los cuales algunos habían sido amigos y asociados de Nájera. Las relaciones de referencia fueron cuidadosamente revisadas de acuerdo con sus sugerencias.

El examen de los archivos de las publicaciones periódicas identificadas de esta manera y existentes por aquel entonces, se comenzó a partir del 1º de enero de 1871. Nájera, que había nacido en 22 de diciembre de 1859, contaba en aquella fecha algo más de once años. Por consiguiente, el punto de partida escogido era bastante para cubrir la primera etapa de la vida del autor. Al final de la investigación, una vez sacada a luz una serie considerable de datos, este material sobre la temprana actividad del poeta fue revisado minuciosamente, gran parte del mismo nada menos que por cuatro personas distintas. Como consecuencia de ello, aun cuando no se pretende que las conclusiones que aquí se ofrecen sean infalibles, si se quiere hacer constar que se ha puesto

(10) Quiero aprovechar esta oportunidad para expresar mi profunda gratitud por la cortesía y ayuda de que me hizo objeto el personal de la Biblioteca Nacional, particularmente su Director, Dr. Aurelio Manrique, y el Jefe del Departamento de Publicaciones Periódicas, Sr. Rafael Carrasco Puente. La misma gratitud se extiende al Dr. Julio Torri y al Dr. Rafael Heliodoro Valle por el uso que me permitieron hacer de sus colecciones privadas, y a los señores Federico Gamboa, Carlos Díaz Dufóo, Julio Jiménez Rueda, Francisco Monterde y otros, por sugerencias e informaciones valiosas.

el máximo cuidado a fin de evitar errores y omisiones... (11)

En vista de las referencias más antiguas sobre la materia, algunos de los datos descubiertos no dejaron de ser en grado sumo sorprendentes. Toda la información obtenida indica que un artículo titulada *Un Soneto*, firmado por *Rafael*, que apareció en *El Porvenir*, con fecha 17 de mayo de 1875. (12) es la primera composición publicada de Gutiérrez Nájera. A su debido tiempo manifestaremos las razones en virtud de las cuales estimamos que *Rafael* no era otro que Nájera, y los motivos que tenemos para creer que *Un Soneto* fue el primero de los escritos publicados por el poeta.

El artículo en cuestión se hallaba inspirado—de acuerdo con una referencia preliminar que en el mismo se consigna—por la información publicada en el número de 1º de mayo de *El Porvenir* sobre una conferencia recientemente pronunciada en el Liceo Hidalgo por el doctor Gabino Barreda. El conferenciante había atribuido a San Francisco de Asís el conocido soneto *A Cristo Crucificado*, que empieza así:

No me mueve, mi Dios, para quererte...

Tomando como texto esta referencia, *Rafael* procede a exponer sus propios argumentos para atribuir dicha composición a Santa Teresa.

Teniendo en cuenta la extrema juventud del autor, no es posible dejar de pasmarse ante la comprensión que él mismo posee del mecanismo de la crítica, su familiaridad con la literatura y la destreza con que maneja razonamientos y hechos. Por ejemplo, discutiendo desde el punto de vista de la *forma*, el autor del artículo llega a la conclusión de que el uso de dos sujetos con un verbo en singular, tal y como ello ocurre en el verso del soneto:

Muéveme tus afrentas y tu muerte,

es una característica sobresaliente del estilo de Santa Teresa, que ocurre "a cada paso" en las obras que de ella conocemos. Otra característica semejante de la Santa es el uso de la palabra

(11) Un motivo de error que, a pesar de ser inevitable, no parece, sin embargo, muy serio, se deriva del hecho de faltar de las colecciones de la Biblioteca Nacional ciertos números. Algunos de ellos fueron, no obstante, hallados posteriormente en otras bibliotecas, salvo un corto número cuyo hallazgo parece imposible.

(12) La fecha de composición ha sido fijada en 4 de mayo de 1875.

afrentas (véase más arriba), en el sentido de *congojas* o *sufrimientos*, como asimismo la siguiente ordenación de palabras:

No tienes que *me dar* porque te quiera,

esto es, un pronombre personal objetivo precediendo a un infinitivo.

En lo relativo al contenido ideológico, dice *Rafael*, el soneto es una "fotografía" de la personalidad de Santa Teresa, y a este objeto enumera tres de las ideas sobresalientes que en el mismo existen, de las que se hallan saturadas las obras conocidas de la Santa:

... *promisión explícita de la patria celestial; meditación asidua de la Pasión del Hombre Dios; y, últimamente, amor destituido de todo temor o interés, amor excitado por otro amor anterior, del cual es justa y condigna recompensa.*

En apoyo de sus razonamientos, el articulista incluye un cierto número de citas entresacadas con acierto, de los escritos de Teresa.

El tono del artículo es en su totalidad crítico, y, por lo general, impersonal. Existe poca, por no decir ninguna, conexión con la religión, si se exceptúa el hecho de que los escritores de referencia eran distinguidos católicos de su época.

El artículo mencionado atrajo inmediatamente la atención del público. En 23 de mayo de 1875, seis días después de su aparición en *El Porvenir*, publicó *La Iberia* un editorial titulado *Un soneto famoso*, del que copiamos las siguientes líneas:

... artículo muy curioso e interesante... un excelente trabajo... se exponen muy buenas razones para demostrar que Santa Teresa fue autora del soneto... Siempre nos habíamos inclinado nosotros a esta conclusión, y el artículo... ha acabado de decidirnos.

Es interesante hacer notar que el autor anónimo del editorial conocía al articulista sólo por *Rafael*, e ignoraba en absoluto la extremada juventud de éste, por lo que es indudable que un juicio tan favorable del escrito se hallaba, por consiguiente, basado en la creencia de que su autor era cuando menos un erudito maduro.

El acontecimiento siguiente, en lo que podemos llamar "el episodio de *Rafael*" en la carrera literaria de Nájera, ocurrió en 21 y 22 de septiembre de 1875. En tales días apareció en *El Eco de Ambos Mundos* una serie de dos artículos titulados *Bocetos Bibliográficos*, suscritos por *Min-*

go *Revulgo*. (13) Ambos están escritos en tono vago e inconsistente. El primero intenta cubrir todo el ámbito de la filosofía y la metafísica, inspirado, según parece, por una lectura reciente de *L'Immortalité*, de Dumesnil, y del *Traité de l'enchaînement des idées fondamentales*, de Cournot. El segundo representa un intento no menos abortivo de comparar toda la literatura francesa con toda la literatura española, en el que la última no sale muy bien parada. A fin de comprender el tono de la discusión, bastará transcribir los párrafos siguientes:

¿Qué puede oponer a esto (aquí una lista de nombres de escritores franceses simplemente) la literatura española?

¿Acaso a Calderón, con su eterna metafísica, sus damas encubiertas y sus autos sacramentales? ¿Será Lope de Vega con sus monstruosas composiciones en que se violan todas las reglas del arte? ¿O bien a Fray Luis de León con sus místicas elucubraciones?

Es obvio que el autor de un artículo tan immoderado y gratuito quedó expuesto a inmediata humillación a manos de cualquier crítico que poseyese un conocimiento siquiera elemental de la literatura española. No obstante, el artículo, primero de una serie de seis, que *Rafael* escribió en respuesta, titulado *A Mingo Revulgo* y publicado en *La Voz de México*, del 26 de septiembre al 3 de octubre del mismo año, (14) es más valioso por la actitud que su autor adopta con respecto al trabajo periodístico, que por sus opiniones literarias:

... Vdes., benignísimos señores (los editores de *La Voz*), no pueden figurarse los vehemētisimos deseos que siempre he tenido de aparecer en letras de molde, y de andar de mesa en mesa en los cafés más principales y concurridos, parando la oreja para escuchar callandito lo que diga de mis artículos el benévolo o maldiciente público...

Y en verdad... que no pude escoger época mejor para penetrar en eso que se llama "la arena periodística".

Yo veo a algunos pobres diablos, que sin más instrucción que la adquirida en las novelas de Ponson du Terrail y Pérez Escrich, con algún tanto de audacia y desfachatez, y preparados a

(13) El Sr. Juan B. Iguíniz, en su *Catálogo de Seudónimos, Anagramas e Iniciales de Escritores Mexicanos*, México, 1913, manifiesta que, al menos los seudónimos separados *Mingo* y *Revulgo* fueron usados por Solón Argüello.

(14) La fecha de composición de la serie completa ha sido fijada en septiembre de 1875.

dar y recibir palizas, se lanzan animosos al bonancible océano de la prensa, adquiriendo más fama que el mismísimo Víctor Hugo.

Yo los veo, y al contemplarles se me presenta más y más risueña la dulcísima esperanza de llegar a ser, por lo menos, un Feijóo, un Lope o un D. Alonso el Tostado. ¡De menos nos hizo Dios!

Hasta no haber redactado un largo prefacio en este estilo familiar y caprichoso, nuestro autor ni siquiera mienta los artículos de *Mingo Revulgo*. Hace falta llegar al segundo artículo de la serie, para encontrar los primeros indicios de una respuesta directa a este último. De las consideraciones precedentes, parece, pues, evidente que el articulista se preocupa más de presentarse a sí mismo ante el público, que de las ideas avanzadas por su adversario. Ni más ni menos que en el caso de la discusión sobre Santa Teresa, el autor se vale de un artículo precedente como pretexto para verse a sí mismo en letras de molde.

Es cierto que el *Rafael* de estos artículos despliega una modestia atractiva, y según parece siente el mayor de los respetos por las opiniones de los que le aventajan en años. Esto, no obstante, está muy lejos de ser el sencillo e ingenuo joven, completamente aherrojado por el misticismo religioso de su madre, que algunos cronistas de los años mozos de Gutiérrez Nájera han tratado de presentar ante nuestros ojos. Práctico, despierto, incisivo, se nos muestra, por el contrario, agudamente sensible a las oportunidades que le ofrecía su ya escogida carrera periodística.

En los restantes artículos de la serie, dedicados a refutar los arrebatos de *Mingo Revulgo* en contra de la literatura española, el autor nos ofrece un cuadro bastante completo de esta última, desde los comienzos hasta su propio tiempo. Al hacerlo así, despliega una familiaridad asombrosa, no sólo con las obras propiamente dichas y las más importantes producciones críticas relacionadas con ellas, sino también en lo relativo a la influencia que las mismas ejercieron sobre la literatura posterior de España y de otros países. Por lo demás, el autor se halla perfectamente al tanto de la Historia de España, y subraya con agudeza el efecto producido por las condiciones políticas y económicas en lo relativo a la literatura: Así, pues, a las vagas e insostenibles generalizaciones de *Mingo*, nuestro hombre opone una sólida y nutrida serie de datos y razonamientos.

Como prueba de su astucia y madurez mental en este período temprano de su vida, será interesante poner de relieve la agudeza con que vuelve contra *Mingo Revulgo* los propios razonamientos por éste utilizados. *Revulgo* había loado

a varios autores franceses, particularmente a Corneille, Racine, Molière y Regnard, considerándolos como maestros del drama, en tanto que había negado tal honor a Lope de Vega y Calderón, como hemos visto en el párrafo anteriormente citado. *Rafael* replica:

Recordaré... que los literatos franceses supieron muchas veces explotar el genio de los españoles... Guillén de Castro escribió una tragedia, *Las mocedades del Cid*, tragedia que (Corneille) imitó y copió en parte, para producir el famoso *Cid*... Reynardo (Regnard)... tomó de una comedia de Lope el argumento y aun algunas escenas de su *Distraído. El Disipador*, de Destouches, es traducción también de una comedia de D. Miguel de Sánchez... Fuera interminable este artículo, si pretendiese nominar todas las obras en que los escritores franceses imitaron o tradujeron a los españoles...

La serie de artículos publicada por *Rafael*, concluye con un claro resumen de los razonamientos presentados y con la manifestación de que más adelante aparecería un segundo artículo, en respuesta a algunas otras cuestiones planteadas por *Mingo Revulgo*. Es evidente que el autor consideraba como un solo artículo la serie de seis a que nos hemos venido refiriendo.

Al igual que lo que ocurrió respecto del artículo anterior sobre Santa Teresa, *La Iberia* publicó un comentario editorial sobre *A Mingo Revulgo*, pocos días después de terminada la serie; en este caso, el 6 de octubre. Una vez más, la reacción es en extremo favorable:

La defensa (de la literatura española) está bien hecha y revela en el autor una erudición vasta, un criterio justo y un profundo conocimiento de la historia literaria de España.

Esta vez, sin embargo, el autor del editorial parece no ser del todo ignorante de la personalidad de *Rafael*. Es muy posible que conociese su nombre, aun cuando no lo revele. Desde luego está al tanto de su edad aproximada:

Cuando leímos aquel artículo (el de Santa Teresa), que revelaba tan profundos conocimientos en literatura, en filosofía cristiana y en mística, creímos que el autor era un viejo. Ahora que hemos leído la defensa de la literatura española, hemos creído también que sería su autor, si no un joven, por lo menos de edad madura.

Pues bien: por una casualidad hemos sabido que no es ni lo uno ni lo otro: el autor de estos artículos es ¡un niño!...

Rafael no permaneció en el incógnito durante mucho tiempo. En 15 de octubre de 1875, *Mingo*

Revulgo envió al *Eco de Ambos Mundos* una carta sumamente interesante, titulada *A Rafael*, de la que entresacamos los párrafos siguientes:

Una casualidad... me hizo saber quién era el galante y erudito *Rafael*. Cualquiera que haya leído el artículo que hace poco tiempo publicó *El Porvenir*, sobre el famoso soneto de Teresa a "Cristo crucificado", suscrito por el mismo seudónimo; cualquiera, digo, creería a su autor un hombre encanecido en el estudio, puesto que con raro talento y vastísima erudición, aborda tan difíciles cuestiones.

Pues bien, admírense mis lectores, *Rafael*, el autor del estudio sobre Teresa, el autor de los artículos en contra mía... es en la edad un joven, casi un niño...

Y esos artículos... son los primeros que ha dado a luz, son sus primeras armas en el campo de la literatura. (15)

¿Quieren ahora mis bellísimas lectoras, y amables lectores, saber el nombre verdadero del simpático *Rafael*?

Pues bien... es un joven de quince años y se llama: Manuel Gutiérrez Nájera. (16)

Mingo Revulgo.

De esta revelación de *Mingo Revulgo* se hicieron eco inmediato los periódicos de la ciudad. En 17 de octubre, *La Voz de México* volvió a publicar *verbatim* la carta original, dando crédito necesario a *El Eco*, pero sin comentario editorial. Con fecha 16 del mismo mes apareció en *La Iberia* el siguiente editorial, que fue a su vez reproducido *verbatim* por *El Eco de Ambos Mundos* en 17 de octubre:

Manuel Gutiérrez Nájera

Así se llama el joven, casi un niño, que ha hecho en *La Voz* la defensa de la literatura española contestando a un artículo de *Mingo Revulgo* publicado en *el Eco*. Este mismo escritor ha sacado a luz en dicho periódico el nombre de su contrincante, que dice ha sabido por una feliz casualidad... Manuel Gutiérrez Nájera, el *Rafael* que escribió el artículo sobre el Soneto de Santa Teresa y el relativo a la literatura española, autor también de unas magníficas octavas publicadas hace tiempo en *La Voz* sobre la Fe cristiana, tiene diez y seis años: es hijo del conocido escritor D. Manuel Gutiérrez, redactor del *Propagador Industrial*... El joven Gutiérrez Nájera ha leído, ha estudiado, ha escrito y ha publicado sus trabajos con el más riguroso sigilo, sin que sus padres, ni persona alguna de su familia, ni nadie en fin, se apercibiera de ello: su padre supo también hace pocos días, por una

(15) Las bastardillas son mías.

(16) *Sic.*

casualidad, que él había escrito los artículos publicados en *La Voz*.

Sin embargo, el documento más importante estaba todavía por aparecer. En 23 de octubre de 1875, alrededor de una semana después de la publicación de la noticia que acabamos de mencionar, *La Iberia* publicó un editorial bajo el título de *Una poesía*, al que se acompañaba como apéndice una carta del propio Nájera, firmada con su propio nombre.

La carta es del tenor siguiente:

Sr. D. Anselmo de la Portilla—Casa de Ud., Octubre 15 de 1875... Al hablar Ud. de mí, aunque sin mentarme, en su acreditado periódico, con motivo de mis artículos sobre el soneto de Santa Teresa de Jesús y en defensa de la literatura española, (17) lo ha hecho en términos tan cariñosos y favorecedores, que deja cordialmente obligada mi gratitud.

En prueba de ésta, tengo el placer de remitir a Ud. una pobre composición poética... Puede Ud. hacer de dicha composición el uso que guste, y debo decirle, en cuanto a la conclusión de mis artículos sobre la literatura española, que cediendo a los consejos de persona que debo respetar y obedecer, no la daré a la prensa... (18)

M. Gutiérrez Nájera.

Por varias razones, la carta transcrita es de especialísima importancia para nuestra investigación. Es obvio que prueba, sin dejar lugar a duda alguna, que Nájera fue el *Rafael* que firmó los artículos. Pero nos lleva por añadidura a una conclusión ulterior. Es de tener en cuenta que la carta lleva la fecha de 15 de octubre, aunque no fuese publicada hasta el 23 del mismo mes. De la fecha y el carácter de la misma, parece deducirse que Nájera tenía el propósito de servirse de ella como declaración pública de su cualidad de autor de los artículos suscritos por *Rafael*. Sin embargo, al tiempo en que la misma fue publicada, tal información había llegado ya a conocimiento del público por medio de la carta de *Mingo Revulgo* a *El Eco*, publicada el 15 de octubre, y reproducida por *La Voz*, como asimismo por el editorial de *La Iberia*, reproducido a su vez por *El Eco*. De modo que podemos deducir, de las diversas cartas y editoriales menciona-

(17) Las bastardillas son mías.

(18) A decir verdad, parece ser que el segundo artículo, al que aquí se alude, no fue jamás publicado. En este punto, el padre de Nájera, quien indudablemente parece ser la persona a que se hace mención en la carta, probó ser un feliz consejero. La fútil argumentación de *Revulgo* había sido tan completamente demolida por la serie de artículos ya publicados, que la continuación hubiera sido absurda.

dos, dos pruebas distintas, aunque aparecidas casi simultáneamente, acerca de la identidad de *Rafael*.

Por lo demás, es digno de mención el hecho de que ni Nájera, en su carta, ni *Mingo Revulgo*, en su comentario de *El Eco*, se refieren para nada a las "maravillosas octavas publicadas hace tiempo en *La Voz* sobre la Fe cristiana", a que hacía relación el editorial de *La Iberia* del 16 de octubre. En opinión del que escribe, tales versos jamás fueron publicados, y la manifestación de referencia se debe simplemente a un error por parte de *La Iberia*. Nada menos que tres personas competentes en la materia llevaron a cabo un examen minucioso de los archivos de *La Voz* correspondientes al espacio de tiempo comprendido entre enero de 1871 y octubre de 1875, sin encontrar versos algunos, firmados por *Rafael* o por cualquier otro, que viniesen a concordar, siquiera hasta cierto punto, con la descripción a que aludimos. En la creencia de que el escritor de *La Iberia* simplemente hubiese confundido *La Voz* con cualquier otro periódico, la investigación se amplió posteriormente a varias otras publicaciones en las que posiblemente hubiese sido publicado el poema en cuestión, pero sin resultado alguno positivo.

Con los acontecimientos de octubre de 1875, que acabamos de relatar, termina de modo definitivo lo que hemos dado en llamar el "caso *Rafael*" en la carrera literaria de Nájera. Al menos por lo que de él se sabe, se puede asegurar que no volvió a usar jamás el seudónimo. No obstante, antes de proceder a la discusión de algunos otros escritos primerísimos de Nájera, será conveniente considerar las razones que poseemos para creer que el artículo sobre el soneto de Santa Teresa es, en efecto, la primera composición publicada de Gutiérrez Nájera.

Mingo Revulgo, en su carta a *El Eco*, con fecha 15 de octubre, manifiesta de modo preciso que los artículos que en la misma se mencionan, sobre Teresa y sobre la literatura española, son los primeros escritos, en prosa o verso, publicados por Nájera. La frase "sus primeras armas en el campo de la literatura" no deja lugar a dudas sobre este punto. Es indudable que tal manifestación no está desprovista de fuerza, ya que, siendo el campo periodístico de Méjico bastante reducido, es de presumir que *Mingo Revulgo*, como periodista, se hallase bien informado con respecto a los nuevos escritores que por aquel entonces estaban apareciendo.

(En nuestro próximo número terminaremos este importante artículo).

EL ESTADO PROVIDENCIAL

P o r W A L T E R L I P P M A N N

(Concluye).

III

AQUELLOS que arguyen que la técnica industrial que avanza requiere una autoridad política creciente, probablemente han sido inducidos a error por ciertos fenómenos del industrialismo moderno. Ven, por ejemplo, que en algunas ramas de la producción unas cuantas empresas, o aún una sola, controlan la industria fijando precios y salarios. Entonces se dan a creer que esta concentración del poder industrial es resultado de la producción maquinista, que no se regula en un mercado de competencia, y que, por lo tanto, debe ser regulado por un gobierno muy fuerte.

Pero en este argumento la hipótesis básica es una falacia. La concentración del control no viene de la mecanización de la industria. Viene del Estado que hace cerca de cien años comenzó a conceder a cualquiera, por una cantidad nominal, lo que hasta ahora ha sido un verdadero privilegio especial. Fue el privilegio de la sociedad de responsabilidad limitada y sucesión perpetua. El Presidente Nicolás Murray Buttlar ha dicho de esta política de oportunidad "peso mis palabras cuando digo que a mi juicio la sociedad de responsabilidad limitada es el más grande descubrimiento simple de los tiempos modernos, ya se le juzgue por sus efectos sociales, éticos, industriales, y a la larga, después de que lo entendamos y sepamos cómo usarlos, políticos. Aún el vapor y la electricidad son menos importantes que la sociedad de responsabilidad limitada, y quedarían reducidos a una relativa impotencia sin ella".

Esto no es una exageración, porque sin los privilegios e inmunidades que la organización económica y la posesión de la propiedad adquieren al constituirse en sociedad el sistema industrial que conocemos, no se podría haber desarrollado y no podría existir. Es tan fundamentalmente cierto esto, que haríamos bien en seguir la sugestión de los señores Berls y Means y hablar, no del sistema capitalista, sino del sistema de sociedades. Si ese sistema presenta un alto grado de dominio concentrado, su causa no se encuentra en la técnica de la producción, sino en la ley. Para tomar ejemplos obvios, ¿qué tiene la tecnología de la

máquina que ver con la cadena de almacenes, o con la Sociedad del Acero en los Estados Unidos, o con la General Motors? Existe porque por un desarrollo especial y reciente de la ley, permite ésta a una sociedad de responsabilidad limitada ser dueña de otras sociedades de responsabilidad limitada. Puede haber una pequeña industria, una quizás basada en un proceso secreto o en una patente exclusiva en que el control se concentre sin el uso del privilegio e inmunidades del sistema de sociedad. Pero no será ni representativa, ni significativa. La concentración del control en la industria moderna no se provoca por el cambio técnico, sino que es una creación del Estado por medio de sus leyes. Esto es evidentemente cierto en los servicios públicos que tienen una concesión de monopolio. No es menos cierto de las demás industrias que se aproximan al monopolio. No debemos confundir el control monopolista con la producción en grande escala, que requiere la maquinaria costosa. Puede parecer grande la escala sobre la que deban organizarse las fábricas para hacer el más proficuo uso de los nuevos inventos y la maquinaria que ahorra trabajo manual. Pero nunca es prácticamente tan grande como la industria. En otras palabras, aunque las grandes fábricas pueden, hasta cierto punto, ser más proficuas que las pequeñas, ninguna fábrica necesita o puede ser lo bastante grande para abastecer a todo el mercado. La producción en masa no requiere monopolio. Cuando la Corporación del Acero amplía sus negocios, no amplía necesariamente su planta en Pittsburgh. Construye otra en algún otro lugar. Lo que mantiene unidas estas diversas plantas no es la técnica de la producción en masa, sino los artificios legales de la organización de las sociedades.

La creencia de que este gran capitalismo de la sociedad es en cierta forma misteriosa la consecuencia inexorable de la máquina, es una ilusión. Aún más, no es en absoluto cierto que el más alto desarrollo de la tecnología sea favorecido por este control concentrado de la sociedad. Es asunto sabido que más allá de cierto punto de magnitud creciente, se obtiene un resultado decreciente; que muchas de las más grandes compa-

ñías son demasiado grandes para ser bien administradas y que se vuelven rígidas y resistentes al cambio. Hay una sana razón para pensar que las leyes que fomentan el control concentrado, son desde el punto de vista del progreso tecnológico, reaccionarias, que retardan más bien que impulsan, y que las leyes industriales apropiadas para el genio de la tecnología moderna variarían en importantes aspectos de las leyes existentes. Tales leyes, casi seguramente, tratarían de desacreditar una producción más allá de los límites de la eficiencia técnica para desalentar el control concentrado contrario a la incentiva y al criterio de competencia, para prevenir la erección de estructuras de capital grandes y rígidas que hagan el cambio técnico ruinosamente costoso.

Los colectivistas que piensan que los negocios deben hacerse más y más grandes, hasta que sólo el Gobierno sea lo suficientemente grande para dominarlos, crearán dificultades sin objeto. No están interpretando el principio interno de la revolución industrial moderna. Les están adscribiendo a los técnicos resultados que han sido producidos por abogados y políticos. Están proponiendo como remedio para los malos resultados de los errores de los legisladores, medidas políticas que hace mucho tiempo tuvieron que ser abandonadas a fin de que los técnicos pudieran realizar su trabajo.

No hay duda alguna respecto a los males de la concentración de las sociedades comerciales, pero estos mismos males que los colectivistas aceptan, los santifican como necesarios y luego proponen multiplicarlos hasta el infinito, realizando una super-concentración en el Estado. No son males necesarios. La concentración tiene su origen en el privilegio y no en la tecnología. Tampoco la tecnología requiere una gran concentración, porque el progreso técnico, siendo experimental en esencia, requiere muchos ensayos y errores. Esto quiere decir que si la industria va a avanzar técnicamente debe ser flexible y no rígida; el cambio debe ser posible ya que no es demasiado costoso; los administradores deben tener libertad como la tienen los técnicos para cometer muchos errores a fin de llegar a un éxito.

Aquellos a quienes no les gusta programa semejante, que preferirían que la industria se estabilizara en la rutina, que fuera administrada por burócratas, tienen derecho a su preferencia. Pero no deben pretender ser los portavoces de la ciencia moderna que trata de hacer más efectivo el dominio del hombre sobre la naturaleza. Si lo que buscamos es una economía armonizada

con el genio del método científico, tendremos que ver con el más profundo escepticismo las pretensiones del movimiento colectivista. Tome el colectivismo la forma que tome, ya sean las grandes estructuras asociadas de empresas nacionales o el colectivismo nacional o los partidos del fascismo, del comunismo o del gradualismo, sus partidarios sostienen que están adaptando la organización de la industria al progreso de la tecnología. Contra tal pretensión hay una fuerte presunción. Porque estos grandes controles centralizados, que tienen que ser gobernados autoritativamente por funcionarios de sociedades o por funcionarios públicos, son, por su naturaleza, inadaptables a un sistema de producción que sólo puede aprovecharse de la nueva invención si es flexible, experimental, ajustable y de competencia. Los laboratorios en los que la técnica se desarrolla, no pueden producir su invento de acuerdo con un plan centralmente dirigido. No puede producirse, organizarse, ni administrarse el futuro de la tecnología, y es, por lo tanto, improbable en el más alto grado, que una economía elaboradamente organizada y altamente centralizada, pueda adaptarse con éxito al carácter intensamente dinámico de la nueva tecnología.

No es posible, por lo tanto, que "al avanzar la industria en mecanización deba desarrollarse una mayor carga de autoridad política fuera de lo que era necesario en el pasado". Hay, por el contrario, una fuerte presunción de que el movimiento colectivista es una tremenda reacción de los asuntos humanos que en la ruta principal por la que ha avanzado la sociedad occidental, está llevando a la humanidad hacia atrás y no hacia adelante. Los colectivistas generalizan una interpretación de una época histórica relativamente corta. Han confundido el fenómeno de la última fase del sistema de sociedades, con las consecuencias de una tecnología moderna. Han llegado a pensar que estos fenómenos están fatalmente determinados, cuando, de hecho, sin prever las consecuencias, los Estados del siglo XIX las permitieron y las provocaron. Esto se hizo, como tengo la esperanza de demostrar, porque los liberales demócratas que las crearon, tomando equivocadamente el privilegio de las sociedades por los derechos del hombre, las inmunidades de las personas artificiales por la inviolabilidad de las personas naturales, la posesión de los monopolios por propiedad privada, fracasaron para desarrollar sus propias intuiciones y sus propios doctrinas.

Porque han creído que el desarrollo del capitalismo concentrado de las sociedades, es el resul-

tado natural y necesario de la nueva tecnología, los colectivistas, sean grandes hombres de negocios o socialistas, han pasado del concepto liberal de la sociedad al autoritario. Si hubieran tomado un punto de vista más amplio, habrían objetado su premisa básica, recordando que las realizaciones científicas que ellos consideran ahora como obligando al establecimiento de la autoridad, llegaron a ser posibles sólo cuando la investigación científica se emancipó de la autoridad. Por agradables que sean sus promesas, habrían vacilado para revivir el Estado absoluto. Habrían recordado que, antes de que pudiera crearse la sociedad moderna, el Estado tuvo que ser sometido a un sistema constitucional. Habrían vuelto con lentitud a la compulsión como instrumento de "síntesis, coordinación y control racional", y como el específico para el poder de adquisición privado y la conducta antisocial. Habrían recordado la larga experiencia de la humanidad con la corrupción del poder personal. No habrían hablado tan fácilmente de la socialización y unificación de las naciones por orden de los gobiernos, si hubieran recordado que la ascendencia de los reyes nacionales sobre los barones locales, la unificación de los Estados nacionales hecha contra las tribus disidentes, fueron una reacción contra la molesta, exclusiva e íntimamente despótica autoridad. No habrían olvidado nunca que la tecnología moderna y la mayor abundancia que ha venido de la división del trabajo, vino después de que el hombre se emancipó de las elaboradas restricciones de las guildas y las políticas mercantilistas, de los terratenientes y del poder eclesiástico y dinástico.

Pero los profesores y los adalides a los que esta generación escucha han olvidado estas cosas. En los últimos 60 o 70 años se ha convertido en premisa fundamental del pensamiento y de la acción, que el progreso humano no se realizará a través de una emancipación mayor, sino por medio de un resurgimiento de la autoridad. El hecho puro y simple del problema es que, bajo el dominio de esta doctrina, el progreso se ha detenido gradual pero acumulativamente, hasta que el fin se presenta una regresión espectacular a estandars de vida más bajos y a un nivel de civilización de grado inferior. Aunque nunca ha sido el aparato del Gobierno más elaborado, la economía del mundo se ha ido desintegrando en fragmentos cada vez más pequeños. Aún en los Estados Unidos ha habido una notable tendencia a establecer dentro de la Economía Nacional, altamente protegida, toda clase de refugios regionales y barreras ocupacionales, por medio de los

cuales intereses especiales usan el poder político para obtener ventajas exclusivas. No es necesario hacer más que señalar la atomización de Europa, donde las tendencias separatistas no sólo entre los Estados, sino dentro de ellos mismos, son provocadas en todas partes por el ejercicio de la autoridad y difícilmente suprimidas por el ejercicio de más autoridad.

Pero debe notarse particularmente que la intensificación del Gobierno no sólo está agravando la desunión que trata de prevenir, sino que está deteniendo ese mismo avance de la ciencia que se da como razón para el Estado magnificado. En varias de las grandes naciones que pretenden ser la vanguardia del progreso humano, se ha abolido la investigación libre, que es la condición del descubrimiento científico, con el objeto de que el Gobierno pueda ser más efectivo. Así los candidatos intérpretes del mundo moderno, que han justificado el aumento de la autoridad con el objeto de cumplir la promesa de la ciencia, se encuentran frente al embarazoso hecho de que con objeto de aumentar la autoridad del Estado, se arruina a la ciencia.

IV

Los acontecimientos que estamos presenciando no nos permiten permanecer más tiempo ciegos ante la verdad de que nuestra generación ha entendido erróneamente la experiencia humana. Hemos renunciado a la sabiduría de los tiempos para aceptar los errores que los tiempos han desechado. El camino por el cual la humanidad ha avanzado en conocimiento, en el dominio de la naturaleza, en unidad y en seguridad personal, se tiende a través de la emancipación progresiva del yugo de la autoridad, del monopolio y del privilegio especial. Ha sido a través de la liberación de la energía humana como los hombres se han levantado por encima de la lucha primitiva por las necesidades rudimentarias de la existencia; ha sido por la remoción de limitaciones por lo que han podido adaptarse a la vida de las grandes sociedades; ha sido por la negación de apoyo oficial al privilegio por lo que los hombres se han levantado de la condición de esclavos, siervos y súbditos, a la de hombres libres, espiritualmente inviolables.

¿Y de qué otro modo, cuando nos detenemos a considerar el asunto, puede la raza humana avanzar si no por la emancipación de más y más individuos en los círculos cada vez más crecientes de la actividad? ¿Cómo pueden concebirse las nuevas ideas? ¿Cómo pueden formarse nue-

vas relaciones y nuevas costumbres? Sólo aumentando la libertad para pensar, para discutir, para debatir, para cometer errores, para aprender de esos errores, para explorar, y ocasionalmente descubrir, para ser aventurero y emprendedor. ¿Puede el cambio ser más que la rutina de un modelo recurrente? Si aquellos que por herencia, elección o por la fuerza obtienen el poder de gobernar no son los únicos que originan nuevas formas, se deduce que la energía del progreso se origina en la gran masa del pueblo, cuando los mejor dotados entre ellos, están libres de coacción y son estimulados por la relación recíproca, con otros individuos libres para pensar y para moverse.

Esta era la fe de los hombres que hicieron el mundo moderno. El Renacimiento, la Reforma, la Declaración de Derechos del Hombre, la Revolución Industrial, la Unificación Nacional, todas fueron concebidas y dirigidas por hombres que se consideraban emancipadores. Cada uno y todos estos movimientos tenían por objeto quebrantar la autoridad. Fue la energía que quedó suelta por esta emancipación progresiva la que inventó, forjó y puso al alcance de la humanidad todo lo que es bueno en la civilización moderna. Ningún gobierno planeó, ninguna autoridad política dirigió el progreso material de los últimos cuatro siglos o la creciente humanidad que lo ha acompañado. La estupenda liberación de las mentes y de los espíritus, y la conducta de los hombres promovieron el amplio cambio mundial de mercancías, servicios e ideas, y fue en este medio vigorizante y de confianza donde los pequeños principados se reunieron en grandes federaciones.

¿Qué razón hay, pues, para pensar que en la segunda mitad del siglo XIX el método ya ensayado del progreso humano intempestivamente se haga anticuado, y que de aquí en adelante sólo por más autoridad, y no por mayor emancipación, pueda avanzar la humanidad. El hecho evidente es que tan pronto como los adalides in-

telectuales del mundo moderno abandonaron el método de la libertad, el mundo se encaminó hacia una era de rivalidad nacional intensificada, que culminó en la Gran Guerra y una era de lucha doméstica intensificada arrasó a todas las naciones y redujo algunas a una situación de asesinatos, matanza, persecuciones y destrucción de bandas armadas, como no se han visto en el mundo occidental, por lo menos en dos siglos. Pertenece a una generación que ha perdido la ruta. Incapaz de desarrollar las grandes verdades que heredó de los emancipadores, ha vuelto a las herejías del absolutismo, de la autoridad y a la dominación de los hombres por los hombres contra las cuales el genio progresivo del mundo occidental, se convierte en una larga y creciente protesta. El espíritu del hombre ha sido desgarrado, y aquellos que, por sus más profundas simpatías parecían destinados a ser los portestandartes de la tradición civilizadora, se han vuelto unos contra los otros en una lucha fratricida.

¿Qué podría ser más trágicamente y más absurdamente confuso que esta elección? ¿Deberán los hombres renunciar a la esperanza de hacer del mundo un lugar mejor para sus hijos? ¿Deberán desconocer, por considerarlos anticuadas tonterías, los principios que sujetaban los gobiernos a la ley, los poderosos a la responsabilidad, y daban a los humildes legitimidad en sus derechos? ¿deberán olvidar la experiencia por la cual fue sujeta la violencia de las facciones civiles? ¿Deberán olvidar los sufrimientos de sus antepasados que murieron para que la tiranía terminara y los hombres fueran libres?

¿Es la elección de Satanás que ofrece vender a los hombres los reinos de este mundo, o sus almas inmortales? Y como siempre que se ha hecho esta oferta se descubrirá, después de mucho trabajo, que en esas condiciones ni aún los reinos del mundo pueden comprarse.

PAJARITA ENLUTADA

P o r A L F R E D O M A I L L E F E R T

1

HA muerto don Miguel de Unamuno. Sabio Poeta. Loco. Ya no se le verá como tantos años, por las mañanas a las 10 —el sol en una acera— y por las tardes a las 5 —el sol en la otra—,

pasar todos los días por su mismo camino, por las mismas calles, hacia la ilustre Universidad, donde tan bien se destacaba su figura —angulosa, recia— en los artísticos claustros, con el fondo áureo de los siglos.

2

Cuando entró un libro de don Miguel de Unamuno, ¡hace ya muchos años!, en aquel cuarto quieto y claro donde leíamos a los escritores —modernistas— de la época, sentimos que entra-
ba un hombre... todo un hombre!... No iban en su libro —materialmente tosco, malhecho— las frases buriladas, cinceladas, que parecían dejarnos en las manos el polvillo de oro del taller. Iban su voz, sus gestos, sus palabras. Se le veía de carne y hueso. Y sentimos, leyendo aquel libro, que de rondón nos entrábamos con Unamuno en su España castiza; en su ciudad de Salamanca, legendaria y entrañable; en su cuarto, lleno de papeles y libracos; en su casa, donde había desde hijos hasta nietos.

3

¡Qué entrañable España, la de Unamuno... ésta que no es meramente llanura polvorienta o fresca montaña entre la niebla, sino escalón, escalón para trepar, resollando fuerte, a las cosas espirituales de sus viejos libros. Y cómo se le veía subir (y despeñarse también) en las páginas doloridas en que nos contaba, jadeante, su ascensión.

4

“Tranquila lleva la pluma, como quien ara” —decía Rubén Darío, en aquella alusión al sabio Rector de Salamanca, que quizá nos había hecho comprar el primer libro de Unamuno. “Como quien ara”... sí, en efecto. Pero, tranquilidad era lo que menos descubríamos. Jadeo. Sudor. Lucha... No se puede ser tranquilo cuando se va, de sol a sol, puesta la mano en la reja —que va removiendo los terrones, clavándose en la hondura. Y, en efecto, había mucho de tosca y grata labor de arar en estas páginas. Y, sugestionados, acabamos por sentir que los renglones eran surcos, surcos interminables de las pobres tierras de Castilla, tierras áridas que no siempre dan el pan.

5

Deshumanización de las artes. No. Todo lo contrario; humanización. Escribir —como arar, como sembrar, como comer, como morir—: cosa seria, función vital. Escribir, como llorar Jorge Manrique a su padre que está muerto. Escribir, como estremecerse de angustia Kierke-

gaard. Escribir, como caer en éxtasis San Juan de la Cruz. Escribir, como *vivir* don Miguel, este don Miguel de Unamuno. ¿Deshumanización? No! Ni de las artes, ni de ninguna otra cosa humana. Y, justamente por eso, pudo decir Juan Ramón Jiménez, en reciente nota crítica: “En Miguel de Unamuno empieza nuestra preocupación metafísica “consciente” y en Rubén Darío nuestra consciente preocupación estilística, y de la fusión de esas dos grandes calidades, de esas dos grandes diferencias, salta la verdadera poesía nueva”.

6

¿Deshumanización de las artes? Qué estupidez —diría don Miguel de Unamuno.— Y diría perfectamente bien.

7

¿Quién dice que don Miguel de Unamuno no es más que un escritor seco, libresco... cuando, por el contrario, la trama de sus novelas, de su obra, está tejida siempre a base de sentimientos tan naturales y tan primitivos, en lo humano, como la tela que urde la araña en el rincón de la vieja casa?... ¡Qué vitalidad en los tipos de sus libros... sabiéndolos leer! Qué muchachas frescas, de ojos bovinos, de pómulos salientes, de largas trenzas... una rosa en la boca... en los caseríos viejos... con el fondo de las verdes, dulces montañas de Vasconia. Y, cuando ya se casan y tienen hijos —Rosa, Clara, Ignacia—; cuando ya tienen nietos, y se va acabando el rosario de los días... ¡qué cuadros ásperos y dulces; qué viejecitas añorantes en el aposento familiar... mientras, a través de la puerta, con el fondo de los montes —verdes, agrios— se ve caer la llovizna, el dulce orvallo...

¿Y los hombres, los hombres de las novelas de Unamuno, desaliñados en el traje, de nervudas manos, de zapatos toscos... cavilando siempre por las callejas, como un remedo del propio Miguel, rumiando sus pensamientos —entre los ochavos, en la tienda— bajo la boina vasca? Pensamientos cotidianos, sencillos, tremendamente cotidianos, si se quiere... sencillos, pero que, merced a súbitos aleteos, alcanzan a elevarse, a veces, a alturas estelares!...

8

¿Pero de veras, de veras ha muerto don Miguel de Unamuno?... Y yo me contesto, lector

amigo, y tú debes de contestarte también, con las frases que él decía: “¡No!... No he de morir. He de vivir siempre. Siempre. ¡Yo! ¡Yo!... Miguel!”

9

No era un místico..., pero paseando por las riberas del viejo Tormes, allá en su Salamanca, cayeron también sobre él algunas luces de la *noche serena*. No era un asceta..., pero los amaba. Estos vetustos, estos añosos libros eran los que él hojeaba con más pasión, los que él paseaba con más unción, sobre y por el mundo. No era un asceta..., pero el Cristo de Velázquez tiene en los pies, ya para siempre, ya como formando parte del cuadro, un poema de Unamuno. No era un místico..., pero quizás hayan salido

a recibirlo en las celestes praderas, ladrando jubilosamente, los lebreras de don Quijote, que también, Dios mediante, pudo morir cuerdo...

y 10

...Y, puesto que ya el río —el luengo río— ha llegado al vasto mar, cuadra... sí, *cuadra*, como el castizo Unamuno decía, terminar estas enlutadas cuartillas con aquellos versos que él pergeñara una tarde en su Salamanca, con la misma mano, grave, con que hacía sus distraídas “pajaritas”:

“Si me buscas es porque me encontraste
—mi Dios me dice—. Yo soy tu vacío;
mientras no llegue al mar no pára el río
ni hay otra muerte que a su fin le baste”.

EL MOVIMIENTO DEL POLO

P o r J O A Q U I N G A L L O

POR muchos años se creyó que las coordenadas geográficas de un lugar, latitud y longitud, eran invariables y que este sistema, por lo tanto, era el más apropiado para fijar la posición de un punto en la superficie terrestre. Así debería ser en efecto, puesto que la latitud de un lugar está definida por el ángulo que forma la vertical de ese lugar con el plano del Ecuador que, por ser normal al eje de rotación, es invariable.

La longitud como se sabe, es el ángulo que forman el meridiano de ese lugar con un plano meridiano inicial o de origen, que es el que pasa por el Círculo Meridiano del Observatorio de Greenwich, cerca de Londres, Inglaterra. El sistema de coordenadas esféricas ideado por los geómetras que vivieron antes de nuestra Era, fue perfeccionado por Hiparco, quien dió los procedimientos astronómicos que se siguen en la actualidad para determinar las coordenadas geográficas con toda la precisión que alcanzan los modernos instrumentos. Gracias a las enseñanzas de ese sabio, se sitúan los puntos limítrofes de las fronteras entre las naciones, o bien se determinan las coordenadas geográficas de las ciudades y poblados de un país, para que sirvan de base a la construcción de mapas y cartas que señalan al navegante, al explorador, la ruta que lo conduzca al punto de su destino.

La situación geográfica de un lugar se hace por lo general con una aproximación de 1", lo que equivale en nuestro país a unos 30 metros, en números redondos, y en el caso de investigaciones geodésicas o situaciones que requieran mayor exactitud, como en los puntos de las fronteras, la aproximación se lleva a mayor grado.

Tanto por estas razones como porque la precisión de los instrumentos no lo permitía, no se había notado que el valor de las coordenadas geográficas oscila ligeramente en el curso de un año porque el Polo, o mejor dicho, el eje de rotación de la Tierra cambia de lugar en límites muy estrechos ciertamente, pero sensibles cuando las observaciones se hacen con instrumentos de gran precisión.

Por los años de 1889 y 1900 los astrónomos que hacían observaciones de latitud en Berlín, Praga y Potsdam, notaron con extrañeza que simultáneamente habían variado las latitudes de sus estaciones, como si el Ecuador se hubiese desalojado en posición.

Poco después el astrónomo norteamericano S. A. Chandler daba a conocer los resultados de la variación de la latitud que había observado, y más aún, presentaba una prueba del movimiento del Polo, revisando observaciones hechas desde 1715.

Existe realmente este ligero movimiento de los polos, como si el eje describiera un pequeño cono apoyado en el centro de gravedad de la Tierra, que casi coincide con el centro de figura; rigurosamente se puede decir que nuestro planeta es el que se mueve con respecto al eje de rotación, lo que da lugar a que digamos el Polo Norte no esté fijo en un solo lugar, varía, se desaloja, dentro de un cuadrado de 20 ms. de lado, describiendo una curva irregular, con período de 14 meses aproximadamente, pero el Polo no vuelve al mismo punto al cabo de ese tiempo. Se comprende que si varían los Polos y los meridianos por ende, la longitud de un lugar debe variar también, y para averiguar la forma de la curva descrita por el Polo es por lo que existen 6 estaciones astronómicas situadas en el mismo paralelo, destinadas a ese fin.

Cuando en un lugar se determina con la mayor precisión posible, la latitud, lo que se obtiene es la distancia angular en ese momento al Ecuador. Si tres o cuatro meses después se determina nuevamente, se encontrará sin duda, otro valor que diferirá del anterior unas décimas de segundo. Puede seguirse así ese movimiento del Polo, cu-

ya amplitud máxima es a veces de poco más de un segundo.

Hasta ahora no se ha explicado satisfactoriamente la causa de este movimiento; se presume que el cambio alternativo de las nieves polares es una causa, puesto que hay un ciclo próximo a un año, pero también, parece influir la atracción lunar sobre el ensachamiento ecuatorial, ya que nuestro satélite es el astro más próximo a la Tierra y que su masa no es despreciable. Los movimientos de la Luna y su rápido cambio de posición deben influir en los pequeños movimientos del planeta, siendo esta acción, combinada en la anterior, las causas a las que puede achacarse el curioso desalojamiento del Polo.

En el Observatorio Astronómico Nacional de Tacubaya, Instituto de nuestra Universidad Nacional, se han hecho, con relativa frecuencia, determinaciones de la latitud y se ha notado por consiguiente esta variación. Veamos por ejemplo, las determinaciones de esta coordenada de 1934 a la fecha, aprovechando las observaciones que se hicieron para otra investigación científica. Los resultados están reducidos al centro del instrumento llamado Círculo Meridiano.

Fecha	Latitud	Observador
21 de noviembre a 13 de diciembre de 1934.	17" 28.	Joaquín Gallo.
1º a 7 ,, enero de 1935.....	17" 39.	Joaquín Gallo.
25 ,, 28 ,, enero de 1935.....	17" 31.	Joaquín Gallo.
13 ,, 16 ,, abril de 1935.....	17" 40.	Joaquín Gallo.
6 ,, 10 ,, diciembre de 1935.....	17" 88.	Juan Solórzano.
17 ,, 19 ,, diciembre de 1935.....	17" 75.	Sandoval y Martín del Campo.
7 ,, 10 ,, enero de 1936.....	18" 19.	Joaquín Gallo.
9 ,, 16 ,, enero de 1936.....	18" 21.	Sandoval y Martín del Campo.
5 ,, 8 ,, abril de 1936.....	17" 66.	Joaquín Gallo.
3 ,, 9 ,, noviembre de 1936.....	18" 15.	Joaquín Gallo.

Claro es que estos resultados están afectados por los errores propios de observación y más cuando se comparan los de observadores trabajando, sea con el mismo instrumento o con distintos, como es el caso nuestro; pero de todas maneras se puede tener idea, por la inspección de la tabla anterior, de la variación de la latitud, sobre todo de noviembre de 1934 al mes de abril de 1935, que fue casi proporcional al tiempo.

Como puede juzgarse, el movimiento del Polo es muy pequeño; puede decirse que pasa inadvertido para aquellos que, con instrumentos de preci-

sión menor de 2", hacen situaciones geográficas, pero no así para astrónomos y geodestas que necesitan forzosamente la mayor exactitud en sus investigaciones. Por eso, por no contar con la precisión suficiente, los navegantes muchas veces han dicho que han plantado una bandera exactamente en uno de los polos terrestres...; en realidad nadie sabe el lugar preciso en donde se encuentra uno de esos puntos imaginarios.

Si no es fija ninguna de las coordenadas terrestres, cabe preguntar cuál valor debe adoptarse. A esto hay que responder que se adopta el promedio

de los resultados obtenidos de frecuentes observaciones durante varios años y ese será el valor medio de la coordenada o lo que es lo mismo, la posición del lugar respecto al Polo medio. En nuestro caso, tendríamos que, aproximadamente, la latitud del Círculo Meridiano es de $-19^{\circ}24'17''92$,

y digo aproximadamente, porque las observaciones no están hechas en épocas apropiadas para el estudio del movimiento del Polo, sino que lo fueron con el fin de otra investigación, pero me valgo de ellas para hacer resaltar dicho movimiento y como una pequeña colaboración científica.

ALBA EN EL TROPICO

P o r R U B E N S A L A Z A R M A L L E N

UN CAPITULO DE NOVELA

PEINABA el alba los penachos de las palmeras cuando Leonel Ramos saltó de la cama. La puerta abierta dejaba ver un pedazo del empedrado patio, gris y triste entre la incipiente luz del día, en donde las gallinas picoteaban unas boñigas y el alcaraván, orgulloso y desconfiado, iba precipitadamente de un lado a otro.

De ordinario este espectáculo trivial empañaba de melancolía el despertar de Leonel. Era una melancolía sin contornos y sin fuentes perceptibles, que rechazaba toda explicación, o, para decirlo con mayor exactitud, no reclamaba explicación, sino se saciaba y se cumplía con fluir. Pero ahora, junto con ella, surgió súbitamente el deseo de conocer su raíz y su contenido.

Leonel, asaz nervioso y más impaciente para proceder con calma, formuló una hipótesis antes de analizar su pena, de descomponerla en sus elementos. He aquí la hipótesis, que después hubo de comprobar paso a paso: el patio empedrado evocaba el recuerdo del patio de su casa de México, un patio todo de cemento, pulido y raso, que, en la memoria, arrastraba consigo mil recuerdos más: la infancia apacible al lado de su madre, la beata floración de la vida, los juegos solitarios al regreso de la escuela, el retozo con los discípulos en las grandes ocasiones. El patio de su casa de México obligaba a Leonel a regresar a su pasado y también lo obligaba a recordar a México, a reconocer que estaba ausente de México, aunque no por su voluntad, ciertamente. Era esto lo más doloroso: la certidumbre de que su lejanía de la metrópoli le era impuesta. De aquí manaba la melancolía.

Leonel quedó persuadido de que había acertado y se propuso no volver a mirar hacia la puerta al despertar. Entonces, casi mecánicamente,

buscó el punto al cual debía dirigir su mirada: frontera a la cama, pendiente de dos grandes arrollas, estaba la hamaca pintarrajeada de rojo, y en un lado, justamente el opuesto a la puerta, se abría la ventana, protegida por los barrotes de una reja, dejando ver los espesos bambimbos. Hamaca y bambimbos, como animados por un maléfico poder, sugerían instantáneamente la idea de permanencia en un pueblo del trópico, esto es, del alejamiento de la urbe.

Comprendió Leonel que estaba rodeado por los datos de su destierro, implacablemente rodeado. Le extrañó haberlo comprendido con precisión hasta ahora; pero su extrañeza no fue dolorosa, sino agradable. Tanto así, que el joven sonrió a solas. No más de unos segundos había durado su reflexión.

Empezó a vestirse con presura, olvidado de toda otra preocupación que no fuera la de terminar pronto. Como ocurre con frecuencia en casos semejantes, se estimulaba con una frase tercamente repetida en su interior: "...porque tengo mucho quehacer", "...porque tengo mucho quehacer".

Después de haberse mojado la cara, el cuello y los brazos con abundantes abluciones, concluyó su tocado y fue a la galería de cristales que hacía veces de comedor en casa de don Ciriaco. La criada, una india alta, airosa, vestida con huipil negro y enagua de olán de color lila, sirvió el desayuno: una rebanada de papaya, plátanos, chicozapotes, pan de huevo y una taza de chocolate.

Leonel miró fijamente a la criada durante un minuto. ¡Cuán distinta esta mujer garrida y alta de la menuda Chana! Chana, llena de garbo también, era, sin embargo, antes que todo una pincelada de gracia en el paisaje del istmo. Solía usar huipil rojo con lunares amarillos y enagua negra, anudaba sus trenzas en maciza corona alrededor

de la cabeza y cuando, muy temprano, se deslizaba desde Guichevere hasta el consultorio del doctor Valverde, parecía una muñeca a la que un genio travieso hubiese insuflado vida. Así era Chana, la amante de Leonel. Y por dentro: apasionada, celosa. Precisamente la víspera habían tenido una escena.

Fue así: Leonel la esperó debajo del puente, en donde la arena, untada de luna, estaba azul y el agua del río, untada de luna, era como plata rumorosa que corría cantando una cancioncilla banal y tierna hacia el bosque de palmeras, que a la distancia, por el lado de San Jerónimo, fingía una mancha de bordes metálicos, fríos. Chana llegó envuelta en un poco de viento, sostenía en la cabeza un cántaro de dulce curva, la arena crujía hollada por sus pies desnudos, y así, sobre la playa azul, con el cántaro en la cabeza, impulsada por un ritmo gentil, se diría una de esas mujeres que, trémulas de leyenda, cruzan por las páginas de la Biblia. Se sentaron en una de las piedras con que el cerrito del Calvario baja al río. "Mañana no podré verte, tengo que ir a unas labores", dijo Leonel. Los ojos de Chana se encendieron de cólera. "¿Crees que no sé?", repuso. "Vas a ver a la mesha Muller; se la quieres quitar al teco".—"¿Qué tengo que ver con la mesha Muller?", inquirió, asombrado, Ramos.—"Te ví, te ví el otro día. Ibas con ella y te reías".—"¿Y eso qué? El teco Alarcón es mi amigo y yo puedo acompañar a Ruth".—"¡Mentira, mentira! Suéltame". "Shunca..." "¿Crees que soy como Josefina, que nada más para eso... sirve!" Intentó desasirse del abrazo de Leonel; pero él la retuvo con fuerza. "A ver", murmuró cariñoso, intentando acariciar los cabellos de la muchacha, que, irritada, sacudió la cabeza. "¿No? ¿Por qué eres así, shunca, si ya sabes...?" En aquel momento se escucharon voces y ruido de pasos en lo alto del puente. "¡Tonta!", añadió Leonel. El río corría casi a sus pies despertando sutiles chasquidos, sus aguas ensortijadas se enredaban y desenredaban hasta perderse a lo lejos. Chana susurró de pronto: "No vas mañana a las labores, ¿verdad?"—"Tengo que ir".—"No vayas, no quiero que vayas".

Apenas concluido su yantar, Leonel apartó el recuerdo y volvió a su cuarto. Sacó de abajo de la cama, arrastrándolo sobre el piso de ladrillos, su veliz y lo abrió: procedía con seguridad y firmeza, aunque no prestaba la menor atención a sus actos. Desde la noche anterior sabía qué era lo que debía hacer: ir a una labor situada por el lado de la Zanja Grande, distribuir entre los trabajadores del trapiche los volantes que la víspera le enviaron de México y, si para ello encontraba co-

yuntura, trabar conversación con algún peón, catequizarlo.

Escondido entre las ropas estaba el montón de impresos. Leonel tomó una parte de ellos, los puso debajo de su camisa, junto a la piel, cerró el veliz y, con la cabeza descubierta, el paso ágil y vivo, salió a la calle.

Estaba la calle fresca de madrugada, de los bambimbos caía un poco de noche y las fachadas de las casas cobraban una palidez grisácea ante la proximidad del día. Leonel enderezó su marcha por el rumbo de la estación: los rieles escapaban, huían a unirse en el horizonte entre malezas oscuras; a la derecha gemía casi sin ruido el cocotal, a la izquierda las casas se cubrían de luz, y más allá del camino real que conduce a la Mixtequilla, se veía la primera labor un poco borrosa entre el vaho de la hora.

Una sorda angustia oprimía a Leonel: quizás su destino lo llevaría a morir en un escondido trapiche, junto a las humeantes pailas, sin grandeza ni gloria, asesinado por una turba de hombres feroces, destrozado por el filo de los machetes. El temor de un tal fin sugería inevitablemente al nostálgico la representación de un posible final en México: allá la plaza pública, o el mercado, o la calle se abrían como páginas para escribir una palabra brillante e indeleble; con caer se suscitarían centenares, millares de ecos, se apresuraría el pulso de las muchedumbres, se desatarían la pena y la indignación de los camaradas. ¡Era tan hermosa la campaña en México!

Leonel evocó un pasaje de esa vida: una ocasión se celebraba un mítin a las puertas de un mercado. El corro de los oyentes aumentaba minuto a minuto, y Leonel, con el friso de las caras asombradas a sus pies, peroraba fogosamente. De pronto irrumpió entre la muchedumbre un grupo de policías y como las olas ante el empuje de un navío, se apartaron las cabezas, los hombres, los pechos. Un policía, adelantando a los demás, intentó asir a Leonel y al instante cien voces cólericas rodearon su ademán: "¡No, no!" La multitud apretó sus filas, algunos puños sobresalieron amenazadores, las voces se multiplicaron. Habría sido hermoso morir en aquel trance: la sangre pisoteada por la fuga del rebaño humano empavorecido y al día siguiente el nombre de Leonel repetido en las páginas de los periódicos; después, cada aniversario, los camaradas celebrarían mítines de ira y de luto.

Aquí: la sordidez de los indígenas ignorantes, la incomprensión, una greca de cónicos sombreros de palma con rostros inexpresivos debajo. Y si corría la sangre, correría para ser chupada

por una tierra indiferente y feraz, sin sacudir el árbol de los ecos.

Las risas imprevistas de una breve caravana alcanzaron a Leonel y rompieron su cavilación. Eran el teco Alarcón y Ruth Muller, Ana Muller con Beto Gallardo y atrás, rezagadas, las hermanas Morenos, María y Florentina, con el grueso boticario Fernández.

Leonel los esperó a un lado de la vía, de pie sobre un durmiente cubierto de chapopote y su mirada se detuvo en Alarcón y en Ruth Muller, que marchaban sobre la tierra floja asidos de las manos. Los rubios cabellos de Ruth brillaban como un halo entre la claridad matutina, que, ciñéndolos, daba la ilusión de que luz y cabellera eran una sola pieza. Entonces advirtió Ramos que no le había disgustado verse sorprendido, apartado del propósito que fraguara la víspera.

—¿Qué haces tan temprano?— le preguntó a cierta distancia el teco Alarcón.

—Vine a pasear... a nada —repuso Leonel. Debajo de la camisa crujían ligeramente los impresos.

—¿Nos acompañas a la Zanja Grande? —invitó Ruth.

En tanto cruzaban estas frases, se les unieron el resto de los paseantes. Juntos ya, en un solo grupo, continuaron la marcha, Leonel iba junto a Ruth.

—Pasado mañana me voy a México —dijo Alarcón.

Sonreía con cara franca, jovial; pero a Ramos, sin que supiera por qué, le pareció que la voz ocultaba malignidad y burla. Se diría que en ella, como una entraña, palpataba la ciudad lejana, los altos edificios cuyas marquesinas dan sombra a las aceras, los jardines de prados bien trazados y las calles en que jamás cesa el latido del tránsito.

—¿Ya? —preguntó secamente, sin dar señales de interés, Leonel.

—Ya empezaron las clases; sólo este flojo de Beto quiere quedarse otro mes.

Beto, que caminaba dos pasos atrás, dijo: “¡Claro!” y reanudó su conversación con Ana. Su palabra concisa y solitaria llenó de alegría a Leonel: durante un mes tendría un compañero en su destierro. Beto y él eran condiscípulos y cultivaban en la escuela una íntima amistad, no obstante que pertenecían a círculos diferentes. Beto prefería el trato de los estudiantes ricos y frívolos, los “bicicletos”, que vestían bien, asistían a fiestas, corrían juergas, y en ello ponían sus orgullo y su satisfacción. Leonel, por el contrario, estaba con los “malditos”, era el quinto

de ellos. Le preocupaban los temas trascendentales, discutía, formulaba proyectos, opinaba acerca de la revolución social y, juntamente con Everardo Ibarra, miembro, como él, del Partido Comunista, tomaba parte en mítines, sesiones, asambleas y escándalos. “Bicicletos” y “malditos” se detestaban, los animaba un recíproco desprecio y cada grupo reclamaba para sí la pretensión de haber asumido la actitud justa ante la vida. En cierta ocasión, al concluir un curso, los “bicicletos” dieron un banquete en uno de los restaurantes más caros e invitaron a sus maestros; los “malditos” respondieron con una cena en un fonducho y llevaron como invitados de honor a los mozos de la Escuela. Semejante rivalidad no impedía que, en lo personal, fraternizaran algunos “malditos” con sus adversarios.

—¡Lépero!—estalló, musical, la voz de Ana.

Llegaron a la Zanja Grande, un canal artificial que se arrastraba entre matorrales y recibía sombra de unos almendros. El teco Alarcón y Beto Gallardo apostaron a quién salvara de un salto la acequia, y ambos, con resolución paralela intentaron simultáneamente la empresa: retrocedieron veinte pasos para tomar carrera y se lanzaron hacia adelante. Un momento parecieron suspendidos en el aire a igual altura; pero el impulso de Beto, más vigoroso, lo llevó limpiamente a la margen opuesta, en tanto que Alarcón hundía una pierna en el agua, incapaz de alcanzar por completo el ribazo.

Riendi reanudaron la marcha, Alarcón y Gallardo por una margen y el resto de los paseantes por la otra. Ana Muller se había unido a Florentina y María Moreno, mientras Ruth, a la zaga, conversaba con Ramos. Era amable y suave la conversación: Leonel se sentía envuelto en una seda delicada y sutil, sonreía contento y si por acaso una pregunta o una observación de Alarcón rompía la plática, una viva contrariedad le mordía el ánimo. Así se prolongó el paseo hasta llegar a un puentecillo formado con gruesos tablones. Los dos grupos se fundieron en uno y el orden que prevaleciera a lo largo de la vía del ferrocarril, volvió a distribuir a los jóvenes.

—¿Vamos a México, Leonel? —dijo Alarcón.

Advirtió Ramos, y le sorprendió fijarse en ello, que en la voz de su interlocutor no vibraba el más mínimo resentimiento, el menor disgusto por el tramo que Ruth y él, Ramos, recorrieran el uno junto a la otra, entregados a una amena charla. La idea, rápida como una saeta, no detuvo la respuesta:

—No, yo no. Si regreso y me aprehenden, me relegarán a las Islas Marías.

Inclinó la cabeza. Las palabras que acababa de proferir, levantaron en su memoria al recuerdo. Aparecía una manifestación de tranviarios: en la calle del Palacio Legislativo, ancha y soleada, se alineaban los tranviarios con sus trajes azul marino; después, obreros de overol; un coro de mujeres que reían alegremente, como en una fiesta y, por último, cerca del rojizo esqueleto del Palacio Legislativo, una turba de hombres con sombreros de zoyate y calzones de manta. A trechos surgían de la columna humana cartelones con grandes letreros. Los líderes iban de un grupo a otro, corregían la alineación, daban voces. Era una pacífica manifestación organizada por adictos a la II Internacional, que los comunistas se habían propuesto desviar hacia la violencia. Llevaban volantes impresos en mimeógrafo y tenían intención de pronunciar discursos; pero, advirtió desde muy pronto Leonel, el empeño sería vano: aquella enorme cantidad de gente los rechazaría incitada por sus líderes. Los comunistas, por parejas, pusieron manos a la obra. Leonel tenía por compañera a Irene. "Tú repartes los volantes y yo hablo", dijo a la muchacha. Ella hendió una hilera de tranviarios y empezó a distribuir las hojas de papel rodeada de gritos agresivos: "¡Fuera, fuera!" De súbito una mano iracunda le arrancó el montón de volantes que llevaba bajo el brazo, dejándola atónita, muda de miedo ante un hombre que la miraba severamente. En aquel momento Leonel se abrió paso entre los que rodeaban a Irene y, después de una pausa de indecisión, se arrojó contra el que despojara a la joven. La acometida fue inútil, el hombre se esquivó gritando: "¡Fuera, son comunistas!", después despedazó menudamente uno de los volantes, sonriendo, y aventó a lo alto un puñado de pedazos. "Compañeros", trató de hacerse oír Leonel; "nuestra propaganda está siendo destruída por los líderes de esta manifestación, porque..." Un tranviario grueso, sucio, con un pañuelo rojo anudado al cuello, se colocó junto a Leonel y enarboló un dedo con ademán amenazador. "A hacer discursos a Tepito", gruñó. Los demás tranviarios rieron sonoramente; Leonel ya no vio sino un friso de bocas abiertas por la risa. Haciendo un esfuerzo continuó: "...Nosotros afirmamos

que la Junta de Conciliación apenas significa algo en este caso, es el régimen capitalista todo..." "A hacer discursos a Tepito, amigo", repitió el tranviario grueso dando un empujón a Leonel. Iba a insistir éste en su propósito, cuando Blanca, una veterana del comunismo, lo asió del brazo y lo apartó del lugar. Los dos, precedidos por Irene, echaron a andar hacia la calle del Eliseo. Ahí los alcanzaron unos policías a los que guiaba el tranviario grueso. Después de una breve discusión, los tres fueron conducidos a la Jefatura de Policía. Leonel se adelantó mucho a Irene y Blanca y pronto estuvo ante un funcionario de cara adusta y descortés además, que apuntó su nombre. Ramos, que ya sabía el procedimiento que se seguía con los comunistas en aquel tiempo, entregó sus papeles para evitar el humillante registro. Llevaba manuscritos de su puño y letra un proyecto de proclama, todo subversión, y un informe de su célula: lo bastante para que se le considerara sedicioso. "¡Ajá!", dijo el funcionario hojeando los papeles, llévenlo para adentro". El policía que condujera a Leonel hizo notar que debían traer otros prisioneros. Dejaron a Leonel en el aposento, en espera de los demás, y de pronto el joven notó que había quedado sin vigilancia. Aprovechando la coyuntura traspuso la puerta con aparente calma, pasó ante el agente de guardia, bajó las escaleras a escape y al fin, libre, respiró en la calle. Dos días después supo que había orden de aprehensión en su contra. "Sería romántico que usted permaneciera aquí", le dijo el secretario del Socorro Rojo Internacional", o lo aprehenden o tiene que estar oculto, alejado del Partido". Leonel tenía una invitación de Gallardo, reiterada dos años consecutivos, y se decidió...

La actitud pensativa de Ramos suscitó una pregunta de Ruth:

—No quieres dejar a Chana, ¿verdad?

Leonel no había pensado en la zapoteca; clavó una mirada en la sonrisa maliciosa de Ruth, y, como pesaroso de dejar el recuerdo, respondió:

—Es muy chula shunca; pero...

En los ojos de la rubia joven se encendió una llama extraña, de cólera y de reproche.

—¡Una criada! ¿No te da vergüenza, Leonel?

LA FILOSOFIA DEL MARXISMO

Por el Abog. JOSÉ RIVERA P. C.

(Concluye).

Resumen de soluciones a los otros problemas filosóficos

TEMO fatigar la atención de ustedes. De tal suerte, reduciré la extensión proyectada, porque me estoy alargando demasiado y, con mayor brevedad, trataré los siguientes puntos: el problema del pensar, la certidumbre del conocimiento, en las tres escuelas griegas típicas.

La escuela escéptica: "El hombre es la medida de todas las cosas". Protágoras hablará de este modo: "Yo conozco en cuanto yo puedo conocer lo que yo conozco y conozco lo que mi mente me da, como es o como no es: yo soy la medida de todas las cosas; no las conozco como en sí son, sino sólo como yo las conozco: sólo de este modo puedo conocer las cosas".

La escuela platónica diría: "Yo tan sólo en apariencia conozco lo real; lo real es sólo el arquetipo, la idea; lo que yo conozco únicamente son las copias, las sombras de la idea; yo vivo con los demás hombres en una como caverna oscura y sólo conozco las sombras de lo que pasa frente a ella y que arroja sobre su fondo el sol; sólo el espíritu puede conocer realmente lo que es, que es el arquetipo, la idea".

Una escuela diferente —Aristóteles—: "Yo conozco lo que mis sentimientos me dan y abstraendo la generalidad en lo que me dan, formo mis conceptos; relacionando unos conceptos a otros, aplicando unos a otros —predicándolos—, formo juicios; entonces, conozco por mis sentidos y por mi razón".

Después de Aristóteles viene la decadencia de la filosofía helénica y en ella preocupan fundamentalmente los problemas de la conducta, los problemas morales.

En la edad media nos encontramos dos escuelas antitéticas dentro de la filosofía cristiana: la de San Agustín, tipo platónico; y la de Santo Tomás de Aquino, tipo aristotélico. No mencionamos matices de una y otra tendencias. Priva la escolástica, tomando al de Aquino por maestro y la gran cuestión la constituye el problema de los

universales: realismo, nominalismo, conceptualismo; supuesta además la inquietud de todo el medioevo por los problemas metafísicos.

Con la renovación trascendental, enorme, que significa el Renacimiento, con la transformación cultural que implica el Renacimiento, venimos a encontrarnos con que vuelven a inquietar todos los problemas filosóficos, el problema del ser, del conocer, de la conducta; siendo a mi juicio el básico, dentro de la nueva corriente, el problema del conocer.

El renuevo filosófico cartesiano

Para que podamos elucubrar sobre el ser y el valer, ante todo necesitamos conocer con certidumbre lo que es y lo que vale. Reconocido el mérito de Bacon en su "Novum Organum", saltamos a contemplar el surgimiento de la corriente cartesiana, en la célebre frase del filósofo:

"Dubito, ergo cogito; cogito, ergo sum" —dudo, luego pienso: pienso, luego soy—, primera base de toda una construcción filosófica, que se levanta para desechar toda excepción, para conocer —ante todo— con certidumbre, fundándose en un principio por sí solo de evidencia absoluta. Escepticismo absoluto es posición frustránea en Pirrón y en Montaigne. Es inicialmente método filosófico, necesario, fecundo, en Descartes, para construir de verdad una filosofía, siendo el primer principio verdadero esta convicción: "Estoy dudando de todo, todo es dudoso para mí; pero, si estoy dudando, es porque estoy pensando; y, si estoy pensando, es porque algo soy; luego soy". Primera base de la elaboración filosófica cartesiana.

Vendrá luego a presentarse, dentro de la corriente racionalista, el problema de la diferenciación de los modos de conocer; yo conozco por mis sentidos, o yo conozco por mi razón. ¿Yo conozco únicamente lo que mis sentidos me dan a conocer, o conozco también lo que mi razón puede inferir? Si los sentidos son de carácter material y la razón no tiene manifestaciones materiales, ¿en qué forma podrá relacionarse el conocimiento sensible con el intelectual puro? ¿Cómo de la percepción sensible, primera impresión

que se recibe de las cosas, podrá llegarse a la formación de conceptos y de juicios, cuya naturaleza nos dice la evidencia subjetiva que no es material? En forma aguda, pues, se postula por vez primera en el pensamiento filosófico la terrible cuestión, en pie hasta nuestros días, de las verdaderas relaciones entre el espíritu y la materia humana, o, como se dice corrientemente, entre el cuerpo y el alma. Relaciones, en cuanto al conocimiento, de la actividad sensorial y de la actividad racional: la una descansa en la materia, el cuerpo —se dice—; la otra en la razón, en el espíritu, en el alma. He ahí el dualismo. Es el problema de la correlación de materia y espíritu, de la percepción sensible y la percepción intelectual: la sensación y el pensar; la sensación y el raciocinar.

Véamos cómo se resume todo dentro de este perpetuo problema, al que se enfocan las corrientes de la filosofía moderna: cómo se sabe, cómo se piensa; cómo se sabe por los sentidos, cómo se piensa por la razón. Si una y otra forma de conocimiento son de naturaleza diferente, cómo pueden convergir al vincularse en un conocimiento que queda en el espíritu y acepta la razón.

El antecedente kantiano

En tal estado el problema, aparece el filósofo más grande de los tiempos modernos, Manuel Kant: el filósofo más perspicaz, más agudo, el más profundo. digamos —de paso— que elaboró su sistema en forma de críticas a las disertaciones de otros filósofos; sin que por ello pierda originalidad su obra—todo lo contrario.

Kant se plantea estas cuestiones: ¿qué es lo que yo puedo conocer? ¿Cómo lo puedo conocer? ¿Puedo conocer lo que es? ¿Tan sólo puedo conocer aquellos fenómenos que con perceptibles sensorialmente y respecto a los cuales racionalmente puedo establecer una ley? ¿Aquellos que yo conozco es este cierto fenómeno y lo conozco sólo en cuanto lo razono, o lo conozco exclusivamente en cuanto mis sentidos lo perciben?

Decía muy bien Kant: si sólo por la sensación se conociera, conocerían los animales; si sólo por la sensación se conociera—sin intervenir la razón—, conocerían los idiotas; y ni los animales ni los idiotas nos han demostrado que conozcan. ¿Ergo? Ergo, es precisa, es necesaria una elaboración íntima—racional, no sensible—, para establecer la concatenación de los fenómenos, y el conocimiento de ellos, dentro de la conciencia, esto es, *del conocer que se conocen*.

Pero seguramente sólo podemos conocer los fenómenos, que es lo único que llega por la aprehensión a nosotros; lo que significa que nuestro conocimiento nunca puede abarcar a toda la cosa, sino sólo al fenómeno. De ahí la necesidad de pensar en el sustentáculo de los fenómenos, la cosa en sí, a la que Kant llama el noumeno. Esto no lo conocemos ni podemos conocerlo. No conocemos la esencia, la *quididad* de la cosa. Además, ni siquiera nos interesa. Lo que nos basta conocer es lo que aprehendemos sensiblemente. Por lo dicho, esta posición filosófica se denomina agnosticismo. Sólo el fenómeno podemos conocer y, por tanto, es lo único que debemos conocer, para después elaborar el conjunto de nuestros conocimientos fenoménicos racionalmente y establecer en nuestra conciencia la coordinación de los fenómenos.

Recordarán ustedes, dentro del kantismo, que hay dos formas a priori de la conciencia, merced a las cuales es posible la intuición sensible de los fenómenos: el espacio y el tiempo. Además, que existen igualmente cuatro categorías cardinales, merced a las cuales es posible que la inteligencia elabore las intuiciones sensibles, sea para juzgar de dichas intuiciones, sea para agrupar los juicios de modo de tener un conocimiento coordinado; siendo dichas categorías de la inteligencia, que a su vez se subdividen, las de cantidad, calidad, relación y modalidad. Esto es: ni la aprehensión sensible ni la inteligencia son pasivas en la intuición del fenómeno ni en la reducción de éstos a conceptos; sino que contribuyen activamente por formas y categorías a priori.

El idealismo alemán.

En el momento de la filosofía que acabamos de reseñar aparecen los discípulos de Kant. Fichte diría: “Yo sí puedo conocer la cosa en sí; y sí puedo conocerla, porque la cosa en sí soy yo mismo: lo que es como objeto de conocimiento es el “no-yo”; y yo conozco el no-yo, porque el no-yo se forma inconscientemente en mi yo, siendo una emanación de mí mismo, absolutamente necesaria para que mi yo exista, porque sólo existiendo el no-yo mi yo es, en cuanto mi yo es porque es inteligencia y voluntad; sólo por el no-yo me actualizo como sujeto cognoscente y actuante; el no-yo lo necesita mi yo para ser—porque yo soy, necesito que haya un no-yo; porque yo soy en cuanto pienso y actúo y este no-yo es correlato forzoso de mi yo, que éste inconscientemente elabora; y se explica que el yo y el no-yo tengan

existencia correlativa, porque ambos no son otra cosa que un yo-absoluto, el cual se forma de la suma de todos los yo-individuales como mi yo”.

Como ustedes ven, una explicación que, en la actualidad, sólo podría satisfacer al mismo Fichte.

Schelling, también discípulo de Kant, da una explicación más fácil, haciendo intervenir en su teoría un demiurgo: “Yo y no-yo, ambos somos creación de un todo, de un sér absoluto, que es Dios; que, siéndolo, en cuanto es, crea el mundo y crea el espíritu, subsumiéndose en él la antítesis de sér y pensar, así como la síntesis de estos términos, que es la materia organizada”. El profesor Virgilio Domínguez observa que en esta tesis está el antecedente inmediato de la dialéctica de Hegel.

Ustedes comprenden que ésta es una explicación bien sencilla, pues se recurre a un “deus ex-machina”—el demiurgo—. En el momento crítico de la explicación se hace intervenir nada menos que a Dios, como el todopoderoso, y, así, se acaba todo problema.

Viene a continuación Hegel: “El yo y el no-yo (naturaleza y espíritu), somos tesis y antítesis de una síntesis, que a su vez es tesis que con su antítesis vendrá a formar nueva síntesis; yo y no-yo somos simplemente meros modos de una síntesis absoluta, que es la idea-absoluta; porque lo absoluto es la idea, es por lo cual, todo lo real, es racional y todo lo racional es real, y todo lo real es real, únicamente en cuanto es racional, y todo lo racional,—justamente por ser racional—*ipso facto*, tiene realidad”. Lo absoluto viene a ser entonces, pues, la idea misma, una idea absoluta.

Así como en Heráclito se habla de un fuego absoluto, principio y fin de todas las cosas, también hablábamos de una ley absoluta: el constante devenir, el constante transformarse de las cosas, como única realidad cognoscible. Del mismo modo en el idealismo hegeliano hallamos un todo-absoluto, que es la idea, y una ley absoluta: el proceso que sigue la idea en un incansante ir de la tesis a la antítesis para formar una síntesis, que a su vez resulta tesis de nueva antítesis y de nueva síntesis, en un proceso infinito. Esta idea-absoluta es lo que nos permite explicarnos por qué el ser puede ser consciente—el sujeto cognoscente—; por qué todo lo real es racional, y por qué todo lo no existente es irreal; por cuanto no es racional—no puede ser conocido racionalmente—. Porque, repito, no hay sino un todo-absoluto, que es la idea-absoluta, manifestándose como tesis, antítesis y síntesis, en el sujeto cognoscente, en el objeto cognoscible y en lo *real-ideal* absoluto.

En esta forma se intentan explicar esas relaciones misteriosas para la conciencia de cada hom-

bre, entre lo que es y lo que se conoce, entre el ser y el conocer, entre lo que es y la conducta—lo que debe hacerse.

Ahora bien—dentro de esta doctrina—, como todo es el absoluto y es el mismo absoluto el que se manifiesta en diversas formas de ser, no tiene explicación ni tiene sentido racional, seguir movimiento revolucionario alguno; puesto que, por ser todo manifestaciones de lo absoluto, todo está muy bien hecho y ha acontecido del mejor modo posible: se trata de la idea-absoluta misma que, por ser lo que es, debe ser así y así como suceden deben suceder todo movimiento y toda transformación.

Desde el punto de vista analizada, es claro que nos hallamos frente a una doctrina conservadora; pero—aunque parezca paradójico—también nos hallamos frente a una doctrina revolucionaria, justamente porque sostiene que todo está en constante transformación, que todo se está transformando incansantemente.

El entronque del marxismo con la filosofía hegeliana

Nuestro paso siguiente es hacia el marxismo. Aceptando íntegramente la doctrina de Hegel no tendría explicación la revolución. No teniéndola, tendría que soportar el proletariado la situación creada. El proletariado no tiene para qué luchar, si todas las transformaciones acaecidas forman parte de lo absoluto; quiero decir, si es lo absoluto en diversas manifestaciones de sí mismo. Para qué luchar enfrentándose a lo absoluto, si en resumen de cuentas nosotros no somos sino lo absoluto mismo en manifestaciones concretizadas—simples juguetes en el eterno proceso dialéctico de lo absoluto—. ¿Para qué luchar?

Tal tesis o tal modo de ver de manera alguna puede ser exacta. Hegel impera soberanamente en la filosofía de la primera mitad del siglo pasado, especialmente en Alemania. Aceptar su filosofía por el proletariado, significaba para éste una derrota sin lucha—la más triste de las derrotas—. Y no puede aceptar el proletariado dicha filosofía, porque está sufriendo las consecuencias del conservatismo; porque está padeciendo hambre. El proletariado está viendo morir a sus hijos y a sus mujeres, incapaz, económicamente, de prestarles atención; está sabiendo que su salario es exiguo; que su remuneración, después de dieciséis horas de trabajo agotante, viene a servir apenas para satisfacer a medias sus necesidades. El proletariado no puede estar conforme con situación semejante, ni puede estarlo con la filosofía que la

sostiene: exige una reparación completa. Aun a costa de su vida, ha de luchar—y lucha—. El estado de cosas, antes descrito, explica su lucha y contra él lucha el proletariado.

Con Marx y Engels el todo absoluto no es la idea; sino que el todo absoluto es la materia. Este todo absoluto—la materia—sigue una ley, absoluta también: la de su continuo transformarse. Este todo absoluto de que somos parte y esta su ley absoluta de perpetuo cambio, nos comprende, nos abarca a nosotros, como hombres y todo cuanto el hombre es o produce, al igual que abarca todo lo que es y todo lo que cambia en el universo; nosotros—hombres—no somos primariamente, en lo más recóndito de nuestra razón de ser, de naturaleza, diferente a todas las cosas, ni somos ajenos a la ley de su continuo cambio, aunque en las transformaciones de la materia hayamos llegado a poseer caracteres que específicamente nos hacen bien distintos. Lo único que se sostiene es nuestra participación del todo absoluto, que, en contra de Hegel, se dice en el marxismo que es la materia y no la idea; así como nuestra inclusión en el eterno devenir, en el incesante cambiar de todo el universo. Transformándonos nosotros al igual que todas las cosas, nuestra razón nos exige que conozcamos esa transformación, como ley de perpetuo cambio; esa necesaria lucha de los contrarios: ese morir para dar vida; ese vivir para dar muerte; ese existir para aniquilar el contrario; ese aniquilarse que origina nuevos seres. Esta lucha de los contrarios es la ley primera de todo el acontecer: tal ley es la dialéctica, que se denomina materialista, porque se aplica a la materia, que, dentro de esta doctrina, es el todo absoluto.

De esta pugna de los contrarios, de esta pugna de tesis y antítesis, deriva el materialismo dialéctico una actitud natural en los hombres: conocer—o reconocer—que todo es materia; conocido que todo es materia, conocer el método de existir de la materia—sus medidas o reglas de cambio—; y, entonces, los que tienen conciencia de lo que es y de lo que han conocido, de sujetos pensantes, derivar su condición de sujetos actantes, para así integrar su entidad como hombres—inteligencia y voluntad—; se llega así, pues, al momento en que se origina toda libertad.

* * *

El materialismo no es determinista

Conviene marcar un error muy extendido: que el materialismo dialéctico sea determinista. Lo único determinado es el perpetuo cambio; pero el materialismo no puede menos de reconocer—

como reconoce—, porque de lo contrario sería contradictorio, no podría ser revolucionario, las pequeñas esferas o círculos dentro de los cuales puede desenvolverse una actividad libre. El hombre tiene libertad para conocer la forma natural de desarrollo de los sucesos, y tiene libertad para intervenir, ayudando u oponiéndose—cualesquiera que sean las consecuencias de hacer lo uno o lo otro—, al desarrollo natural de los acontecimientos. Sin duda que en ello puede intervenir libremente. Sin duda que, dentro del límite natural impuesto por las leyes del cambio, el hombre es libre.

Kant decía: “No se es libre de luchar contra la naturaleza—de lo que se es libre es de obrar racionalmente”. Sin duda; porque libertad implica racionalización de los actos: no simple desfogue de fuerzas; porque luchar contra la naturaleza acarrea, de modo necesario, el aniquilamiento por ésta de las fuerzas que se le oponen. En ello no hay libertad, porque no hay razón que dirija la voluntad; sino, todo lo contrario, actuar ciego, simple explosión de fuerzas naturales: no se olvide que actuación con libertad implica razón conduciendo los actos.

De lo que se es libre dentro del marxismo no es de luchar contra todo; pero entiéndase que tampoco de no hacer nada, dejando todo al puro acontecer de los hechos naturales. Sostener puntos de vista opuestos sería privar al marxismo de su carácter revolucionario: para hacerlo una doctrina completamente conservadora. Claro que hay muchos marxistas—seguramente ignorantes de su propia doctrina—que creen en el determinismo; pero eso no tiene importancia. El marxismo sostiene la libertad; pero no creyéndola algo absoluto, sino una libertad circunscrita a la posibilidad de actuación del hombre dentro de los límites que la naturaleza impone; esto es, siguiendo el proceso dialéctico de la materia, siguiendo a ésta en su transformación, porque hacer lo contrario acarrea un completo aniquilamiento.

El carácter revolucionario del marxismo

La síntesis que se produce de la lucha de los contrarios, en cuanto se produce, es una nueva tesis—fecunda, ardiente, vivificante—; pero, en cuanto se pretende el estacionamiento en ella, la tesis resulta obstruccionante, negativa y entonces se hace necesario destruirla con su antítesis, para obtener nueva síntesis. Por esto es que el materialismo dialéctico, que no es determinista—porque es un grave error el que se comete el aceptar, el criticar, el afirmar que es de—

terminista—; por esto es que el materialismo dialéctico —decíamos— viene a sostener cómo los hombres han de actuar siguiendo las transformaciones de la materia; y entonces, precipitando los acontecimientos, habrán de luchar a veces, habrán de oponerse en otros casos, pero contra las situaciones creadas, según sean benéficas o perjudiciales para el proletariado: luchar contra las situaciones creadas que no pueden sostenerse, porque se opongan sistemáticamente al desenvolvimiento natural, conforme a las leyes de la naturaleza. Este desenvolvimiento natural se verifica: o ayudado con el esfuerzo del hombre, interviniendo su voluntad; o se realiza aunque no lo quiera el hombre. En este seguro aspecto se nos aparece un cierto determinismo; pero es tan insuperable, que ni la escuela del mayor fanatismo libre-arbitrista podría rechazar, como se trate de las limitaciones impuestas nada menos que por la naturaleza misma a la voluntad del hombre.

Así pues, resulta perfectamente explicable cualquier movimiento revolucionario. Esto explica por qué el proletariado se levanta en armas y lucha violentamente contra los explotadores; pero lucha en cuanto pretende re-encauzar dentro del orden natural actividades que le son contrarias porque lo violen. En estas condiciones es necesario restablecer el orden —un orden natural—, sin esperar a que la naturaleza obre, porque mientras tanto se resienten perjuicios; siendo el único modo de restablecerlo la violencia, la lucha.

Véase pues, como no es cierta una de las imputaciones más dolosamente hechas al marxismo: que predica el odio. A mi entender, lo que predica es la racionalización de los actos; lo que sostiene es la necesidad de actuar conforme a la naturaleza; sólo que, si no se obra conforme a ella, entonces si ha de lucharse para no formar filas con los enemigos de ese orden natural. No se predica el odio de clases: se predica la lucha en contra de los que no tienen conciencia de las transformaciones que naturalmente se operan. El odio podrá brotar en el calor de la lucha; pero no se lucha por odio, sino por reintegrar el orden natural. Eso es todo.

Síntesis valorativa del marxismo

Hasta aquí, no creo que el marxismo ofrezca dificultades insuperables para la razón. Yo creo que todo es muy razonable. Pero el problema hondo, insoluble dentro de la filosofía marxista, irresoluto por el materialismo dialéctico, es saber: primero, cuál es ese orden natural; segundo, quiénes son los sabios que lo descubran. Desde

el punto de vista de las relaciones humanas, la primera cuestión se ha intentado resolverla en las aplicaciones del marxismo a la economía y a la historia, entendiéndola ésta como una lucha de clases —el materialismo histórico— “No es la conciencia del hombre lo que determina su existencia, sino su existencia social lo que determina su conciencia”, como dice Marx en el prefacio a la “Crítica de la Economía Política”. La segunda cuestión sólo puede resolverse por la fe en Marx, Engels, Lenin, Trotzky, Stalin y cuantos han surgido como los fieles intérpretes del marxismo. De ahí el carácter de proselitismo de la doctrina y el que haya ortodoxos y heterodoxos, fieles y herejes, creyentes e incrédulos. El problema fundamental del materialismo está, pues, en su aplicación práctica: ¿se descubrió el verdadero orden natural? ¿Merecen fe los hombres que dicen que ellos lo han descubierto?

El humanismo marxista

El carácter profundamente humano del marxismo —recuérdese que ante todo es doctrina de acción, que lo que le importa es transformar y no interpretar el mundo—; el carácter profundamente humano de la doctrina —decíamos— viene a dárselo la filosofía de Feuerbach. Este filósofo hace a un lado las especulaciones universalistas de Hengél; esto es, hace a un lado las preocupaciones por descubrir un todo absoluto—la idea absoluta, y seguirla en su proceso dialéctico eterno, para fijar toda su atención en el hombre, tomándolo como el objeto supremo y único de toda filosofía. “El hombre es lo que come” —decía—, pretendiendo explicar todas las manifestaciones de la actividad humana según la diversa alimentación de cada hombre.

Al marxismo interesa ciertamente el hombre ante todo, es decir, la transformación del estado de cosas, de la situación social existente en su época, que juzga contraria al orden natural e injusta para el proletariado. Pero precisamente por considerar al hombre incluido dentro del orden natural universal —“como una onda en el océano del movimiento eterno de la materia”, según dijo uno de los filósofos marxistas—, el materialismo dialéctico, sin perder su punto de vista fundamental, como sistema filosófico, se ve obligado a proporcionar las bases de todo un sistema de filosofía.

Resumen de los antecedentes del marxismo

Así pues, el marxismo toma de Feuerbach la preocupación por el hombre, como el objeto prin-

cial de toda elaboración filosófica. Pero ha tomado de Hegel la forma de concebir el desenvolvimiento de todas las cosas, que es la dialéctica, el método dialéctico. De Hegel toma también la idea de un todo absoluto, el cual concibe no como una idea absoluta, pura, sino como una materia absoluta, pura. Para el marxismo, entonces, toda filosofía se resume en considerar el todo absoluto como materia absoluta, en cuya forma de ser se mantiene el método hegeliano —lucha de los contrarios para originar nuevos seres, que a su vez luchan con sus contrarios y forman otros nuevos, y así sucesivamente—, dialéctica materialista; pero teniendo como objeto principal de la especulación la conducta que haya de seguir el hombre ante la situación social del momento en que viva.

El marxismo frente a los problemas fundamentales de toda filosofía

¿Cómo resolverá el materialismo dialéctico las tres cuestiones fundamentales de toda filosofía: los problemas del ser, del conocer y del valer? Decía Fichte: "Yo y no-yo, ambos somos parte de un yo-absoluto; por lo cual, no siendo de naturaleza diferente el no-yo y mi yo, perfectamente puede conocer mi yo el no-yo". En el marxismo se diría: "Yo y no-yo, ambos somos parte de un todo-absoluto, la materia; por lo cual, no siendo de naturaleza diferente el no-yo y mi yo, perfectamente puede conocer mi yo el no-yo". En las filosofías vinculadas con el cristianismo podría decirse: "Mi razón puede conocer la cosa en sí, mi yo puede conocer el no-yo, porque el no-yo ha sido creado por Dios y mi yo ha sido creado a su imagen y semejanza". Sólo el criticismo kantiano no se atrevería a sostener que el yo puede conocer el no-yo en su integridad.

Véase pues, que en el fondo lo que hay es el problema de la antítesis "yo y no-yo": pensar y ser. No hay que confundir entonces el problema ofrecido por esta antítesis, que subsiste en el materialismo dialéctico y está en pie en todas las escuelas filosóficas, con el también permanente también permanente problema de las relaciones y diferencias entre cuerpo y alma, materia y espíritu. Esta es antítesis o problema distinto, que ante todo se plantea el racionalismo. Es un problema de carácter psicológico. En cambio, el problema o antítesis "ser y pensar", "yo y no-yo", es claro que sea un problema lógico; pero, a mi entender, desde el punto de vista planteado —naturaleza del yo y no-yo—, es más bien un problema ontológico. Este problema es el que re-

suelve, simplista, sencillamente, el marxismo: puedo conocer todo, porque todo es material—yo inclusive—, por lo cual la materia no ofrece misterios para mí, porque soy de su misma naturaleza. Así queda zanjado, de paso, el problema psicológico, en lo que tiene de más hondo: no son de naturaleza esencialmente distinta cuerpo y alma.

El conocer, por su parte, no es pues problema infranqueable. Basta para conocer el apreciar la transformación incesante de la materia: se conoce en cuanto se sigue a la materia en su ritmo eterno, lucha de los contrarios, que dan lugar a nuevos seres, que a su vez luchan con sus contrarios; de donde se sigue que nada permanece, que todo se transforma, que todo está en "devenir" y, por tanto, que el objeto propio del conocimiento no son las cosas en sí, sino las leyes de su transformación.

Lo valioso será, en consecuencia, el obrar según el proceso natural de desenvolvimiento de la materia, desde el punto de vista ético, jurídico, político, económico, en una palabra, desde el punto de vista de la conducta; estéticamente hablando, el captar la armonía del propio proceso natural de desenvolvimiento de la materia, en realización o en espectación, desde el punto de vista de lo naturalmente expresado, o de lo que se manifiesta por el genio del hombre, sea en la naturaleza misma, sea en lo construido por el hombre por medio de la palabra, del sonido, de la armonía de las ideas, de los cuerpos elaborados por el trabajo para que expresen en la pintura, en la arquitectura, en la escultura, etc., el sentimiento artístico en cualquiera de sus aspectos.

Reversión forzosa del marxismo a la intuición

Hemos logrado una síntesis del marxismo en su aspecto filosófico. Debemos concluir ahora que tal corriente, como escuela filosófica, recurre, al igual que todas las otras escuelas, a un principio absoluto, básico para toda su elaboración. Tal principio es en el marxismo, como lo llevamos dicho, la materia absoluta. Surge ahora el escollo de toda filosofía respecto a su principio básico: ¿será verdad que la *materia absoluta es el todo-absoluto*? ¿No será la *idea absoluta* de Hegel? ¿No será el *yo-absoluto* de Fichte? ¿No será el *demiurgo* de Shelling? ¿No será el Dios de la escolástica? ¿No podría ser el *fuego* de Heráclito?

¿Cuál será la filosofía que pueda racionalmente convencerme de que su principio absoluto, lo que sostenga como principio absoluto, es el

verdadero? ¿Quién será el hombre capaz de convencerse a sí propio, de un modo puramente racional, de que sea verdadero el principio absoluto en que sustente su filosofía? ¿Acaso podrá existir el que sea capaz de un convencimiento semejante, recurriendo tan sólo a la fuerza de sus sentidos?

Parece que estas preguntas no tienen una respuesta racionalmente aceptable. ¿Qué es lo que nos deja, en resumen, cualquier doctrina, cualquier verdad que hayamos creído determinada racionalmente? Sólo la duda sobre ella misma. Pero la duda no puede satisfacer al hombre. Este requiere indefectiblemente la certeza de un principio, sea para pensar, sea para obrar. Decíamos al principiar nuestra plática, que, psicológica y lógicamente, necesita el asidero de una filosofía. ¿Cómo encontrar el principio absoluto en que descansa cualquiera, sea la que fuere la escuela filosófica que satisfaga?

Que se despoje el sujeto cognoscente —si de verdad quiere conocer— de todo lo que sea pasión, de todo lo que sea torpeza —apetito torpe que ofusca la serenidad—, de todo lo que venga a obstruir su conciencia. Sólo así podrá el hombre acercarse al momento verdaderamente supremo, indescifrable, indescriptible, en que la conciencia es capaz de una intuición, en que la conciencia contempla de golpe y en su totalidad la magnificencia de los seres, en su fondo, en su verdadero ser, en lo que es esencia de todas las cosas.

En efecto, ninguna filosofía ha podido racionalmente demostrar su principio fundador. En el fondo de toda filosofía, repito con el maestro Antonio Caso, no hay sino un problema de intuición.

En verdad, en verdadera verdad, ¿qué es el ser? ¿La idea-absoluta? ¿La materia-absoluta? ¿El yo absoluto? ¿El Dios-eterno? ¿Es Dios todo lo existente? En una postura panteísta, ¿todo es un ser absoluto y eterno del que formamos parte nosotros mismos; el todo-absoluto es un Dios que se manifiesta en cada cosa, en cada fenómeno, en cada hombre? Llamemos a ese absoluto como se quiera: llamémosle simplemente "lo absoluto", llamémosle Dios, llamémosle idea, llamémosle materia. ¿Qué es, en verdad?

Tal vez podamos definirlo alguna vez; pero no racionalmente: sólo es posible merced a una intuición. Sólo es posible llegar al ser por un momento en que, serenamente, tranquilamente, estando nuestra conciencia y sintiendo nosotros

que está sola ante lo infinito, le preguntamos: ¿"Quién eres tú?"; para que el infinito nos responda. Si la respuesta que de el infinito nos dice que es materia, seguramente seremos materialistas y tal vez materialistas dialécticos —marxistas—. Si nos responde que es idea, seremos hegelianos. Si nos responde que es Dios, seremos deístas; no importa de cuál religión. Si nos responde que todo es Dios, seremos panteístas. O quién sabe qué nos dirá el infinito y quién sabe lo que seremos. Lo que se necesita es una intuición; pero la intuición sólo es dable a quien la busca y la intuición sólo se da cuando hay una íntima sinceridad en el propósito de buscarla. Lo interesante es buscarla. Se da de golpe; no se racionaliza.

Epílogo a todo lo expuesto

Ahora bien, expuestas las doctrinas, quedan en pie estas interrogaciones supremas: ¿Hay un ser absoluto? ¿Todo es devenir? ¿Todo es materia-absoluta? ¿Todo es idea-absoluta? ¿Hay un Dios-creador? ¿Somos nosotros y todas las cosas Dios mismo? Todas estas cuestiones sólo se resuelven en el cenáculo más íntimo de cada hombre.

¿Responde el marxismo? ¿Da una solución satisfactoria a todas las cuestiones filosóficas que deben plantearse? ¿Debemos de actuar, siguiendo el desenvolvimiento naturalmente dialéctico de la materia, en la lucha de clases; entendiendo la lucha de clases como un acontecimiento natural, imposible de remediar por esfuerzos absolutamente personales, puramente humanos? ¿Es la sociedad, son los hombres, son las clases todas, no otra cosa sino aspectos de lo absoluto —que es materia—, ciertas manifestaciones del todo-absoluto, que nos aparece como astros, como plantas, como animales, como hombres, como lo que ustedes gusten?

Satisfagan o no las respuestas del marxismo, sólo individualmente se escuchan.

Lo necesario —digamos para concluir— es que el sujeto cognoscente —con sincero deseo de conocer—, que el intelectual, se deje conducir o se conduzca por sí mismo, con un gran bagaje de datos o con absoluta omisión de datos; que se adentre lo mejor que pueda dentro de lo infinito, para formular sus interrogaciones de supremo carácter filosófico. Tales interrogaciones lo mismo pueden formularse dentro del marxismo que dentro de cualquier doctrina anti-marxista. No interesa, en verdad, cuál sea la doctrina filosófica. Lo que nos interesa esencial-

mente —como sujetos de razón, de voluntad— es tener un sistema filosófico, es tener una definición del marxismo y del anti-marxismo, que no se imponga como dogma ni a la que huyamos como de un “tabú”.

Que se responda con suave y tranquila sinceridad, una vez que pueda llegarse a una convicción íntima; cualquiera que sea la postura filosófica que posteriormente se adopte —lo mismo da marxismo que anti-marxismo—, con tal que sea sincera; porque en filosofía nada es dogma ni verdad revelada por Jesucristo, ni por la Iglesia, ni por Marx—verdad que racionalmente satisfaga—, salvo para quienes guardan una postura creyente de cristianos, de católicos

o de marxistas. Estoy hablando sólo desde un punto de vista puramente intelectual.

Así, es válido preguntar al materialismo dialéctico, a quien —como yo en este momento— ustedes pueden interrogar? ¿Eres tú capaz de resolver las angustias de mi mente? ¿Eres tú capaz de restañar las heridas que la duda dejó en mi corazón? O bien —preguntando con Wundt—: ¿Eres tú capaz de satisfacer las exigencias de mi razón y las necesidades de mi vida?

A estas preguntas sólo individualmente puede responderse. No sólo por mi lo digo. Ojalá el marxismo pueda responderlas afirmativamente a ustedes!

Bibliografía consultada:

- Caso, Antonio.—“El Concepto de la Historia Universal y la Filosofía de los Valores”. Ed. Botas. México. 1933.
- “La Filosofía de Husserl”. Imp. Mundial. México. 1934.
- Domínguez, Virgilio.—“El Materialismo Histórico”. Publicaciones de la Universidad Autónoma de México. México. 1933.
- Engels, Federico.—“Luis Feuerbach y el Fin de la Filosofía Clásica”, en la obra titulada “Introducción al Materialismo Dialéctico y el Socialismo Científico”. Edit. M. Aguilar. Madrid.
- “Anti-Dühring”. Edit. Cenit. Madrid. 1932.
- Engels, Federico y Marx, Carlos.—“El Manifiesto Comunista”. Edit. Cenit. Madrid. 1932.
- Catell, Raymond G.—“Historia de las Ideas Políticas”. Edit. Labor. Barcelona. 1930.
- Lombardo Toledano, Vicente.—“Aspecto Filosófico del Marxismo”. Conferencia, en el opúsculo intitulado “Marxismo y Anti-marxismo”. Edit. Futuro. México. 1934.
- Marx, Carlos.—“Crítica de la Economía Política” y “Miseria de la Filosofía”. Edit. Librería Bergua. Madrid.
- Messer, Augusto.—“Historia de la Filosofía”. Ediciones de la Revista de Occidente. Madrid. 1927 a 1930.
- Seignobos, Ch. y Metin, A.—“Historia Universal”, Vols. V y VI. Edit. Daniel Jorro. Madrid. 1922 y 1923.
- Seligman, Edwin R. A.—“La Interpretación Económica de la Historia”. Edit. Francisco Beltrán. Madrid. 1929.
- Weber, Alfredo.—“Historia de la Filosofía Europea”. Edit. Daniel Jorro. Madrid. 1914.

POESIA Y REALIDAD

P O R R O D O L F O U S I G L I

LA más sorprendente de todas las diferencias que existen y persisten entre la poesía y la prosa es que la poesía es únicamente acción. Una acción impenetrable a las filtraciones del tiempo y a su transcurso—si es que el tiempo transcurre—, libre de erosiones y de trastornos en general, Aunque algunas imágenes se adelgacen y pierdan brillo, aunque algunas palabras vengan a sufrir en el diccionario las vergonzosas abreviaturas *Poét., desus.*,

está fuera de duda, en cambio, la vocación de vejez de la prosa, a menos que ejerza una función crítica. Desde el transitorio dialecto que se descompone en pocas horas en los diarios hasta el más espléndido estilo de novela, la prosa es sólo instrumento de un relato, esfuerzo inútil y no siempre gramatical para fijar un momento de la vida que ha pasado ya. Fija su sombra, y ni eso a veces, a menos que las palabras caigan bajo la vigilante magia de la poesía. Entonces abandonarán el pre-

meditado camino del relato para operar una función de creación. Y entonces serán poesía, es decir, revelación, es decir, acción. De aquí la juventud casi inalterable de la poesía, aun de la poesía de la muerte, ya que de ella vive. La poesía es una gran devoradora: necesita a menudo de una vida para troquelar una línea, de un siglo para formar un poema. ¿De dónde emana esta condición peculiar en la que ha logrado emplazarse la poesía? Desde los primeros poemas del mundo, han desaparecido continentes, ha cambiado la suerte de los grandes imperios, han surgido religiones nuevas, la máquina ha llegado y el hombre ha conseguido volar. La poesía sigue siendo la misma, y todos esos acontecimientos la han alimentado. La única razón de esto es que la poesía se nutre sólo de realidad y no de sueños, como piensan las gentes que se creen reales; a menudo, de una realidad que los hombres tardarán años en percibir, de una realidad anticipada que puede parecer, y parece, un sueño. La primera objeción a esta premisa podría constituirla la poesía épica, por su apariencia de relato. Pero las canciones de gesta, el Poema de Mío Cid y el Romancero, aparte de la realidad que los nutre e independientemente de las razones utilitarias de la métrica y el eco en relación con la memoria, no relatan. Re-crean cada episodio en una latitud de realidad superior, y siguen siendo jóvenes, es decir, poéticos.

Recuerdo que hace años cambié con un poeta mexicano mi concepto de la poesía. El convino conmigo en que poesía era un territorio de cosas superiores o extraordinarias, representadas de una manera exquisita. Los dos estábamos equivocados. El gran poeta es todavía Dante, es todavía Goethe, es todavía aquel que lo escribe todo en formas poéticas. La poesía no se toma con tenacillas ni con la punta de los dedos por la misma razón que no se usan cubiertos para comer las alcachofas. Se toma *in ánima vili*, pero a condición de tomarla con la vida. Hay una manera singularmente efectiva de averiguar si la persona que os habla entiende o no lo que es poesía. Se la lleva por grados. Primero se le da una definición de Shakespeare:

*our poesy is as gum which oozes
From whence 'tis nourished...*

Estará de acuerdo. Después se le citará la definición de A. E. Housman, según la cual la poesía es una secreción natural, como la perla en la ostra. No sólo estará de acuerdo esta vez, sino que colmará una laguna en nuestra cultura extranje-

rizante recordándonos que “el verso es vaso santo”, aunque esta línea esté animada de intención muy diferente y resulte, en rigor, falsa en su conclusión. Entonces habrá llegado el momento de referirle la definición que he escuchado con frecuencia de labios de Xavier Villaurrutia: “La poesía es como la saliva”. Si la persona no se siente ofendida, herida en una fibra delicada, o confrontada con una realidad viciosa o de mal gusto, es seguro que entiende lo que es poesía. Muchos poetas profesionales—si tal cosa existe—y varios críticos a quienes he aplicado este ácido, se han disgustado conmigo o han tratado de enriquecer la definición, quitándole, por supuesto, su fuerza y su exactitud, como ciertos pobres que intentan enriquecer la única moneda que tienen, desnaturalizando su troquel específico. Uno de mis amigos, que ha leído todas las obras maestras de la literatura y que las ha comprendido, se disgustó conmigo ante la prueba. En su tabla de valores figuran Isaías y Dante, Goethe y Baudelaire, Rubén Darío, la *Suave Patria* de López Velarde, y Gabriel y Galán. No entiende, según puede notarse a simple vista, lo que es poesía. Imagino el escándalo en Francia cuando, entre los truenos y los violines de Hugo y los pedacitos de ámbar de Gautier, publicó Baudelaire su poema *Une Carogne*. Ese fue el principio de la poesía moderna, y después de esto no tiene importancia, sino gracia, que Aldous Huxley haya descrito en su soneto sobre Jonás los procesos digestivos de la ballena. El caso de Pablo Neruda en su último aspecto es, sin embargo, notorio en la poesía española, como se ha señalado ya, y como lo es en México, aunque en diverso clima, el de Xavier Villaurrutia cuando escribe sobre “el sabido sabor de la saliva”, la piel, las arterias y otras particularidades físicas y reales. Me refiero a la introducción en la poesía de materiales y vocablos que se habían circunscrito hasta ahora, “por no ser poéticos”, a la confusa y tolerante zona de la prosa. No poco han contribuido los surrealistas a este enriquecimiento de los materiales de la poesía, que transforma su moral y su sentido del idioma. Pero no se piense, ante la afirmación de que la poesía se alimenta de realidad, en un movimiento *realista* de la poesía. Cuando los poetas españoles de fines del siglo XVIII y Sartorio en México, tergiversan el sentido poético de la realidad y escriben versos prosaicos; cuando, en Francia, Coppée y una cadena de imitadores escriben sobre los maquinistas de las diferentes estaciones de ferrocarril de París, se pierde tiempo, se pierde poesía.

Hay gentes *ilustradas* que confinan aún la poesía en la jaula de la delicadeza. Lo poesía ha tenido por mucho tiempo la mala reputación de decirlo todo a medias, cuando es la única forma de habla que dice las cosas con entereza y es siempre fácil extralimitarse en ella. Cuando un joven es romántico—y cuándo no—y cuando se expresa mal y pierde el hilo tan fino de la realidad, se dice de él que es un soñador y un poeta. El joven romántico prefiere, de modo general, la peligrosa declaración de un amor inexistente que puede forjarse en un poema, a las dos palabras tan simples, que no son ni prosa ni verso, y que dicen siempre menos que éste. ¿De dónde vino a los poetas esta mala reputación de no conocer la realidad? Ella es la culpable de fomentar en muchas personas, por lo demás honradas y simpáticas, la septicemia de una pulida versificación hecha a la sombra de Pedro Salinas, haciéndolas así alimentarse a la realidad de Salinas en vez de aquella que les es propia. Esas mismas gentes *ilustradas* condenan la introducción de los motivos mecánicos y de la vida electrificada en la poesía de los poetas jóvenes, juzgándolos larvas de corrupción, hablan de la pureza del idioma de Cervantes, a quien, cuando se le ha leído, se puede acusar fácilmente de italianizante, se deleitan con cada uno de los suplicios descritos en *La Divina Comedia*, algunos de los cuales son del dominio de la escatología, y alegan finalmente que Dante no habló jamás de los automóviles ni de los teléfonos, que son los suplicios modernos, ni de sus equivalentes en aquella edad, y que no habría hablado de ellos si hubieran existido. Todavía hace poco, un periodista mexicano se burlaba, con la estúpida honestidad de un zafio, de la poesía de Federico García Lorca, so pretexto de que jamás se ha visto que todos los relojes marquen la misma hora. García Lorca no era relojero, sino poeta, y un poeta puede hacer ese y otros milagros, anticipar esa y otras realidades y adivinar la perfección por venir de la cronometría. Esas gentes son las mismas que atacaron a Baudelaire, que eran las mismas que desde el principio de la poesía que les fue negada han tratado de inmiscuirse en ella y que son cadáveres previos en cuanto a materias poéticas se refiere.

No es posible enseñar a hacer poesía, pero debería instituirse en los kindergartens y en las escuelas primarias una clase de conocimiento de la poesía, para enseñar a los niños que poesía es realidad y acción. De este modo se evitarían las salidas en falso de numerosos poetas jóvenes y se mejoraría el criterio de la comunidad. Quizás em-

pezaría así a formársele un espíritu. Los primeros, desde luego, dejarían de enfrentarse con el llamado conflicto entre el contenido y la forma, porque se conseguiría que los niños que tuvieran goma, o perla, o saliva, empezarán a hacer versos a su manera y no a la manera de los poetas pasados, de su realidad y no de la realidad de los poetas de antología. ¿En qué República podrá hacerse?

La poesía procede de sí misma, pero no puede vivir sin alimentarse de la realidad que se alimenta del poeta. Aceptando en principio que la realidad no es nunca una ni dos segundos igual, habría que buscar una fórmula que, al definirla, sirviera a la mejor comprensión de esta eterna teoría. Habría que considerar como realidad el estado de cosas existente, pero transitorio y en movimiento, en que se resume la experiencia humana, considerando esta misma experiencia como compuesta por partes desiguales de los anhelos y de los fracasos de los hombres. Es decir, como un estado humano expresado sólo a medias en sí mismo. Esta realidad hemisférica la poesía la toma y la expresa en toda su redondez, como si existiera *en realidad*. De este modo, la poesía pasa de la académica función selectiva que se le atribuyó largo tiempo, a una función puramente creadora, pero que no podría crecer sin el hemisferio de la realidad en marcha.

Forma y fin de la poesía

Idea poética es aquella—dice Paul Valéry—que, puesta en prosa, reclama aún el verso. Nietzsche y Emerson creían que el filósofo debía ser poeta mejor que músico, y Pascal, por ejemplo, es un sér poético donde Hegel es un sér crítico, que me parecen las únicas formas concebibles de la filosofía. La mayoría de los poetas en la filosofía universal es un hecho poderoso, pero muy pocos escribieron en verso, seguramente para escribir algo más que versos. No incuriré en el absurdo gesto de desconocer las formas patentadas de la poesía—demasiados poetas proletarios lo hacen ya—; pero creo, simplemente, que esas formas correspondieron a otras tantas realidades, desemejantes de la realidad en que vivimos y nos movemos.

Pocas formas han persistido con la tenacidad del soneto, por ejemplo, y sin duda se han hecho en el mundo más sonetos que discursos de propaganda política. Pero el soneto, preservado en la severa integridad de su cuerpo indeformable, es una tarea de virtuoso o un momento de virtuosismo del poeta. El poeta sabe, de antemano, que si quiere hacer un soneto tendrá que dejar fuera de

él muchas cosas, a veces la poesía misma. Hacer un soneto con poesía es raro, y en el propio Garcilaso—veía yo hace poco en ocasión de su tricentenario—la poesía se conjuga a menudo con la sinéresis y otros vicios igualmente reprobables, *que son creados por la forma misma*. Por eso, cuando un poeta joven se presenta al planeta casi helado de los lectores de poesía con una cantidad de sonetos endecasilábicos—no franceses ni ingleses, que son más simples—piensa uno en esos niños a quienes se tortura, o que se torturan a sí mismos, con ropas almidonadas y cabellos engomados y medias restiradas, a quienes se querría dar la libertad más humana de tirarse por tierra, para satisfacer un impulso de alegría infantil, y de desaliñarse un poco. El poeta domina su forma tarde o temprano. Lo que no puede rehacer ni fabricar a voluntad es el acontecimiento espiritual que determina un poema en él. Es más raro el soneto que no se transforma, a la segunda cuarteta, en un juego de ingenio y destreza, que el poema libre que no deja, en cierto momento de ser prosa para convertirse en pura poesía.

La forma y el aliento, el ritmo y los ecos de cada poema se hallan implícitos en él, menos en el caso del soneto, forma anterior al poema que se va a escribir y rara vez simultánea con su concepción. Y cambiar su forma es, me decía un viejo rimador, lo mismo que querer usar un frac sin faldones, que es un smoking. El único cambio que parece capaz de renovar un poco el soneto es el de sus acentos, y, aun logrado, rara vez acarrea la conjunción del soneto cabal y de la poesía intacta. Generaciones de versificadores que llenan las antologías—esas fosas comunes e incómodas—han defraudado a la humanidad y a sí mismos, pasando por poetas porque habían hecho cuatro de dos y dos ecos. Los hay que refieren cómo paseaban por las noches de esquina a esquina “componiendo”, organizando sus consonantes y sus metros con seriedad ritual, y dejando partir entre tanto las ideas y olvidando su papel de testigos exactos de un acontecimiento interior. Es decir, apartando los ojos de la realidad del poema que pretendían escribir. Y la función de la vista es más importante en poesía que la función misma del oído. El poeta, el versificador, más bien, se ayudaba de la memoria y, en suma, convertía lo presente, lo instantáneo, en pasado. De aquí toda la poesía académica, ya putrefacta, mientras la clásica, con escasas excepciones, resplandece aún porque, siendo la que creaba las reglas, encontraba a menudo la mejor manera de infringirlas y superaba sus errores con

su realidad. De aquí también el retorno del poeta a las formas clásicas en su propia fuente original, pasando por sobre los siglos académicos como se pasa en noviembre por encima de las hojas caídas del árbol... de papel. Pero este regreso al soneto, la canción y al romance y, entre nosotros, al corrido, no es todavía una solución ni un camino a una forma canónica de la poesía moderna. El romance castellano, como el metro endecasilábico, como el propio alejandrino, más antiguo y más moderno a la vez, es una forma estrictamente correspondiente de una realidad que no parece pertenecernos. Nos toca más de cerca el romance sabiamente escurridizo y arbitrario de Pedro Salinas que el musical y tradicional de Federico García Lorca. Es más real Salinas y, sin embargo, no lo es enteramente. Su poesía es real, su forma lo es a medias, porque está medio muerta. El mismo problema se presenta al poeta dramático que reaparece en nuestros días buscando la recreación del teatro. El verso de Shakespeare, como el de Moliere, corresponde a la forma de habla de su siglo, al ritmo de su tiempo, a la línea de expansión y de expresión de los seres reales de entonces. El soneto italiano fue, desde Petrarca, la fórmula poética de un lenguaje común. El caballero del siglo XVII enviaba un soneto a la dama que lo atrapaba dulcemente como el sportman del siglo XX—sobre todo si es mexicano—la llama por teléfono en inglés para invitarla al cine, al baile, a nadar o a fugarse con él. El uso del romance en el teatro del siglo de oro es igualmente cuerdo; el romance, siendo una especie de rascacielos de las formas poéticas al que siempre pueden aumentarse pisos y más pisos, era satisfactorio, por su engañosa brevedad, para el palpitante temperamento del español de entonces, para “la cólera del español sentado”. Inclusive sospecho que debía de decirse bastante aprisa, sin esa insistencia sobre la cadenciosidad que oímos hace poco en Margarita Xirgú. Tenía que ser real o que parecerlo. Las piezas mismas, si las leemos, nos parecen reales; si las escuchamos en el teatro, dichas en la vieja escuela declamatoria que se inicia en el Romanticismo, nos resultan insoportables. Quisiera señalar la circunstancia de que la nueva boga de Shakespeare en Inglaterra y en los Estados Unidos depende en gran parte de la realidad que los actores imprimen a la dicción de su lenguaje. El Romeo que se adormeciera sobre sus líneas y arrastrara metro y cadencia, sería siseado. En cuanto al romance del teatro castellano, sé por experiencia que es posible desarticlarlo en un lenguaje bastante más real de lo que nos hacen creer

los actores. Pero no es menos cierto por ello que la nueva forma poética del teatro es un misterio mayor que el de la nueva forma de la poesía lírica.

El fin de la poesía, creo haberlo hecho aparente, es la realidad sin dejar de ser la poesía. Su forma debe, por lo tanto, ser real. Perfecta o imperfecta, analizable o imposible de analizar gramaticalmente—hay líneas de López Velarde, por ejemplo, que se puede reducir al absurdo con facilidad si se carece de sentido poético—, pero correspondiente de una realidad.

La correspondencia entre el contenido y la forma son visibles en todos los grandes poetas. No es menos visible, en los poetas menores, la falta de esas correspondencias. A tenerlas, no habrían sido menores. Privados de ellas, podrían alcanzar una significación menos dudosa si atestiguaran y expresaran con exactitud poética sus acontecimientos interiores, si los tienen. La forma experta ha ocultado tantas veces el vacío en los versificadores que hay quien crea que una forma inexperta puede revelar lo que no existe. Tampoco se trata de eso. Los surrealistas proponen la abolición de toda rima. ¿No es esto tan deliberado como la versificación con la muleta de la memoria? La rima, el eco simple o duplicado, interno o externo, es un incidente natural del poema. Tanto de pecado hay en arrancarla de raíz como en multiplicarla conscientemente. Hay campos de rimas como hay campos de coles, pero hay desiertos sin rimas como de-

siertos sin oasis. Respetarla en su realidad, en su espontaneidad, parece ser el proceder más sensato. No forzarla, el más decente.

No quisiera que se pensara que aconsejo un libertinaje en las formas de la poesía. Nunca como ahora requirieron mayor vigilancia; nunca el escollo y aun el despeñadero de una prosa calculada y estéril la han circunscrito tanto. El peligro que fue la música en un tiempo para la poesía lo es ahora la prosa. Nada de música ante todo. Nada de prosa ante todo.

Es inútil decir que, a pesar de todo, la perfección del poeta conjuga siempre fondo y forma; que será siempre más gran poeta el que lo consiga que los demás. Pero la vieja idea de que la poesía tiene que coronarse de norma como de espinas me parece dotada de una funesta moralidad mediocre, que ha asesinado a muchos poetas, e inconciliable, sobre todo, con la necesidad de que la poesía se nutra de realidad. De que se exprese con una realidad que será a veces la del sueño, a veces la del barco, a veces la del teléfono o la de los sentimientos humanos, y a veces la del futuro, pero en presente. El poema no es ya una pieza regular que recita en la sala, junto al piano, ante las visitas, la señorita de la casa. No la rige ya la memoria, sino el acontecimiento del espíritu, y, más cerca que nunca de la poesía deja de ser *lo que era o lo que podría ser*, para convertirse en lo que es.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Llega a nuestro conocimiento la noticia de que alguna o algunas personas sin escrúpulos, han sorprendido al público gestionando suscripciones pagadas a nuestra Revista.

Como es sabido, nuestra publicación constituye uno de los elementos de divulgación cultural con que el Departamento de Acción Social de la Universidad Nacional cumple su tarea, y se distribuye gratuitamente.

El público debe estar alerta para no dejarse sorprender.

ELEGIA DELFICA

Apolo ha muerto.
Desnuda todas las cosas de la tierra y del mar.
Desnuda la nube hasta entonarla en lluvia,
y el aire de su impalpabilidad.

Los automóviles pasan melancólicos.
Y en la mecánica del tiempo
las poleas elegantizan los ángulos del taller
con una nueva elegancia por el dios desierto.

Apolo ha muerto.
Haced salir la Aurora a medianoche
seguida del divino Quetzalcoatl.
Abrid la tierra y echad las esmeraldas y las voces.

La velocidad camina paso a paso.
La orquesta del mundo ha olvidado sus partituras.
El pulso se adelanta —¿reloj de conspiradores?—
Los Príncipes ayunan, las llaves se herrumbran.

Apolo ha muerto.
Verted el vino sobre la mar inmóvil.
Cerrad el libro del otoño.
Partid con la noticia hacia la Dóride.

El bosque negro se adelgaza.
Brilla la Muerte en el horizonte.
Crecen, largamente, las pausas.
¡Apolo ha muerto! Cubrid las Liras-hombres
con la Noche desnuda que al pie de la Aurora, danza.

Delfos, 1929.

C A R L O S P E L L I C E R

DIALOGO CON

WALDO FRANK

ENTREVISTA DE RAFAEL HELIODORO VALLE

Marx tuvo una visión orgánica y hondamente mística. Habló con un tono de profeta y muchas veces como materialista vulgar, y eso superficial es lo que los superficiales entienden y repiten.

En un mundo que muere la creación es la revolución.

Los universitarios, los escritores de vanguardia, en los Estados Unidos están aún en minoría; pero ya son una semilla que irrumpió.

Waldo Frank me ha dicho todo esto en una atmósfera de jubilosa sinceridad. Hablando con él se siente la presencia de ese hombre de América que esperamos con impaciencia. Hemos evocado el nombre de León Felipe al iniciar nuestra conversación, en la que le he presentado al poeta Octavio Paz Lozano, y éste a su libro "Raíz del Hombre". León Felipe nos dió a conocer en español, no recuerdo si en "La Prensa", de Buenos Aires, los ensayos de Frank sobre mayas y peruanos, y el segundo ya conocía mi entrevista con el primero.

—Me ha gustado esa entrevista porque en ella León Felipe resultó profético.

—¿No piensa usted aprovechar este material sobre los mayas para hacer un nuevo libro?

—Es posible; pero no por ahora. Quizá otra vez. Estoy trabajando en un tríptico de novelas. Y no he podido terminarlo, porque he dado mucho de mi tiempo a España, y a conferencias, y a tantas cosas.

—Ya sabíamos del Frente de Amigos de España que usted preside en Nueva York.

—Al momento, cuando vino la invitación a este Congreso, yo estaba para seguir en mi novela...

Frank aludé al Congreso de Escritores y Artistas Revolucionarios, convocado por la "LEAR", que lo invitó especialmente y nos ha dado así la espléndida oportunidad de verlo otra vez en México. Y continúa:

—Ya había escrito una carta diciendo que no era posible venir, que había dado más de mi tiempo y de mis energías; pero luego pensé: "Muy bien. Hay siempre una última cosa que se debe hacer. Voy a ir a México. Voy a dar mi mensaje sobre España y sobre la posición del arte revolucionario. Y entonces, ya estando allí, voy a esconderme en un pueblecito, para reanudar mi novela". Y ya que tengo la seguridad de haber dado lo justo a la causa, puedo volver a mi propia creación.

Me pide le prometa no mencione el nombre de ese pueblecito, porque quiere guardar el incógnito. Me dice que serán unos quince días de trabajo, para concluir ese libro, y que volverá hasta abril al Norte, si es que antes no lo llaman.

—Pero usted no tiene cátedras, no es profesor de universidad. Es decir, es usted un hombre libre...

Y Paz Lozano pregunta:

—¿Y su novela tiene un tema americano?

—Sí, un tema americano. Siento mucho que este aspecto de mi obra sea poco conocido en América Hispana. Se están empezando a traducir mis novelas al español.

El poeta Paz, añade:

—Yo conozco una: "Fiesta", una cosa de negros. La publicó la Editorial Ercilla, de Chile.

—¿Está bien la traducción?—pregunta Frank. La otra, de hace varios años, también la publicará la Ercilla. Luis Alberto Sánchez ha hecho esa traducción.

—Yo creí que usted iría a Buenos Aires al Congreso Internacional de los P. E. N. Clubs. ¿No le interesó?

—Para nada. El P. E. N. Club me parece algo académico. Yo prefiero este Congreso de la "LEAR", o el Congreso de París, que era algo magnífico.

—En Sud-América lo leen a usted con subido interés.

—Hay una tercera novela mía, que en esta primavera aparecerá en Buenos Aires. Eduardo Mallea y María Luisa Oliver están traduciéndola hace cuatro años, y han hecho una tarea excelente. Yo creo que lo más importante de mi obra, hasta hoy, no se ha traducido al español, y esta es la primera novela de mi tríptico. Pero hay tiempo, no hay prisa.

Y Paz Lozano inquiere:

—¿Y el problema de la novela es el que usted planteó en el Congreso?

—Les diré la historia de las tres novelas. Serán tres cuadros, un tríptico, no una trilogía. El relato es una cosa de forma, de estética, más técnicamente de acción. Esa es la novela que he pensado toda mi vida. Cuando tenía 24 años escribí, procuré escribir esa novela, y la publiqué con el nombre de "The Dark Mother" (La madre oscura), es decir, la Vida. Pues bien: he escrito el comienzo de esta novela; pero no estaba maduro para hacerla entonces, y la dejé, la publiqué como algo independiente, y nunca he dado permiso para que la traduzcan. Es la leyenda del nacimiento y la madurez de un hombre nuevo en el mundo. Es una leyenda porque este hombre no existe. Claro, quiero decir que es claramente imaginativa, que ve del pasado al porvenir. Una leyenda.

—¿Tiene usted hecha la parte que se refiere a la vida contemporánea, a los problemas contemporáneos?

—Entran, naturalmente. Sí, la esencia es América, los Estados Unidos. Es bastante panorámica. Hay muchísimos personajes, centenares de personajes. Los caracteres centrales son un hombre que maduró verdaderamente y una mujer. Un hombre y una mujer.

—Es una especie de la contrapartida, en cierto modo, de la novela de Tomás Mann. "Los Buddenbrook"—comenta Paz Lozano.

—Es muy diferente. La de Mann empieza con la muerte, y toda la novela es la muerte, y al final hay un nacimiento.

—Es, justamente, lo contrario. ¿Un hombre de América para el mundo?

—Creo que sí. Espero que sí. Espero que tendrá valores universales.

Yo hago notar:

—En "La España Invertebrada", Ortega y Gasset habla de que tal vez ha llegado la hora en que va a tener más sentido la vida en los pueblos pequeños y un poco bárbaros. Parece que aludiera a América. Y a lo mejor ya estamos en turno. El cree que en Europa no se desea hoy, que no hay cosecha de apetitos, de anhelos, que falta la lumbre de una ilusión. ¿Tendremos nosotros la ilusión?

—Naturalmente, esta madurez—dice Paz Lozano—este crecimiento de un hombre universal en América, está ligado al socialismo.

—Con la revolución, que yo veo de una manera un poco diferente de los marxistas—advierde Frank. Yo no digo de Marx, sino de los marxistas, porque creo que en Marx hay esta visión orgánica. Simplemente el hombre no ha articulado estas cosas. Se ha dado completamente a la lucha política y económica toda la importancia; pero nunca pareció a Marx que esa es la vida. Para los marxistas, la gran mayoría, no ven tan profundamente. Para mí, la revolución no es esta que están viendo. La revolución socialista será el comienzo de la historia humana, verdaderamente, donde el hombre integral pueda existir.

—Aquí en México, desde el libro de usted, "Aurora Rusa", se ha suscitado una serie de debates justamente entre los revolucionarios, porque algunos dicen que en realidad no hay ninguna afirmación de Marx que suponga este carácter que usted atribuye a la materia; pero tampoco hay ninguna afirmación de Marx que la niegue.

A esta sugerencia de Paz Lozano, responde Frank:

—Para mí Marx no era un perfecto lógico. No fue un filósofo que desarrolló completamente su lógica. Tuvo una enorme intuición orgánica de la vida y la aplicó profundamente en una dirección, la economía y la política. Pero todo lo hizo esta visión, de la que procede su gran sabiduría en la ciencia

económica. Esta visión nunca la expresó en términos lógicos o filosóficos, como Spinoza o Hegel se expresaban. Esa siempre ha sido mi insistencia sobre Marx, y, es claro, a los hombres a quienes falta esa intuición, esta visión, no la ven, y piensan únicamente que la base de la economía es todo; pero no es la verdad. Marx era un gran profeta. Y yo digo también que no era un perfecto lógico, porque heredó muchos de los errores del racionalismo y el materialismo mecánicos del siglo XVIII, sin aceptarlos, y al mismo tiempo sin ver que su propia lengua estaba, muchas veces, en contra de su propia visión. ¿Me explico bien? Hay contradicción en Marx, mucha contradicción. Entre la gran visión que es para mí la importante; y habla muchas veces como materialista vulgar, y es precisamente lo superficial lo que los superficiales entienden y repiten.

Sale a colación la polémica sobre el materialismo histórico entre Antonio Caso y Vicente Lombardo Toledano, en la que éste trató de explicar qué clase de materialismo era el de Marx, y en qué se distinguía del materialismo del siglo XVIII, mencionando a Einstein. Entonces Frank advierte:

—El materialismo de Marx es para mí muy diferente: es verdaderamente como la visión de un Spinoza; es una visión orgánica y hondamente mística. Todo ese sentido en Marx de que la justicia es orgánica en la vida, de que la vida debe crear por sus mismas energías y formas la justicia, esa gran visión del hombre, eso sólo en los profetas. ¡Si eso no es la religión, yo soy un torero!

—A esa religión se refirió usted en su discurso al inaugurar el Congreso de la "LEAR". Hubo un momento en que creímos que usted haría humorismo cuando anunció que iba a hablarnos de religión.

—¿Escucharon ustedes mi discurso?

—Ha sido muy discutido, por algunos de sus conceptos.

—¿Y qué les pareció?

—A mí muy bien, porque fue una nueva opinión autorizada sobre una serie de problemas que la gente revolucionaria había tratado en México, sin que nadie lograra entenderse—repite Paz Lozano.

—A mí me gustó mucho—advierdo—por numerosas alusiones y sugerencias que han venido a dilucidar en el ambiente ideológico. Hizo usted muy bien en poner en guardia contra gentes que, llamándose revolucionarias, son, en verdad, de estructura fascista. Y luego el tono del discurso de usted. Eso de que la guerra universal ha empezado ya, y que cuando el Presidente Roosevelt fue a Buenos Aires, a la Conferencia de la Paz, en un barco de guerra, eso es de una agudeza crítica que hará época.

(Y mentalmente hacemos estadística: el crucero "Indianapolis" tiene 9 cañones de 203 mm., 8 anti-aéreos de 127 mm., 10 cañones menores, y 2 catapultas para aviones).

Paz Lozano subraya:

—Y además, cuando usted habla de que los artistas, como hombres, deben estar al servicio de la revolución y explica de qué modo podían servirla, no de la manera como algunas gentes han querido: que los escritores lo hagan siempre haciendo propaganda.

—En todos los países es lo mismo—nos dice Frank. Yo sé que lo mismo sucede en Nueva York. Estamos luchando contra eso.

Yo me adhiero a la expresión de Octavio y la puntualizo: toda poesía verdadera es revolucionaria.

Frank también se adhiere; y Octavio añade:

—Y todo lo que exprese la angustia de este tiempo, es revolucionario.

—Claro.

—Y es que para que la poesía sea verdadera, tiene que respirar en el aire de su tiempo.

Frank nos llama la atención hacia el libro que con el nombre de "Our America" publicó en 1919. Era casi su primer libro; y la última frase dice: "En un mundo que muere, la creación es la revolución".

—Esa ha sido siempre mi posición—afirma. Y esa posición no ha cambiado. No he procurado más que darle cuerpo.

—Usted no pertenece a ningún partido en su país, Frank.

—A ningún partido; pero soy el aliado de los comunistas y también de los socialistas de izquierda. Un aliado militante. Para mí los anarquistas son los románticos, los egoístas de la revolución. Para mí ya eso es una cosa pasada. Las cosas de hoy son más serias.

—Pero los aliados son, muchas veces, los que deciden la victoria—hago notar.

—Seremos todos anarquistas en el futuro. Claro; pero lo malo del anarquista es que quiere dar un salto romántico, y los comunistas dicen que no, que no puede darse ese salto, que debe procederse organizadamente, de un plano a otro. Yo creo que, claro, el ideal es el anarquismo.

—Usted, en "Aurora Rusa", dice algo interesante que podría aplicarse a México. Aunque cita a México, habla de los países orientales. El comunismo y el marxismo aquí en México; las antiguas religiones... Dice usted que el marxismo tendrá una gran influencia en los países orientales, porque éstos tienen una religión, que es el Monismo. Y en México hay algo semejante: en cierto modo, el catolicismo mexicano es una contradicción, es un poco de concepción monista de la vida.

—Es verdad. El indio es monista. El indio de América, al contrario del indio de India, es una de las razones por la que el marxismo puede entrar más fácilmente en esos países; y también las religiones de China, de Rusia, de la América (los incas, por ejemplo), la India, son religiones naturales, no son religiones trascendentales. Eso también se acerca mucho al marxismo. Es una de las razones por la cual yo he tenido y tengo una gran fe en el porvenir cultural de la América Hispana. Hay aquí una riqueza que es como la de Rusia, y que va a ser una cosa idéntica, tal vez más maravillosa, porque hay más riqueza. Cuando se piensa en Brasil, México, Perú...

—Usted visitó ya el Perú, y se dió cuenta de aquella cultura precolombina, que tiene realmente una riqueza extraordinaria, que algunos tratan de poner en movimiento.

—Pero lo del Perú es muy diferente de lo de México.

—Yo sólo estuve en Lima; pero Lima es otro Perú, comparándolo con lo andino, según lo que he leído.

—Lima es un Perú de...

—De fiesta, de salón.

—Muy diferente; pero el color, el tono de México, es también diferente del tono del Perú y de Bolivia. Esos son países mucho más fríos, el aire es más raro. Les falta el cuerpo, la sangre de México; pero hay pureza.

—¿Y usted cree que haya una relación orgánica entre México ciudad y el campo mexicano?

—Estoy buscándola. ¿Sabe usted? Yo he tenido siempre mala fortuna en la capital. Ahora me pasa lo mismo. Estoy terriblemente fatigado. La impresión que pueda tener de la capital, está, pues, en mí; porque cuando no se siente uno bien, nada le gusta. No me gusta aquí la vida. Y es curioso, que en cuanto me voy a Querétaro, a Cuernavaca, me viene algo así como un flúido maravilloso, y, además, no me gustan las capitales, porque todas son corrompidas.

—Pero usted, Frank, vive en Nueva York...

—Por razones económicas, por mi familia, porque quiero que mis hijos vayan a una buena escuela, porque mi esposa quiere tener cerca a sus amigas y a su familia; pero a mí me gusta ser solitario, y tengo una casita en el campo, muy lejos de todo, en la que paso seis meses del año, muy tranquilo, y podría pasar los doce.

—¿Cerca de Nueva York?

—A 500 kilómetros. Es en Massachussets, en la Nueva Inglaterra. No me gusta Nueva York. Me gustó muchos años; pero ahora no. Me parece que la única gran ciudad de hoy, moderna, que tiene verdadera belleza, es París. Las demás no me gustan; ni Londres, ni Madrid, ni Buenos Aires, ni México. Siempre se siente en ellas la corrupción de las clases dirigentes...

—Usted tiene amigos en todo el mundo, Frank.

—No deben ustedes entender mal cuando digo que las capitales no me gustan; hay gente, hay amigos, a quienes sí estimo mucho.

—No nos damos por ofendidos, Frank, a pesar de que somos capitalinos.

—Los mejores amigos los tengo en Nueva York.

—Y así como en México, en Buenos Aires, en España. A usted deben haberle gustado mucho los pueblos de España.

—Eso es diferente. Esos son viejos pueblos de la tierra, maravillosos pueblos. No hay ningún país que tenga los pueblos y ciudades de España. Esto es justo, hablando de lo que Splenger llama las Megalópolis. Berlín es una cosa asquerosa...

—Pero, sin embargo, mire usted, la gente de Madrid, qué brava gente.

—Los madrileños están creando una nueva ciudad. En todas las capitales vamos a crear una nueva ciudad. Es claro. Es la clase dirigente, es el comercio, el Gobierno, lo que produce el mal olor de las capitales. Sí, eso es. La gente, el pueblo... Por éste, usted sabe, yo tengo un gran amor; pero me hace sufrir mucho cuando lo veo en la miseria.

—Si usted recorriera México, encontraría que la provincia es seductora...

—En Querétaro he estado un día. Es una ciudad preciosa, todo está bien. Me he sentado en un banco de la Plaza de la Independencia, a oír platicar a los viejos: fue algo delicioso oírlos, algo diferente.

Y como se ha tocado el tema inevitable, España, la conversación regresa al tema:

—¿Cómo ve usted lo de España, Frank? Claro que usted es optimista en que ganará el pueblo español; pero ¿cree usted que dure mucho esa guerra?

—Es muy posible.

—Eso que usted, en su discurso último ha dicho de Inglaterra, está muy bien. La pérfida Inglaterra, que está papeleando, queriendo embrollarlo todo. Se van a arrepentir los franceses.

—Los franceses han escrito el peor capítulo de su historia, casi. ¿No? Muy triste.

—Y más cuando un jefe socialista está en el poder, como que tienen miedo a la Gran Guerra...

—Y es precisamente ese miedo el que hace que la guerra venga. La guerra vendrá, sí.

—Hoy tenemos noticias muy interesantes: que los leales han tomado un cerro que domina Madrid, que han capturado un barco italiano.

—Es maravilloso como están luchando, ¿verdad?

—¡Es que España siempre ha sido un gran pueblo!

Y Frank, animado por esta afirmación, dice:

—Yo he dicho al principio, en Nueva York: nunca el fascismo ganará a los españoles como ha ganado a los alemanes y a los italianos. Es que el español es otra especie de hombre. Pueden matar a la mitad del pueblo; eso pueden hacerlo; eso sí, matar, matar... pero el español no va a darse, no va a entregarse.

—¿La opinión americana en los Estados Unidos, debe estar en general con los rebeldes?

—Mire, eso es. Al principio el pueblo americano no ha sabido nada, porque, naturalmente, ha debido recibir sus noticias a través de los grandes diarios, de los cines, del radio, que eran en pro de los rebeldes, pero hemos hecho una gran propaganda para poner las cosas en su lugar y hay ahora una oleada popular entre los sindicatos y todos los liberales.

—Una especie de Frente Popular en ayuda de España.

—Sí. Y hemos hecho que se sepa la verdad. Y al momento que el pueblo sepa la verdad, estará con los leales, naturalmente. Fue lo mismo con Rusia; las mentiras del primer año, las mentiras de la prensa.

—¿Y los intelectuales americanos están, en su mayoría, con el pueblo español?

—Me parece que todos los buenos intelectuales están con él. Hay muchos que no dicen ni sí ni no. Dicen: no me gustan el fascismo ni el comunismo. Los bancos y los grandes diarios se han puesto, intuitivamente, del lado del ejército y el dinero.

—¿Y las iglesias?

—La iglesia, principalmente la romana; pero hay muchos ministros, sacerdotes protestantes, que están luchando por los leales. Hay una mayoría de ministros protestantes, que son liberales; por ejemplo, el mejor de todos tal vez sea el doctor Reinholdt Niebuhr: es un hombre completamente alemán, pero es un socialista militante, que tiene un gran puesto en el más importante seminario teológico de Nueva York; y habla por los españoles, y hace todo lo que puede, y hay muchos como él.

—¡También John Dewey!

—Es el jefe de un comité en favor de los españoles. Hay muchos comités. Los intelectuales y los sindicatos están unidos ahora; pero el Gobierno y el Dinero, ¡ah! ya eso es otra cosa.

—Esa es la cuestión. ¿Usted cree que los Estados Unidos, los hombres de Universidad siguen siendo minoría? Parece que aun no pueden dirigir la opinión pública.

—Somos muy débiles todavía.

—Y muy pocos.

—Tiene usted razón. Lo que me ha preguntado es muy interesante. La mayoría de los hispanoamericanos no lo saben. Yo siempre estoy recibiendo cartas de amigos hispanoamericanos que me preguntan si yo podría ir a Washington a preguntar esto o aquello a Mr. Roosevelt. Yo soy el último hombre en el mundo. Los intelectuales no cuentan en mi país. Empezamos a contar.

—Empiezan a oírlos...

—Luchando, luchando, luchando. Y ahora con la alianza que tenemos con los obreros empiezan a escucharnos; pero eso es toda una historia de quince años. Son los hombres de mi generación los que

han empezado a ganar la batalla. Pero cuando se piensa en un país de 125 millones, y en el radio, y los diarios, y los cines, ¡todo eso! Pero ya somos una semilla...

—Pero cuando ha llegado un universitario al poder en los Estados Unidos ha salido algo mejor. Un universitario en la Presidencia puede hacer mucho bien en los Estados Unidos; o un intelectual, esta palabra tan peligrosa...

—Pero no hemos tenido hace muchos años un verdadero intelectual como Presidente. Unicamente en los primeros años de la República: Adams, Jefferson, hasta la primera generación, y entonces vino el cambio. Wilson era un intelectual de segunda clase; Hoover..., nada; Roosevelt, hombre culto, pero no es verdadero intelectual; hombre culto, lee los buenos libros.

—Sí, me interesaba mucho esta cuestión de los hombres de pensamiento en los Estados Unidos, porque realmente son pocos.

—Son pocos, pero empezamos a tener influencia. Eso es lo importante. Estamos empezando. Es una semilla que brota, muy pequeña, pero ya brotó...

—Sobre todo, ya tienen ustedes mucha gente más interesada por saber qué es lo que pasa fuera de los Estados Unidos. Cuando yo estuve en 1914 ya la gente discutía qué pasa en Argentina, en México. Antes nada sabían que no fuera de los Estados Unidos. Sabían que había unos "bandidos" en México. Pero el Gobierno era el que hacía las cosas; la opinión pública no importaba. Y ahora ya no. Ya los periódicos serios traen noticias, preguntas...

—Puedo darle una muy buena idea de la precisión de esta palabra "semilla". Tenemos en nuestro país unas tres revistas liberales y radicales: "The Nation", "The New Republic" y "The New Masses". Estas tres revistas juntas (¡claro!, hay muchos que leen las dos o las tres, cada una de ellas es aproximadamente de 30 a 35 mil ejemplares) equivalen a 100,000, en un país de 125 millones de habitantes, y en donde leen todos, no como en México. Allá cada hombre, cada mujer, lee. Pero estos 35 o tal vez 50 mil que leen las tres, son lectores muy importantes: son los de las universidades, son los políticos de primer orden. Mr. Roosevelt lee, sin duda alguna. Son los dirigentes...

—Es la "inmensa minoría", muy importante. Bueno, es cierto. Hay una cosa, Frank, el imperialismo americano ha puesto en manos de Hispanoamérica muchos medios de propaganda. Mire usted el dinero de Guggenheim, que está sirviendo a Cuba, Argentina, México y Chile; la radio, los rotativos capitalistas, son los que dan mucha información, publican mucho que interesa a los que leen. Por ejemplo, el "New York Times" publica algunas veces tantas noticias de Rusia que parece a ratos que fuera un órgano soviético, indirectamente.

—Sí, eso que usted está diciendo es verdad.

—¿Y cuál es el resultado de las becas Guggenheim en la América Hispánica? ¿Es una propaganda para los Estados Unidos?

—Así me parece. Vienen contentos los que la gozan, pero todavía no se ve el resultado que a muchos beneficia. Todavía es algo individual.

Tercia Paz Lozano, y dice:

—Y además, por la misma situación de los intelectuales mexicanos, que están en minoría y que son menos que una semilla. Están muy aislados. De modo que la beca beneficia a uno, a uno de una minoría, y es así como se pierde el resultado de la propaganda.

—Es decir, se beneficia un individuo y estudia, por ejemplo, la onchocercosis. Y luego hace un libro. Para el caso, Carleton Beals hace una interpretación de Porfirio Díaz. Un Díaz que no lo es. El libro está muy bien documentado. Pero los americanos que obtienen la beca, escogen, por ejemplo, la industria textil del Perú y de México, y ya ese americano ve que hay algo que no se conocía en su país; y hace un libro, ese libro interesa y lo lee mucha gente, y como ustedes tienen una técnica bien organizada, resulta de allí que ustedes, gracias a Guggenheim, salen más beneficiados que la América Española.

—Sin duda. Sí. Pero me parece que lo más invasor de nuestro país es lo peor: los cines, por ejemplo...

El tema imperialista se desborda. Frank se ha expresado sin miedo, con una seguridad congruente.

—Nos ha faltado hablar de la política del "Buen Vecino". Nos intriga mucho. ¿Qué es eso? ¿Será como la Doctrina Monroe que nadie sabe qué es?

A mi pregunta, Frank responde con otra:

—¿Qué piensan ustedes? Querría saber seriamente: ¿hay respeto, admiración o amor para los Estados Unidos aquí en México, o hay odio, temor?

- Yo creo que el odio se va disipando. Claro, hay un resquemor que tiene su raíz justa.
- ¿Qué es eso?, me pregunta Frank, refiriéndose a la palabra resquemor.
- Más bien dicho, resentimiento, que es natural, histórico...; pero la política, la vecindad, el turismo, muchos factores, van haciendo que todas esas asperezas se suavicen.
- El turismo ha ayudado mucho.
- Es posible que ayude más.
- Hay todo un culto mexicano ahora en los Estados Unidos—dice Frank.
- Es cierto, lo sabemos.
- México es algo así como la Meca...
- Empezaron por usar huaraches; y los pusieron de moda... Y luego los sarapes...
- Los pintores han hecho mucho...
- Los pintores...
- Diego Rivera, Orozco, Siqueiros, han hecho muchísimo, y algunos escritores también, han hecho algo en pro de la "Good Neighbor Policy".
- ¿Usted, cómo entiende esa política?
- Sería mucho mejor que siguiéramos hablando de cultura... Yo no soy político, usted lo sabe...
- Pero usted habló de Roosevelt y del barco de guerra... ¡Este fue un gran "hit" de usted!
- Frank se ríe, exuberante, al oír el epíteto.
- ¿Sí? Pues yo pienso... Bueno, lo que diré no es más que mi opinión humilde de hombre que no se interesa por las cosas de la política. Cuando hablo de la cultura, de la literatura, de la filosofía, tengo una convicción más fuerte que hablando de esto...
- Bueno, pero todo eso es política también...
- Lo que yo pienso es que los dirigentes, las clases dirigentes de los Estados Unidos, los bancos, los grandes industriales, etc., quieren hacer buenos negocios con América Hispana y piensan que el mejor método para hacerlos es ser buenos vecinos. Eso es. No se interesan enormemente por conocer el alma del indio, del hispanoamericano. Este Roosevelt no se interesa por saber si el corazón del gaucho es esto o aquello... cuando va a Buenos Aires. No es eso, pero son hombres cultos, de negocios, quieren hacer buenos negocios e instintivamente piensan: "Seremos buenos vecinos y nosotros los norteamericanos seremos siempre los más fuertes". Roosevelt y Mr. Hull, que es un hombre muy sincero, quieren verdaderamente crear una paz americana, una paz panamericana. Piensan que América puede retirarse del conflicto mundial, pero eso es completamente falso. Pero esa es su idea. Idea también la de hacer buenos negocios...
- ¿Y, mientras tanto? Sí, eso: asegurarse el mercado argentino, el mercado brasileño...
- Pero la verdad es que el momento este de América, lo vemos angustioso. Los dictadores de Cuba, de Centro América, de Sudamérica...
- Tiene usted mucha razón. Es un momento angustioso.
- Además, hablan de la Política del Buen Vecino y sostienen a ciertos Gobiernos...
- Tomemos el Brasil, por ejemplo, para darle una idea de nuestra influencia, de lo poco que es. Hemos presentado a Mr. Roosevelt la verdad sobre Brasil, sobre el Presidente del Brasil, antes que lo visitara. Pero no ha hecho nada, no ha cambiado en ninguna manera su plan; porque sin duda ha leído lo que nosotros le hemos escrito... ¡pero mucho más importante es el café del Brasil!
- Yo siempre he preguntado, Frank, esto: ¿Por qué los Gobiernos de los Estados Unidos, si quieren realmente ser amigos, no dejan a estos pueblos que tengan los Gobiernos que quieran tener, y ser buenos amigos de sus Gobiernos y hacer buenos negocios? Muy bien. ¿No harían mejores negocios?
- No.
- Bueno, ¿por qué?
- Necesitan a un señor Machado, a un señor Gómez, a un señor Díaz, para hacer buenos negocios. Sabe usted, el buen vecino del hombre de negocios, ¿cuál es? Usted ha estado en los Estados Unidos, ha estado en un Rotary Club, ha leído las novelas de Sinclair Lewis. Esos hombres se juntan a la hora de la merienda y son buenos vecinos. Se llaman "Jack", "Bill", y piensan que todo eso es verdad. Pero al salir de la mesa se...
- Se vuelven a pelear...
- Sí. Entonces para el hombre de negocios el ser buen vecino es estar bastante próximo para poder bien, y cómodamente, robar. Entonces, necesitan gobiernos corrompidos.

—Dejemos la política y hablemos del cine americano... He allí algo que, realmente, es corruptor.

—Quise mencionar al cine, porque es terrible. Uno lee un diario de México y encuentra en él dos páginas sobre cines. No me gusta eso. México debería tener su propio cine.

—Pero es una condición colonial la de México; —afirma Paz Lozano— si no tenemos el petróleo, ¿qué vamos a tener el cine?

—¡.....!

—Bueno, pero en Estados Unidos, ¿no hay una buena producción de cine? —interrogo a Frank—. ¿No se ha elevado el nivel artístico del cine americano?

—Mecánicamente, sí. En cuanto al "craft", mucho mejor; pero artísticamente, en el sentido profundo de la palabra, muy poco....

—Teniendo tanto material, tantos motivos....

—Sí, pero toda la industria trabaja para vender al mundo entero. La individualidad no puede contar. ¿Por qué ustedes no dan exhibiciones de películas de Rusia que son maravillosas? Nosotros tenemos un teatro completamente dedicado al cine ruso, en Nueva York. Dos teatros tenemos.

—Aquí las únicas películas rusas que hemos visto han sido "Marinos de Kronstaadt", "La Juventud de Maxim" y "Juventud Feliz". Solamente tres.

—¿En cuántos meses?

—En muchos años, porque antes habíamos conocido "Octubre", "El Crucero Potemkim", "Madre", y nada más. De modo que han sido unas 6 o 7 películas en 7 años.

—Pero ¿no podrían ganar dinero con las películas rusas?

—Yo creo que sí sería posible traerlas. Volvamos al tema del arte: ¿usted cree que haya una expresión original en el arte en los Estados Unidos?

—¿En el cine?

—En cualquiera de las artes plásticas.

—Tenemos a varios pintores que no son conocidos ni de nombre aquí, pero que son artistas de importancia y muy americanos. No muchos, algunos. Tenemos también unos músicos. Tenemos unos poetas, unos escritores. Contamos otros en todas las artes, y hasta en el cine están empezando modestamente a hacer algo. Por ejemplo, este joven fotógrafo que trabajó aquí, Paul Strand, que hizo "Redes", es norteamericano. Ha venido aquí para hacer una película, porque en Hollywood no ha podido. Esa es la situación. Ahora están formándose grupos de teatro, de cine, para disimular.

—¿O'Neill sigue siendo el autor de teatro más popular, más conocido? —indaga Paz Lozano.

—No sé si es el más popular, pero tiene una posición, la más alta entre los dramaturgos. Tiene una posición aparte.

—Mi pregunta no la he hecho bien —insisto— Lo que quiero decir es esto: ¿Usted cree que los Estados Unidos pueden ya expresar su mensaje artístico, un mensaje artístico de claro matiz americano, pero a la vez algo universal?

—Sí, los Estados Unidos ya pueden expresar su mensaje. Me parece que estamos al comienzo, pero ya hemos empezado....

—¿Usted cree que hay una arquitectura americana?

—Oh, sí.

—Que no sea los rascacielos!

—No. Muy poco en arquitectura, excepto los rascacielos, que sea verdaderamente americano. La nueva arquitectura es una mezcla. Hay influencias americanas en la arquitectura alemana, en la de Le Corbussier.

—Usted cree que están preparándose para algo que se acerca?

—Yo creo que estamos en fermentación; una gran fermentación. Esta fermentación la hay en la novela, en la música, en la pintura, etc. Es fermentación de algo bueno. Estamos demasiado cerca para saber si hay una obra definitiva hasta ahora. En un arte, en una forma, hemos dado ya algo completamente autóctono y superlativo: es la fotografía. Yo creo, por ejemplo, que el primer gran maestro universal de la fotografía es Alfred Stieglitz, un norteamericano que tiene 74 años.

—¿Y en la danza?

—En la danza, sí, en la danza vulgar, en la danza grotesca de los “vaudeville”; pero desgraciadamente el cine ha arruinado eso. Ya había un comienzo magnífico de la danza grotesca, que era muy norteamericana. Y también esta música popular de jazz.

—Pero, dígame, ¿no es eso negro esencialmente?

—No, hay elementos negros y judíos, y del industrialismo; pero la esencia es muy norteamericana. Es muy diferente de lo que hacen los negros de otros países. El negro y el judío no son más que un instrumento sensible, un instrumento de registro, un índice de registro; pero eso no es negro, eso es norteamericano.

—¿Usted le da una categoría definida al negro, una expresión? ¿O cree usted que es un factor?

—¡Oh, sí!

—Déjeme concluir mi pregunta. ¿El negro es una expresión americana ya muy definida?

—Sí señor, el negro de los Estados Unidos...

—¿A pesar de que está postergado?

—Sin embargo, pertenece a nosotros, a nuestra América; sí, señor, completamente. Es muy diferente de los negros de otros países, en todo. Es un americano, un norteamericano; el negro es un pueblo valeroso, bueno.

—Yo he seguido con mucho interés ese movimiento que trata de reivindicarlos. Ya en América Española tenemos una poesía negra, mejor dicho de negro. Usted conoce a Nicolás Guillén.

—Y tan diferente de los negros nuestros, con expresión completamente antillana.

—Yo a quien he tratado es a uno que debe ser amigo de usted, a Langston Hughes.

—Mire la diferencia entre Hughes y Guillén. Es la diferencia entre las dos Américas.

—Y aquí cortamos la entrevista. Frank parece fatigado. Al despedirnos le digo, en serio y en broma:

—Ojalá que pronto usted se gane el Premio Nobel. Sería eso muy grato para nosotros. Pero que no lo obtenga estando en un campo de concentración...

ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS

NUEVO PLAN DE ESTUDIOS

En este mes fue aprobado el nuevo plan de estudios que regirá a los Centros de Divulgación Cultural, establecidos para los trabajadores. Comprende dos años, en los que se procurará darles una visión esquemática de determinados aspectos teóricos y prácticos de valor fundamental.

El primer año comprenderá las siguientes materias: 1º de Español, Inglés, Curso Elemental de Matemáticas, Geografía General, Nociones de Derecho, Dibujo, Biología, Zoología, Botánica, Historia General.

El segundo año, 2º de Español, Historia de México, Geografía de México, Nociones de Química y Física Industrial, 2º de Nociones de Derecho, Anatomía, Fisiología, Higiene, Taquigrafía.

El día 15 del actual se abrieron las inscripciones en los Centros que se citan:

“Francisco Giner de los Ríos”, Calle Lago Pátzcuaro, 36. Santa Julia, D. F.

“Domingo F. Sarmiento”, Tenoxtitlán, 104.

“Juan Montalvo”, Dr. Montes de Oca, 40.

“José Martí”, Lecumberri, 30.

“Justo Sierra”, Fernando Alva Ixtlixóchitl, 165.

SERVICIO EDITORIAL

Muy importante es el programa editorial que va a desarrollarse en 1937. Se iniciará una “Biblioteca de Clásicos Mexicanos”, en que aparecerán el Popol-Vuh, el libro de “Chilam-Balam”, “Los Cantares Aztecas” y obras de Sigüenza y Góngora, Landívar, Alegre, Fray Servando Teresa de Mier, Rodríguez Galván, Mora, Zavala, Alamán, Gorostiza, Pesado, Ramírez, Altamirano, Cuenca,

Bulnes, Sierra, Othón, Gutiérrez Nájera, López Velarde. En la serie “Cuadernos de Divulgación de Ideas Políticas”, que también empezará a publicarse, serán recogidos los aspectos capitales del pensamiento de diversas personalidades del Continente. De México: Justo Sierra, Ignacio Ramírez, José María Luis Mora, José Vasconcelos. De Cuba: José Martí, Enrique José Varona. De Centroamérica: Cecilio del Valle. De Sudamérica: Juan Montalvo, Domingo Faustino Sarmiento, Ricardo Rojas, José Enrique Rodó, José Carlos Mariátegui, Simón Bolívar, Vaz Ferreira.

Actualmente se hallan en prensa los siguientes libros: “Historia del Pensamiento Filosófico”, por José Vasconcelos; “El Prisma de Horacio”, por Octaviano Valdés; “Horacio en México”, por Gabriel Méndez Plancarte; “De mi Libro de Horas”, por Francisco González León; “Polémica en torno a la Universidad”, por Manuel Moreno Sánchez.

También se están editando, con ayuda de la Universidad Nacional, “Elementos de Biología”, por el profesor Isaac Ochoterena, y un “Diccionario Náhuatl”.

ACABA DE APARECER...

Han salido los primeros ejemplares del libro “Las Cactáceas de México”, por Helia Bravo. Es un trabajo valiosísimo y forma un volumen impreso con el mayor escrúpulo.

NUESTROS CONCURSOS PERMANENTES

Los concursos para cuentos y ensayos que, de manera permanente, tiene abiertos nuestra revista UNIVERSI-

DAD, no dieron ocasión, en el actual número de enero, a los premios ofrecidos. A juicio del Jurado, ninguno de los trabajos, sujetos a revisión, llegaron a alcanzar la calidad literaria que estas páginas exigen.

SERVICIO DE ACCIÓN ESTÉTICA

En materia de actividades musicales, se tienen preparados para 1937:

1º Siete conciertos que componen un ciclo histórico representativo de las diferentes etapas de la evolución sinfónica. Los autores que serán interpretados en el concierto inicial, son Corelli, Haendel, Vivaldi y Bach. En el segundo, Haydn y Mozart. En el tercero, Schubert y Beethoven. En el cuarto, Schumann, Chopin y Brahms. En el quinto, Berlioz, Wagner y Liszt. En el sexto, Tschai-kowski, Strauss y Rimski-Korsakoff. En el último, Bruckner, Franck y Mahler.

2º Siete conciertos en que, siguiendo el propósito anterior, serán presentadas las diferentes etapas de la evolución coral. Los programas se formarán con obras de los siguientes autores. I: Fornsete, De la Hale, Arcadelt, Des Prés, De la Rue, De Lasso, Du Caurroy, Le Jeune y Jaquequin. II: Goudimel, De Lasso, Victoria, Févin, Gastoldi, Ingegneri, Morales, Juan Ponce, Palestrina, Da Venosa y Marenzio. III: Schütz, Byrd, Hilton, Morley y Monteverdi. IV: Bach y Haendel. V: Mozart, Haydn y Beethoven. VI: Schumann, Brahms, Schubert y Liszt. VII: Debussy, Sokolow, Tcherepnine, Ravel, Hindemith y Strauss.

3º Siete conciertos que reflejarán la evolución histórica de la música de cámara. Los programas estarán formados con obras de los autores que en seguida se citan. I: Couperin, Corelli, Vivaldi y Rameau. II: Bach, Haendel y Haydn. III: Mozart y Beethoven. IV: Schubert, Mendelssohn y Schumann. V: Brahms, Franck y Saint-Saens. VI: Tschai-kowski, Arenski y Dohnnali. VII: Pierné, Debussy y Ravel.

En estos programas colaborarán la Orquesta Sinfónica, los Coros y el Trío Clásico de la Universidad.

El Departamento de Acción Social, al plantear este sistema de conciertos, ha tenido en cuenta el valor académico de los mismos y la importancia esencial de las obras que los componen.

En el año actual va a realizarse la adaptación del antiguo Colegio de San Pedro y San Pablo, hoy Sala de Discusiones Libres, para poder disponer de un gran local donde puedan efectuarse toda clase de espectáculos de carácter cultural. La Dirección de la Facultad de Arquitectura, a cargo del arquitecto Federico E. Mariscal, con el auxilio de un grupo de catedráticos y estudiantes de ese plantel, tiene ya listo el proyecto de obras respectivas, que se iniciarán dentro de breve plazo.

En el antiguo Colegio de San Pedro y San Pablo se instalarán los Cursos de Teatro, dependientes del Departamento de Acción Social. Quedarán bajo el control de una comisión asesora del Servicio de Acción Estética, integrada por los profesores Alejandro Gómez Arias, Francisco Monterde y Manuel Moreno Sánchez.

Las actividades del Servicio de Acción Estética, durante los meses de noviembre y diciembre último, comprendieron cinco representaciones en el Palacio de Bellas Artes, de tres piezas dramáticas: dos griegas, "Los Caballeros", de Aristófanes, y "Las Troyanas", de Eurípides, y una mexicana, "Los Caciques", de Mariano Azuela. La escenografía y vestuario de Eurípides estuvieron encomendados al pintor Agustín Lazo; los mismos recursos de "Los Caballeros", a Gabriel Fernández Ledesma, y los de "Los Caciques", a Julio Castellanos. Los diseños anteriores fueron ejecutados por Carlos González. Silvestre Revueltas y Luis Sandi fueron llamados para escribir la música de las piezas clásicas. La dirección escénica estuvo a cargo de Julio Bracho.

También se efectuaron dos conciertos de la Orquesta Sinfónica de la Universidad, que dirigen los maestros Rocabrana, Vásquez y Tercero. Se ejecutaron obras de Beethoven, Liszt, Mozart, Rimsky-Korsakoff y Vásquez. Las audiciones tuvieron lugar en el Anfiteatro "Bolívar" de la Escuela Nacional Preparatoria.

Finalmente, se presentó una exposición de las obras del escultor Ortiz Monasterio, que marca el principio de una vasta actividad en la misma materia.

NUESTRO CANJE

NOTICIAS - REFERENCIAS

"The Architectural Forum". (Mensual). Nueva York. Vol. 66. Núm. 1. Enero de 1937.

En un artículo se exponen sistemas para obtener la máxima economía en construcción de casas de madera.

"The Builder". (Semanario). Londres. Núm. 4,899. 25 de diciembre de 1936.

"Reinados y Estilos" es un trabajo en que se estudian las causas profundas que originaron en el arte inglés las características que se conocen por "Tudor", "Isabelina", "Regencia" y "Victoriana".

"Boletín Odontológico Mexicano". (Mensual). México. Vol. XVIII. Núm. 1. Enero de 1937.

"Interpretación de las radiologías", por el doctor Félix del Paso.

"Claxon". (Mensual). La Habana. Núm. 32. Diciembre de 1936.

"The Economist". (Semanario). Londres. Núm. 4,870. 26 de diciembre de 1936.

Hay un artículo sobre la Conferencia de la Paz de Buenos Aires.

"The Engineer". (Semanario). Londres. Núm. 4,224. 25 de diciembre de 1936.

Contiene una nota sobre el pago del séptimo día a trabajadores de la construcción naval.

"La Géographie". (Mensual). París. Tomo LXVI. Núm. 6. Diciembre de 1936.

"Una tierra moderna: el Agro Pontino", por Geneviève Delpey.

"El Maestro Rural". (Mensual). México. Tomo IX. Núm. 6. Noviembre de 1936.

Número dedicado al Territorio de Quintana Roo.

- "Le Ménestrel". (Semanao). París. Año 98. Núm. 52. 25 de diciembre de 1936.
Teatro, conciertos, actividad musical francesa y extranjera.
- "Nature". (Semanao). Londres. Núm. 3,504. 26 de diciembre de 1936.
"Teoría de los Átomos Complejos", por D. R. Hartree.
- "Panamérica Comercial". (Mensual). Washington. Núm. 56. Enero de 1937.
"El Algodón en las Américas". (Su creciente importancia), con referencias a México.
- "Revue Internationale de Droit Pénal". París. 3er. trimestre de 1936.
"Tribunales de excepción de los Estados totalitarios", por Pierre de Casabianca.
- "Revue Anthropologique". (Trimestral). París. Año 46. Núms. 10-12. Octubre-diciembre de 1936.
"La civilización haitiana", por L. Denis y D. F. Duvalier.
- "Revue de l'Industrie Minérale". (Quincenal). París. Núm. 384. 15 de diciembre de 1936.
Informaciones de la industria minera en Francia y otros países.
- "Revue Scientifique". (Bimensual). París. Año 74. 26 de diciembre de 1936.
"Micro-documentación filmada", por H. de Saint-Rat.
- "More Books". (Mensual). Boston. Vol. XII. Núm. 1. Enero de 1937.
Boletín de la Biblioteca Pública de Boston.
- "The Chemical Age". (Semanao). Londres. Vol. XXXV. Núm. 912. Diciembre 19 de 1936.
Información al día sobre química industrial en Inglaterra.
- "Concrete and Constructional Engineering". (Mensual). Londres. Vol. XXXI. Núm. 12. Diciembre de 1936.
Valiosa información sobre usos y métodos del cemento.
- "Annales de l'Institut Pasteur". (Mensual). París. Tomo 57. Núm. 6. Diciembre de 1936.
"La sensibilidad para el virus de la lepra no es mayor en los jóvenes que en los adultos", por E. Marchoux y V. Chorine. Otros temas de paralela importancia.
- "Art and Industry". (Mensual). Londres. Vol. 22. Núm. 127. Enero de 1937.
Temas y sugerencias para los publicistas.
- "The Geographical Review". (Trimestral). Nueva York. Vol. XXVII. Núm. 1. Enero de 1937.
"El Este de Chiapas", por David W. Amram, jr. (Ilustrado).
- "American Architect and Architecture". (Mensual). Nueva York. Núm. 2,652. Diciembre de 1936.
- "The Yale Review". (Trimestral). New Haven, Conn. Vol. XXVI. Núm. 2. Diciembre de 1936.
"El servicio civil inglés", por Harold J. Laski.
- "Ultra". (Mensual). La Habana. Núm. 6. Diciembre de 1936.
"No hay relación entre la ciencia y la fe", por A. Eddington.
- "Economic Geology". (Aparece cada mes y medio). Lancaster, Pa. Vol. XXXI. Núm. 8. Diciembre de 1936.
En las páginas 885-886 se reseña el libro "Geología de la región mexicana de Tampico", por John M. Muir. (Publicado por Amer. Assoc. of Petrol. Geol., Tulsa, Okla., 1936, 280 pp., 4.50 dólares).
- "Boletín de la Universidad de Santiago de Compostela". Santiago. Año VIII. Núm. 27. Enero-marzo 1936.
"La Cantiga CIII: Noción del Tiempo y Gozo Eterno en la Narrativa Medieval", por José Filgueira Valverde.
- "Gynécologie et Obstétrique". (Mensual). París. Tomo 34. Núm. 5. Noviembre de 1936.
"De la conservación de las trompas y de los ovarios en el tratamiento quirúrgico de los fibromas uterinos".
- "Current History". (Mensual). Nueva York. Vol. XLV. Núm. 4. Enero de 1937.
"Progresos de China", por Tang Leang-Li. —"Pensiones para los ciegos", por Gabriel Farrrell.
- "Atenea". (Mensual). Concepción, Chile. Año XIII. Núm. 136. Octubre de 1936.
"Eurasia y Euráfrica", por Paul Schostakovsky. —"Doble personalidad de Mark Twain", por Ernesto Montegro. —"Con Stefan Zweig en un café de Buenos Aires", por Oscar Cerruto.
- "Guatemala Médica". Guatemala, C. A. Año I. Núm. 11. Noviembre de 1936.
"Fractura transversal del tercio inferior del hueso derecho, producida por torsión forzada". (Osteosíntesis con grampa de Jacoel-Dujarier), por el doctor Ramiro Gálvez A.

Tenemos la satisfacción de comunicar que el canje que nuestra revista ha establecido con las principales revistas del mundo se vió correspondido con absoluta eficacia. En la imposibilidad de reseñar todo ese canje de una sola vez, iremos alternando las referencias en esta página. Las personas interesadas en consultar las revistas que aquí se citan, pueden hacerlo en las diversas Bibliotecas de la Universidad.

ANTE LOS LIBROS RECIENTES

Manuel Toussaint. *"La pintura en México durante el siglo XVII"*. (Enciclopedia Ilustrada Mexicana). México. Imprenta Mundial. 1936. 61 pp. (Ilustrado).

Este constituye el segundo volumen de la excelente serie de divulgación histórica, sociológica y artística que edita Raúl Mille y dirige Joaquín Ramírez Cabañas. (El primero fue "La religión de los aztecas", del doctor Alfonso Caso).

Poco explorados han sido los rastros de la pintura mexicana durante el primer siglo de la dominación española. Al estudioso y capacitado Toussaint deberemos la más ceñida investigación al respecto, ya que tiene listo para las prensas un extenso ensayo de historia y valoración, realizado tras crecidos empeños. Esta obra es apenas un resumen de aquel conjunto. Y sin escatimar nada fundamental, nos da un panorama que contribuyen a aclarar las numerosas y estimables reproducciones que adornan el libro.

Manuel Romero de Terreros. *"Siluetas de antaño"*. México. Ediciones Botas. 1937. 209 pp. e índice.

Una serie de pequeños trabajos históricos sobre temas disímboles del pasado mexicano, a los que el autor aplica una sobria erudición y una ancha amenidad narrativa, forman este volumen de Romero de Terreros. Lances de viajeros europeos en nuestro país, proezas de conquistadores y misioneros, evocaciones de costumbres e indumentaria, aspectos curiosos de nuestras relaciones internacionales, etc., alternan eficazmente para absorber la atención del lector.

"Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas". Director: Genaro Estrada. Publicada por la Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e hijos.

Es muy merecido el movimiento de avidez con que el público respondió, desde el primer momento, al trascendente designio editorial que reseñamos. Esta colección dará a conocer obras del todo desconocidas, pues no figuran en su programa las reimpressiones de libros raros o desconocidos. La aportación para nuestros historiadores será de primer orden. Han aparecido hasta la fecha dos tomos: "Diario del viaje que hicimos a México", por Francisco de Ajofrín, y "Sor Juana Inés de la Cruz", biografía de Juan José Eguiara y Eguren, con una advertencia y notas de Ermilo Abreu Gómez.

Rafael Heliodoro Valle. *"México imponderable"*. Santiago de Chile. Editorial Ercilla. 1936.

El libro de Valle se despliega ante los ojos del lector a los acordes irónicos de un estudio sobre las exageraciones comunes en México y a la vuelta de cada página están saltando las tradiciones, el paisaje, las costumbres, el alieno imponderable de ese México que Valle, a través de una permanencia de veinticinco años entre nosotros, ha sabido captar y entender como pocos. El libro, aunque va de un tema a otro, guarda unidad en el tono entusiástico y en la habilidad para revestir los congelados datos de la erudición con la sonrisa feliz.

Camilo Carrancá y Trujillo (compilación y notas). *"La clara voz de México"* (2ª parte), por José Martí. México. Talleres Tipográficos de la Penitenciaría del Distrito Federal. 1936.

Digno de buenas palabras de simpatía es el empeño de Carrancá para rescatar de antiguos periódicos mexicanos, íntegramente, la dispersa producción del Apóstol cubano, elaborada durante los años que residió en nuestra Capital. Con su visión afinada, con su perspicacia política, Martí siempre supo acercarse a la realidad íntima de México con instinto seguro. De ello tenemos prueba cabal en el resto

de los "Boletines de Orestes" que se recogen en este volumen, para cuya impresión el editor hubo de acogerse a la ayuda económica de otros admiradores del gran cubano.

Jaime Torres Bodet, Alberto Quintero Alvarez y Rafael Solana. *"Tres ensayos de amistad lírica para Garcilaso"*. (Colaboración de "Taller Poético" en el IV centenario de la muerte del poeta). México. Imprenta E. Limón. 1936. 75 pp.

Un diáfano impulso de reverencia, determinado por la conmemoración que acaba de transcurrir, movió a los animadores del "Taller Poético" a reunir en un volumen, limpio como su designio, estos tres ensayos.

Torres Bodet apunta algunas observaciones penetrantes acerca del paisaje castellano visto por Garcilaso, y cierta alusión de Vossler le da motivo para confrontar el sentido del paisaje entre españoles e italianos. Quintero Alvarez asocia el llanto sin pausa de Garcilaso con la corriente incesante de los ríos de sus églogas y hace una viril defensa de las lágrimas. Solana, finalmente, acierta en su evocación con las voces más depuradas y fervorosas.

Leopoldo Ramos. *"Presencias"*. México. Talleres Gráficos de la Nación. 1937. 37 pp.

Es de lamentar el silencio que por espacio de cinco años mantuvo el poeta Ramos. Porque junta a su sensibilidad indisputable extensas habilidades para expresar su voz en inflexiones originales y siempre auspiciadas por el decoro. En este volumen que sucede a "Urbe, campiña y mar" (1932), nos sale al paso la presencia confortante de un poeta que ama, respeta y conoce su desinteresado oficio.

RECIBIMOS:

"Paul Painlevé". Paroles et écrits publiés par la Société des Amis de Paul Painlevé. Paris. Ediciones Rieder. 1936. xxix + 627 pp. (Con retrato).

El destacado hombre de Estado francés, que falleció en 1933, es objeto de un merecido homenaje de sus amigos póstumos. Sus palabras en la tribuna, sus especulaciones sobre temas científicos y sociológicos, una vez recogidas en volumen, reflejan con nitidez el espíritu de sapiencia y hombría moral que alentó en Painlevé.

Luis Zea Uribe. *"Producciones escogidas"*. Bogotá. Imprenta Municipal. 1936. xvii + 368 pp. (Con retrato del autor).

Zea Uribe, distinguido hombre de ciencia colombiano, murió en 1934. El Concejo de Bogotá, por acuerdo especial, determinó la publicación de este volumen, que contiene ensayos diversos sobre temas de biología y sociología.

Secretaría de Agricultura y Fomento. *"Memoria de la Primera Convención Nacional de Productores de Naranja, celebrado en la ciudad de México del 10 al 15 de agosto del año de 1936"*. (Consejo Nacional de Agricultura). Impreso en mimeógrafo.

Contiene una valiosa y nutrida información, muy útil para cosecheros y exportadores.

Los autores y editores nacionales y extranjeros que tengan interés en que sus producciones sean reseñadas en esta sección, deberán enviar dos ejemplares de los libros a la siguiente dirección: Servicio Editorial de la Universidad Nacional de México. Bolivia, 17. México, D. F.

I M A G E N E S

LA PINTURA ROMANTICA MEXICANA DEL SIGLO XIX

EL siglo XIX refleja en México, de una manera propia y original, el fenómeno del romanticismo europeo. Todas las artes se penetran de ese espíritu delicado; aparece la fuerza idealizadora de los hombres y de la naturaleza, aparecen la gracia y el sentimiento de un mundo perdido, es decir, la nostalgia que es el poder creador de una parte principal de este hecho histórico. Pero en la Pintura, el Romanticismo presenta al observador una circunstancia que merece atención. Mientras la pintura que podríamos llamar culta, vive, desde el punto de vista formal, dentro del academismo, cambiando sólo sus temas, pero no su esencia plástica, la pintura popular expresa con perfección el alma romántica. Tanto los motivos de esta última como la libertad para tratarlos, la espontaneidad y la sencillez, la hacen la verdaderamente representativa del romanticismo mexicano.

Entre los pintores que nos ofrecen una obra más elaborada, tenemos a Ocaranza y Monroy, entre otros. Del segundo publicamos una obra en esta sección. Entre los pintores populares está Estrada, cuya mayor tarea fue hecha en la ciudad de Guadalajara, y otros anónimos de los que se conservan cuadros en desorden.

Analizando el movimiento romántico de México, podemos hacer una diferencia, separando este Primer romanticismo de un Segundo que nació de Clavé, que era un académico, y de Landesio, que procedía con más personalidad. Durante la época del Segundo Imperio, y por directo interés de Maximiliano, vinieron a México estos maestros italianos que, como Landesio, provocaron inquietud y deseo de nuevos conocimientos y pasiones en los pintores de entonces. De este tronco nace Velasco, en donde puede apreciarse hasta dónde vinieron los italianos a modificar la expresión habitual de la pintura mexicana.

En cuanto a su materia, a su desarrollo, tenemos en esta pintura nuestro paisaje, nuestros tipos, envueltos en esa atmósfera religiosa que los hace más puros, ideales, vagos. En ocasiones, una demasiada dulzura y en ocasiones también, sobre todo en lo popular, también lo irónico, que se junta, en el contraste más vivo e impresionante, con el sentimiento tierno que fluía sin cesar en las flores, en los rostros, en los trajes y en los colores de este gran siglo XIX.

RAFAEL LOPEZ MALO

EL ROMANTICISMO EN EL GRABADO

APENAS tenía algunos años de haber florecido el Clasicismo en México, que había culminado bajo la genial dirección de Tolsa, cuando brotan los primeros movimientos Románticos en la literatura y en la plástica. Simultáneamente a las direcciones impuestas por la Revolución francesa, el Romanticismo es idealismo y ennoblecimiento de las formas de la humanidad.

Es expresión, además, del momento que siguió a la Revolución en cuanto to el aniquilamiento y a la destrucción propias de la época, opone como seguro refugio su anhelante mirada a épocas pasadas: la Edad Media y la época del Rococó. Y encerrado el Romanticismo en este culto, que lo es más del Rococó que de la Epoca Gótica, aparece más como una restauración barroca, como una negación de la sobriedad Clásica, que como una mirada piadosa y añorante a la Edad Media cristiana. El pasado versallesco, el gusto de los Luises todo está expresado en los fondos, ropajes, castillos, etc. Y no es un hecho casual que pronto se abandone el limpio Didot para gustar tipográficamente de la letra gótica, hendida o sombreada; de los títulos dibujados en fantasía; de las viñetas y de las capitulares; de los encuadramientos y de los filetes barrocos.

Por otra parte, el más eficaz vehículo del Romanticismo fue la litografía. Esta tenía resaltables ventajas sobre la madera o el grabado en acero; podía dar los tonos y las calidades que éstos jamás podrían conseguir. Descubierta este arte desde fines del XVIII, pero generalizado hasta el

XIX, podemos afirmar que ata su destino al Romanticismo. En México la litografía fue introducida hasta principios del XIX—gracias a Alamán o a Villaurrutia, pero sobre todo al dinero de Eduardo de Gorostiza—por el maestro Linati que enseñó su procedimiento en la academia de San Carlos.

Pronto todos los talleres de México, los de Decaen, Murguía, Cumplido; todos los litografistas: Salazar, Campillo y sobre todo el maestro por excelencia Hesiquio Iriarte (del que publicamos el gentil personaje colonial de la novela de Riva Palacio), se encuentran unidos por un simultáneo afán de idealizar los temas, ennoblecer las figuras, tratar con delicadeza los fondos. No es casual que los temas más explotados del Romanticismo plástico fueran mujeres y niños. Pero esta gracia y esta delicadeza no es el resultado de una edad dorada; la época que vivió el Romanticismo fue tan dura y angustiosa como todas; pero al refugiarse en el culto añorante del pasado, no raras veces plañidero, puede hacer que aún los tipos populares, así el cargador como el rancharo, se nimben de una belleza inusitada.

En todo hallamos el mismo gusto enfermizo y delicado de la época, que es lo que da su cualidad esencial al Romanticismo, como expresaba Darío: no ser temporal sino universal y permanente. Todo esto lo expresó el punzón que grabó en el más eficaz vehículo del Romanticismo, la tipografía y el grabado.

SALVADOR TOSCANO

I M A G E N E S

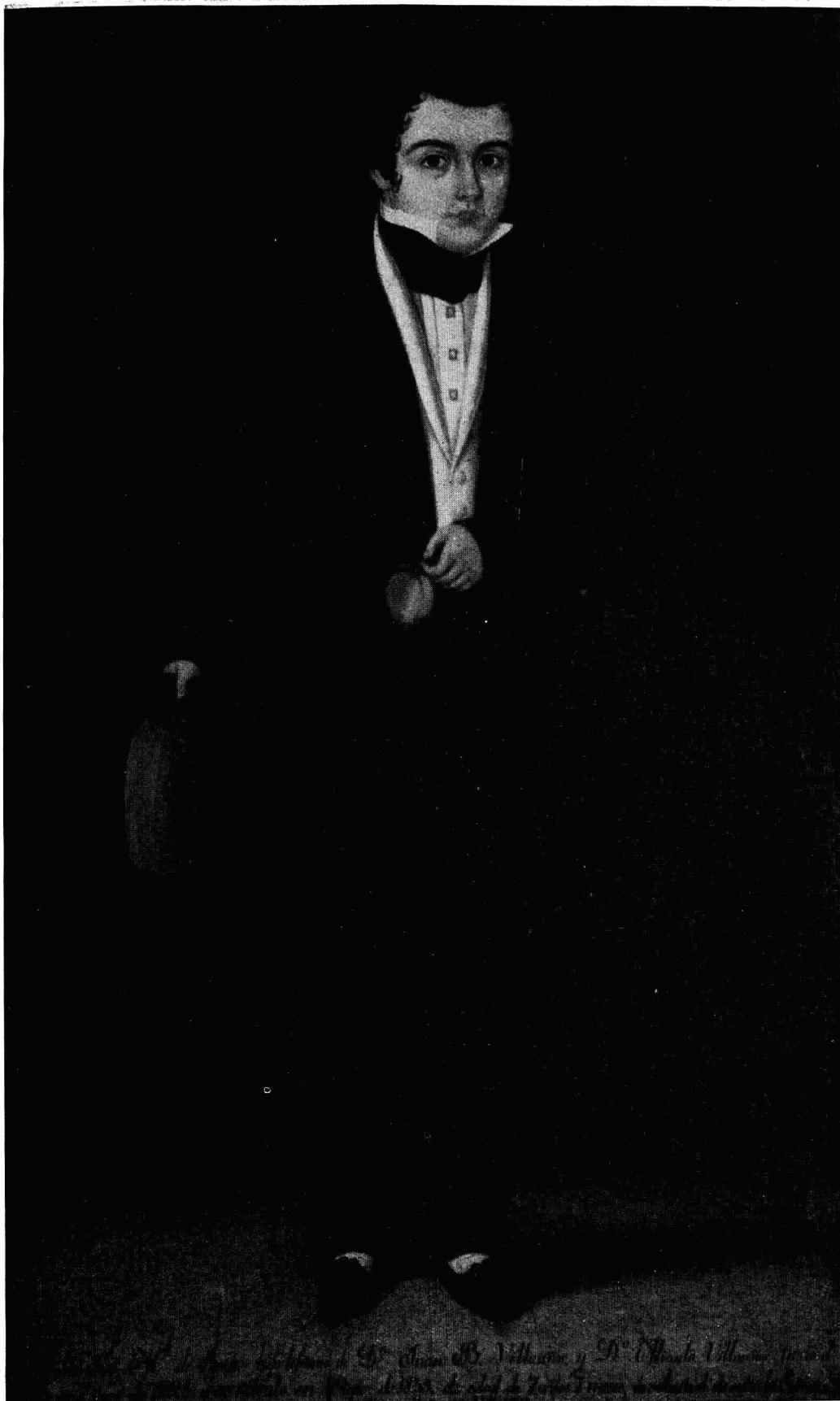
**LA PINTURA ROMANTICA
MEXICANA DEL SIGLO XIX**

•

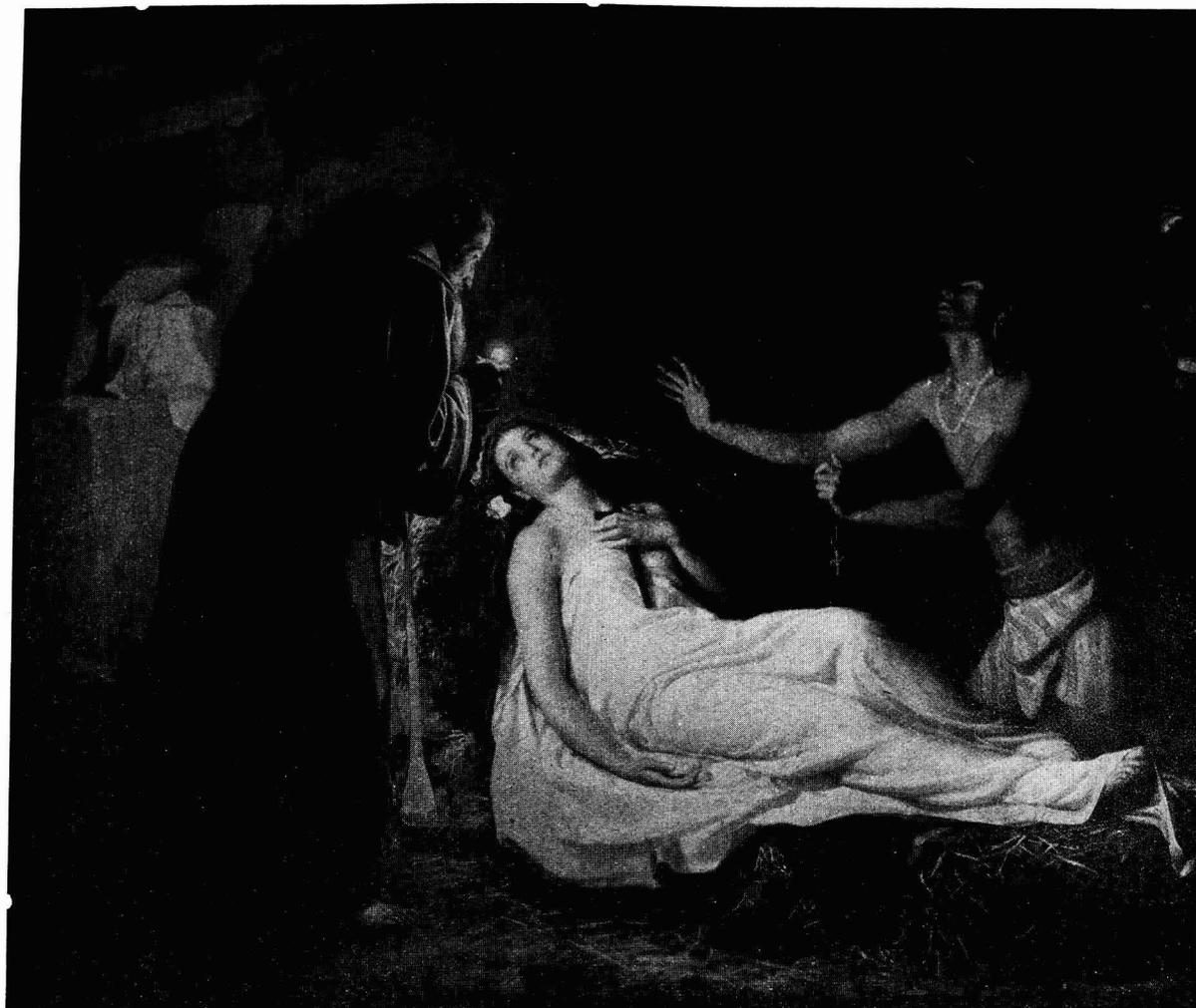
**EL ROMANTICISMO
EN EL GRABADO**

•

EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL



El niño Pablo M. Villaseñor
JOSE MARIA ESTRADA, 1835



“La Muerte de Atala”

L U I S M O N R O Y

Segunda mitad del siglo XIX



“La Flor Marchita”
MANUEL OCARANZA, 1868



A n ó n i m o
Mediados del siglo XIX



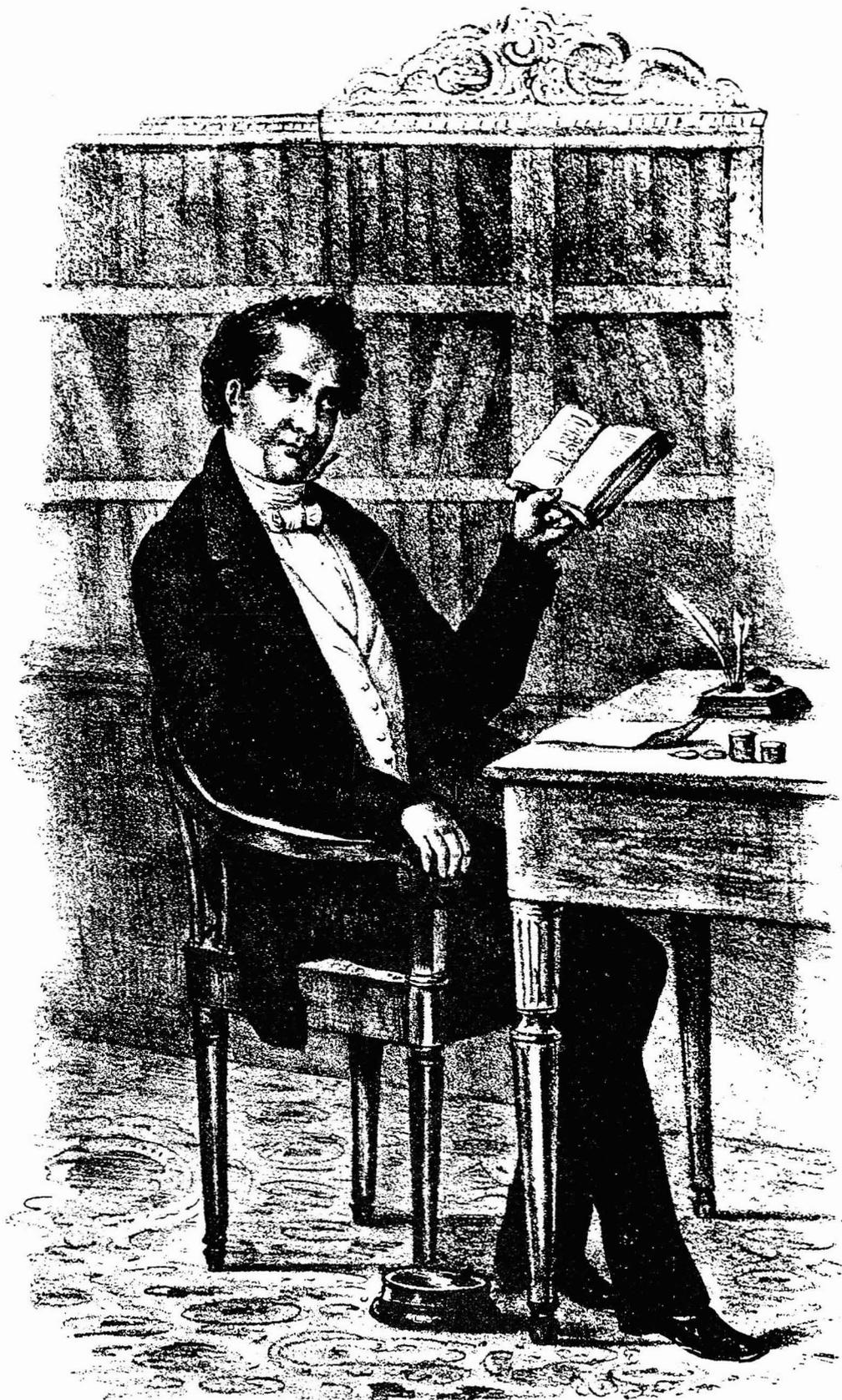
“El Paseo de las Cadenas en noche de luna”

Dibujo de CASTRO.--Litografía de DECAEN, 1850



“Criollas con mantilla y caballero con castor y capa”

Dibujo de T. LEHNERT.--Litografía de MICHAUD-THOMAS, 1850



“ E l A b o g a d o ”

Litografía de A. CAMPILLO, 1854



“Martín Garatuza”
Litografía de H. IRIARTE, 1868

PANORAMA

1

WALDO FRANK

Y LA FUNCION DEL ARTISTA MODERNO

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CONGRESO DE ESCRITORES

ME siento muy feliz en haber sido invitado a este Congreso, porque así vuelvo a ver a mi querido México, y también porque ello me brinda la oportunidad de conocer a todos ustedes; y presentarles, personalmente, el mensaje que se desborda de mi corazón.

Nos reunimos aquí, amigos, en momentos de un gran conflicto universal, pues no llamar con el nombre de guerra mundial a las innumerables batallas que se libran en todos los países, en todos los Continentes, es estar ayuno del sentido de la perspectiva y ser juguete de meras frases. La guerra mundial se ha iniciado; quizá dure toda una generación; en verdad ha de sostenerse mucho más tiempo del que muchos de los que aquí estamos hayamos de vivir. Esta guerra pasará a la historia como el proceso cruel, pero lleno de belleza—de las luchas de la humanidad en todas partes del globo, para resurgir del fondo de un pasado ancestral, de cultura feudal, sustentada en la esclavitud, en una forma u otra, a una cultura de libertad, en la que no sea el hombre, sino la máquina, el esclavo. La historia nos contará entonces que la lucha se ganó; que eventualmente el hombre habrá triunfado en esta guerra universal, pero ¿quién podrá decir, a costa de cuántas derrotas, cuántas muertes, cuántas zozobras? Ese destino nos pertenece. También el privilegio de que no seamos

lectores de ese proceso histórico, sino que tomemos parte en su gestación.

De un modo instintivo las clases dominantes, en todas partes del mundo, saben que esta guerra —en la que el hombre al fin habrá de incorporarse y entrar en posesión de su propio planeta y de su propio ser, troquelándoles de nuevo sobre la imagen de un todo universal, trae consigo su ruina. Por eso es por lo que no quieren confesar que existe un estado de guerra; por eso es por lo que aún cuando amontonan armamento, hablan de paz y de conflictos estrictamente domésticos; y ocultan, con desvergonzada hipocresía, la guerra que están conduciendo. ¡Paz, paz!, exclaman, cuando no hay paz. Ejemplo de esta alucinación histérica de las clases dominantes lo tenemos en el reciente Congreso de Buenos Aires... la doscientosava conferencia, creo, para el “desarme y la paz” desde que los dominadores del mundo hicieron perpetua la guerra con su Tratado de Versalles. El sueño anhelado del Presidente Roosevelt y el Secretario Hull, era el de una paz Panamericana, pero mientras se charlaba copiosa y plenteramente en las márgenes del Plata (adonde Roosevelt había llegado a bordo de un barco de guerra) había guerra en las ciudades industriales de los Estados Unidos; había guerra en Cuba, había guerra de

clases en Brasil; mientras en la propia Argentina, el Presidente que abrazó a Roosevelt a su arribo a la capital sudamericana, gobierna ilegalmente, sostenido por el ejército, pero no por el pueblo.

Así como el capital es indivisible, es indivisible la paz y la guerra. Así como la humanidad, una vez adquirida su conciencia, será indivisible, la paz y la guerra es indivisible. Aunque no supiéramos nada acerca de España, acerca de las naciones fascistas, acerca de los desesperados esfuerzos de los viejos países imperiales, Inglaterra y Francia, para mantener su sangrienta hegemonía sobre grandes porciones de la tierra, todos nosotros, hombres y mujeres, sabemos, con sólo auscultar nuestros corazones y los de nuestros prójimos, con sólo darnos cuenta de la angustia y de los desesperados alardes existentes por doquiera, que la guerra universal es un hecho.

Bancarrota del capitalismo

El capitalismo ha cumplido con su doble misión, que fue la de dar al hombre, por medio de la máquina, capacidad para conseguir un orden enteramente humano; y al alcanzarlo, disolver para siempre los viejos sistemas del feudalismo agrario en todo el mundo. Sin embargo, el capitalismo, después de destruir al feudalismo, es incapaz de crear un orden propio. ¡Nunca lo ha hecho! Toda la época capitalista no es más que un período de transición apuntalado aquí y allá con valores sociales y personales, de las más viejas culturas. El capitalismo no puede crear un orden humano, porque él mismo es esencialmente, la anarquía de la transición. Esto explica que el Fascismo sea su fase última en que el histerismo gregario, el sometimiento a lealtades arcaicas y el infantilismo, son impuestos por la fuerza a los pueblos que en todas partes pugnan por conquistar el orden nuevo.

El capitalismo no ha traído consigo la paz, sino la espada; y la guerra continuará hasta que los pueblos trabajadores del mundo se apoderen de esa espada para abolir con ella, para siempre, al capitalismo. Entonces, cuando hayan madurado interiormente para el cumplimiento de su misión histórica, podrán trocar la espada por el arado.

Ejemplos de la U. R. S. S.

En dos países de Europa, en que ciertamente se ha podido conservar mejor el tesoro íntimo y vital del hombre contra los desmanes destructores de la época capitalista de transición, la espada ha sido ya empuñada por el pueblo trabajador. No es necesario que yo hable aquí del primero de estos países, el de la Unión Soviética, excepto para manifestar de nuevo mi confianza en su salud fundamental, mi fe en su futuro. Pero sí, debo añadir que mi confianza en la Unión Soviética no significa que la considere el estado ideal, la Utopía, ni tampoco que estime a los bolcheviques como superhombres sin tacha. Al contrario, los rusos son seres normales, expuestos, como todos nosotros,

al error y al fracaso, y apenas han surgido de un pasado de ignorancia política, de primitivismo cultural, de amargas persecuciones, un pasado cuyas huellas aun llevan marcadas. Tengo el mayor respeto por la tarea que está realizando el pueblo de la Unión Soviética, precisamente a causa de su pobre pasado cultural y político. Tengo una mayor fe en la humanidad, porque he visto lo que un pueblo como el ruso, está llevando a cabo, a pesar de todos los obstáculos.

El otro pueblo de Europa que ha arrebatado la espada para tomarla en sus propias manos, es el pueblo español. Y España nos importa a nosotros, de un modo hondo, de un modo avasallador. Hoy, más aún que la Unión Soviética, por esta razón, España está más cerca de nosotros que Rusia, por la cultura y por la sangre. Y su destino actual conformará en una gran medida el destino de nosotros mismos y de nuestros hijos: sea que vivamos en una aurora o sumergidos en las tinieblas, de las cuales el sol solamente volvería a brillar para otra generación. Pero hay algo más: la joven Unión Soviética, inmensa, continental, fue atacada por gobiernos capitalistas exhaustos a causa de la guerra mundial; España, pequeña y vulnerable, sufre la embestida de gobiernos capitalistas apercebidos para la guerra, y claramente conscientes de lo que la victoria de España significa para las clases dominantes.

Amigos, no piensen ustedes que Alemania, Italia, Portugal, son las únicas que luchan contra España. Su principal enemigo ha sido Inglaterra. Decididos aliados del general Franco han sido los intereses del dinero dominantes en Francia, que, junto con Inglaterra han obstaculizado la ayuda legítima que el Frente Popular Francés debería haber dado, aunque no fuera más que por el bien del propio pueblo francés. También las clases dominantes de los EE. UU. están siendo indistintamente hostiles al pueblo de España, a través de poderosos periódicos, iglesias y bancos. Y ahora, nuestro Departamento de Estado, al asumir una falsa neutralidad con Francia e Inglaterra, completando así la felonía de los invasores alemanes e italianos, ha dado una demostración de cuál es su verdadera bandera—olvidando nuestra propia Revolución en la que gozamos de la ayuda de soldados franceses y polacos, en contra de los mercenarios alemanes traídos por los ingleses, para combatir contra nosotros.

Noble lección de México

Verdaderamente, sólo una nación del Hemisferio Occidental ha sido lo bastante sana y ha tenido la visión y la fuerza generosa, para ponerse abiertamente del lado de la humanidad en la batalla que España está sosteniendo por todos nosotros. Ese país es México; y por ese solo hecho, así como por las realizaciones de su programa social, México marcha a la vanguardia de las naciones americanas.

Vamos a detenernos un momento más ante España. La Universal. Una vez más se manifiesta el genio español para crear mundos. Hace cuatro-

cientos años, España desempeñó un papel muy grande al crear las Américas que siempre hemos conocido como "el nuevo mundo". Pero, camaradas y amigos, ya no es por nuevos mundos por lo que el hombre está luchando; en todos los países, el pueblo trabajador—el que crea con las manos y con el cerebro—lucha simplemente por un *mundo humano*, por su propio mundo, para poder vivir en él. En China, Japón, Francia, Alemania, las dos Américas, donde quiera que la vieja cultura agraria feudal se desmorona o ha desaparecido, pasa lo mismo; *El hombre no tiene un mundo en qué vivir!* Luchamos por sobrevivir y la única manera de obtenerlo es seguir adelante. Hace siete años, aquí mismo en México, hablé de un "nuevo mundo" que había de ser creado en las Américas, así como de la gran parte que desempeñaría, en esa construcción, la herencia de España. Ahora digo que en la lucha por un mundo humano, por un mundo mejor, España desempeña la parte principal en toda Europa.

La España eterna

¡España, la Universal! El pueblo de España está peleando nuestra propia guerra. Tenemos que ayudarlo con todos los medios posibles, a fin de ayudarnos a nosotros mismos. Pero no olvidemos que el foco cambiará en esta lucha universal; ayer fue Rusia, donde triunfamos; luego fue Italia y Alemania, donde la batalla está enderezada en nuestra contra. Hoy es España. Mañana o pasado mañana, el foco cambiará de sitio; será nuestro turno. Deseo repetir esto: nos reunimos aquí en un mundo de guerra, y sin duda alguna, llegaremos al fin de nuestras vidas, muchos de nosotros, y moriremos, dentro del mundo de la guerra.

II

Esto me conduce al punto que deseo discutir brevemente con ustedes; en este largo asedio guerrero, ¿qué papel ha de ser el nuestro, como artistas y como escritores?

Sé muy bien, al tratar de este problema, cuál es su complejidad; y también sé que no dispongo de mucho tiempo para un largo análisis del mismo. Me limitaré a algunas proposiciones básicas, y desde el punto de vista de nosotros los americanos, a quienes, afortunadamente, se nos concede una pequeña pausa (y ¿cómo la necesitamos!) en la que podamos madurar nuestra disciplina y nuestra visión.

Emplearé, en lo que sigue la palabra artista para designar también a los escritores.

En la visión orgánica de la vida, el hombre no es un ser homogéneo; tiene muchas formas y facetas; precisamente porque es parte integrante de un organismo complejo, cuyas funciones se hallan *articuladas dentro de él*. Así, el artista debe ser considerado en una doble función: como hombre y mujer, y como obrero.

Nuestra responsabilidad como hombres-mujeres americanos en el mundo actual es clara, y no es necesario que insista sobre esto. Nosotros tenemos que declarar y poner en práctica nuestra lealtad hacia la clase obrera, ya que nosotros mismos so-

mos obreros. Debemos agudizar esta lealtad declarando nosotros una guerra abierta, aunque personal, a la clase media, a los explotadores. Tenemos que ofrendar todo sacrificio a España para contrarrestar como podamos la preponderancia del oro, del acero, y la cruel astucia, que asesinan al pueblo español. Y tenemos que prepararnos para crisis parecidas en nuestros propios países, por medio de una bien disciplinada alianza con la vanguardia de los obreros, a fin de estar listos, como estuvieron listos en España: García Lorca, León Felipe, Rafael Alberti, María Teresa León, José Bergamín, Casals, Picasso... y multitud de otros artistas.

Ya es suficiente en cuanto al deber de nosotros los artistas, como *hombres* y como mujeres. ¡Pero qué del deber del artista como obrero, es decir, como artista! Problema es éste mucho más complejo, mucho menos al alcance del pueblo y de los propios artistas; sin embargo, es un problema cuya resolución correcta es tan necesaria para el nacimiento de un mundo humano habitable, como es necesaria la estrategia de los sindicatos o de las milicias populares.

El arte y la Revolución

No hay ningún otro modo de enfocar esta cuestión si no se pone de manifiesto la función dinámica del arte en la sociedad, y cómo esta función es y será crucial en la tarea que tienen ante sí los pueblos de la tierra para apoderarse del mundo y rehacerlo después.

El arte es el vehículo con el cual el individuo percibe su enlace orgánico con la vida; en el gran arte, con el Todo de la vida. Por medio de la ciencia y de la filosofía podrá conocer intelectualmente esta relación; por la teología podrá creer en esta relación; por el arte, la experimenta. Y como la emoción de esta participación armoniosa se llama belleza, y como la belleza es buena, esta experiencia es buena; y como está ligada con el propio ser de uno, la experiencia del conjunto de la vida se hace integral con el propio sentido de responsabilidad, de santidad y de amor.

Ahora bien, hay un gran nombre para designar esta vida que se deriva de la amorosa aceptación de la parte integral de uno en el necesario Todo: ese nombre es "Libertad". Conocer y amar la participación en la necesidad, es ya actuar en ella; y el acto es libertad. El destino del hombre es realizar esta libertad. Toda revolución social no es sino la creación de los medios para el goce de esa libertad. La experiencia del arte es el medio para reconocer lo que es la libertad, para su naturalización como valor—el valor supremo—en las vidas individuales que constituyen el cuerpo social. El arte trae a las vidas humanas, con términos familiares y materiales de una existencia cotidiana, la experiencia de la libertad. El artista puede llamarse el sacerdote de la libertad.

En el marxismo no encontramos nada explícito que contraríe esta versión orgánica; en realidad, yo siempre he argüido que se halla implícito en la concepción general histórica de Marx. Pero no hay

nada explícito en las teorías generales marxistas que permita asegurar la subsistencia y funcionamiento de esta visión orgánica. No obstante, sin su vigilancia sobre las acciones del pueblo, éstas pueden malograrse. Marx acertó maravillosamente al hablar de los destinos del proletariado, cuya energía, voluntad y posición le configuran para hacer de él el destructor (en estrecha alianza con otros obreros) de la sociedad de clases—o sea la esclavitud—para siempre. Ante esta doctrina fundamental, como ante otras análogas, me considero un marxista. Pero también una clase puede traicionar y frustrar su propio destino. Los hebreos se llamaron a sí mismos “el pueblo elegido de Dios”, con la misión de revelar a Dios al mundo. Pero los profetas (de los más grandes artistas literarios de la antigüedad) demostraron que Israel podía traicionar su misión. De este modo la hondura del concepto de libertad se agregó a su visión; sin ella habría muerto.

Volviendo a nuestros días, esa profundidad de visión, esa vivencia de libertad, por las cuales la historia del hombre se eleva del reino de la necesidad fatal hacia la creación, tiene que ser incorporada a la revolución mundial. De otro modo, al nuevo Nacimiento se malogrará.

Aunque la clase obrera sea la creadora funcional de una humanidad libre y por lo mismo contenga la potencialidad de la libertad, no posee la conciencia de ese eslabón integral entre el hombre y el cosmos, que ES el verdadero núcleo de la cultura humana y la única clave de la libertad humana. Esperar esto, automáticamente, de la clase obrera, es absurdo. Los obreros revolucionarios deben pelear por pan, por el triunfo de su clase: lo intenso de la lucha hará que se reduzca su visión inmediata. Es utópico esperar que el soldado de fila en la lucha de clases, o su líder político inmediato, hagan más que marchar hacia adelante para alcanzar nuevas ventajas. La función del artista, precisamente, es articular la lucha particular con la universal, para revelar lo universal del plasma inconsciente de las masas, donde existe potencialmente; e incorporarlo a sus acciones conscientes. Sólo así, la visión orgánica que Marx tenía, podrá realizarse. El marxismo, como concepción orgánica de la historia EXIGE la colaboración del artista.

Aquí está la verdadera relación dialéctica que debe ser mantenida entre el obrero revolucionario y el artista revolucionario; los trabajadores dan al espíritu del artista los materiales de la realidad y los artistas devuelven a los obreros el sentido de la totalidad, la santidad y la dignidad de la vida; experiencia condicionante que informa una matriz y un dominio para la acción revolucionaria creadora. Si esta tensión dialéctica entre obreros y artistas se debilitara, el artista traccionaría al obrero y el obrero suprime al artista. La forma orgánica de la creación del nuevo mundo humano se reduce, pues, a una imagen irreal, mecánica, de dos dimensiones.

Desgraciadamente, hay signos de esta distorsión dialéctica del trabajo del artista, en el mundo ac-

tual: una tendencia (realmente copiada de la degenerada cultura burguesa) a reducir la tarea del artista revolucionario simplemente a su participación, como hombre o mujer, en la lucha de clases; a rebajar su arte hasta llenar las exigencias de una demanda inmediata; hacerlo dependiente de la visión necesariamente restringida de la política, en lugar de exaltarlo a una matriz y una orientación. Esto significa la total renunciación del artista a su misión social como obrero, esto es como artista. Este peligro es claro en muchas de las manifestaciones oficiales, socialistas y comunistas, que vienen de Rusia, Europa y América. Creo que tengo razón al decir que eso es menos común en España, en América Hispana y en Francia, donde más se ha conservado un tradicional sentido orgánico de la vida.

FASCISMO

Y yo les voy a decir por qué esa experiencia orgánica, de la que el artista es guardián propugnador, se necesita clamorosamente hoy. Todos los hombres tienden por naturaleza hacia un sistema totalitario. Pero todo sistema totalitario que abarca menos que el TODO DE LA VIDA conduce al Fascismo. Una mente fascista es por definición la que intenta hacer de una parte, un todo. Llamará a esta parte una clase, una nación, una raza. Fundamentalmente, la mente fascista es la que se introspecciona tan superficialmente y tan falsamente, que encuentra en sí un ego aparte, pero que fracasa en encontrar el cosmos orgánico. De esta falsa semilla brotan los típicos frutos fascistas: exclusión, prejuicios de raza, explotación, destrucción. Esta falsa semilla está explícita en la teología que se practica en las iglesias cristianas, que predica la salvación y la inmortalidad individuales; mientras que el hombre que se contempla a sí mismo, verdaderamente sabe que no se salvará, a menos que todos sus hermanos se salven; y que ningún hombre es inmortal, excepto en la eternidad de su INMEDIATA conciencia del cosmos.

Pero la falsa semilla también se encuentra en muchos círculos revolucionarios. Y muchos hombres que se creen socialistas o comunistas, son de estructura mental fascista. Déjenlos que no inmolén su yo separatista individual y de clase y caerán en este pecado.

Quiero insistir en que este sentido de selección, y de pecado, debe ser conscientemente introducido en el movimiento revolucionario. Para que haya libertad de creación, tiene que haber posibilidad de muerte. ¡Por falta de ese conocimiento, que es dinámico, el movimiento revolucionario ha carecido muy frecuentemente de profundidad y de realismo. Pecado es una palabra buena, mientras implique responsabilidad y libertad—sin las cuales las buenas intenciones del hombre se vuelven mecánicas y torcidas.

RELIGIOSIDAD REVOLUCIONARIA

La clase obrera, a causa de su alta función creadora, PUEDE FRACASAR. Y si fracasa, peca. Esto se puede aplicar también a nosotros los ar-

tistas revolucionarios, cuyo trabajo consiste en hacer que se animen estos valores vitales, estas alternativas trágicas. LA ESPECIALIDAD DEL ARTISTA ES EL TODO. Si su obra crea una experiencia menor, fracasa. En este sentido, muchos artistas revolucionarios sinceros de mi país, y de otros países, son unos pecadores.

Si les ha asombrado, quizá, que hable de pecado, seguiré adelante, hablando de religión. Creo que podemos afirmar, con certeza, que toda iglesia establecida en el mundo de hoy, y sus teologías, defienden un estado explotador y una clase explotadora. Esto es verdad, abiertamente, de la Iglesia Romana, cuyo enviado oficial, hace algunos meses, vino a los Estados Unidos para recoger dinero para los fascistas de España, y cuyo Papa ha hecho la paz con el degenerado Mussolini y el degenerado Hitler. Pero también es verdad, sólo que con más hipocresía, de los jefes de otras sectas establecidas. Por lo tanto los pueblos de la tierra tienen que librar guerra contra el clericalismo y la teología, cuyos dogmas dualistas son reflexiones, en gran parte, de una sociedad de clases en la cual los hombres se han entregado ante la naturaleza y a sus amos. Pero, ejemplo de la falta de profundidad en la doctrina revolucionaria es cuando se intenta no distinguir entre el clericalismo y la teología por un lado, y el sentido religioso—profundamente humano y caritativamente profundo... por el otro. Condenar a la religión por que las religiones del mundo feudal han reflejado el dominio de clase y el sometimiento del pueblo es tan poco inteligente, como sería... el condenar al arte y a la educación, porque la educación y el arte también lo han reflejado.

Solamente la falta peligrosa de una visión orgánica de lo que es el hombre, y de lo que el hombre ha sido, podría sostener tal falsedad. La esencia de la necesidad y la voluntad religiosas debe estar apartada de los dogmas de clase, de las instituciones de clase. Los dioses externos, los sacramentos mágicos, las revelaciones sobrenaturales, absolutistas y literales, no son la esencia de la religión. Fueron inevitables ropajes de la religión en la época (que aún no acaba de pasar) de la inmadurez del hombre cuando estaba gobernado por reyes y avasallado por la naturaleza.

El alma de la religión no es otra que la que he descrito como la experiencia básica del gran arte; y realmente los dos han marchado siempre juntos. El alma de la religión es el conocimiento, no irracional, sino PRE-RACIONAL, de que la vida es una y es sagrada; de que todos los hombres pueden congregarse, deliberadamente, en la experiencia de esa unidad, de esa santidad, de ese Misterio. Todo lo demás es circunstancial, es el resultado de los intentos inadecuados del hombre para racionalizar sus intuiciones; todo lo demás es corrupción dentro de una sociedad corrompida; todo lo demás cambia con el tiempo y con el espacio. Pero esta alma de la religión no puede cambiar, no debe morir. Negarnos, a nosotros mismos, como revolucionarios, la herencia del sentido re-

ligioso, es arrojar falanges de nuestros aliados potenciales... simple gente intuitiva... en las filas del enemigo que sirve con la boca a la religión.

Esta es la peligrosa paradoja de nuestra época. Los fascistas, sus aliados, y las iglesias establecidas, matan el alma de la verdadera religión, pero mantienen en alto sus ídolos, y ganan para sí millones de hombres y mujeres humildes, demasiado ingenuos para distinguir el espíritu del cuenco vacío. Los obreros revolucionarios, con sus aliados de todas las clases, expresan en su credo social el alma de la religión; pero como han heredado un lenguaje anticuado de racionalismo del siglo dieciocho, atacan a la religión, y no solamente se enajenan millones de almas que deberían estar con nosotros, sino que impiden que la simiente religiosa de la revolución social, florezca en todo su esplendor en obras estéticas y sociales.

INVITACION A LA LUCHA

Camaradas artistas, nuestra acción en la lucha revolucionaria directa es necesaria; pero no basta; nuestra solidaridad con los trabajadores del campo y la ciudad es necesaria; pero no basta; nuestra explícita doctrina socialista es necesaria; pero no basta. Tenemos que hacer consciente, articulado y dinámico, en nuestro movimiento, ese sentido de la unidad orgánica de la vida, ese sentido de la santidad de la vida, ese sentido de la persona como un foco de ese cosmos, de donde brotan la profundización de la conciencia, de la responsabilidad y del amor. Sólo así el mundo humano llegará a ser libre para nacer, de la agonía de nuestra época. Y esta tarea, con las escuelas bajo el corrompido capitalismo y las iglesias voceras del Antecristo, es el trabajo urgente de los artistas.

Si fracasamos, ¿qué acontecerá? Una revolución, sí: el levantamiento de una clase obrera de las ruinas de un mundo viejo que se desmorona, sí. Pero una revolución hecha por hombres actuando en las tinieblas, propensos a cada momento a los extravíos de la ceguera; una revolución arrogante, rígida, unilateral, desdeñosa, porque no tendrá la conciencia de los valores humanos más profundos; una revolución que sembrará la enemistad entre grandes masas de hombres y mujeres sencillos y que oprimirá la vanguardia de los creadores intelectuales y estéticos. En una palabra, una revolución de ciega necesidad, de la cual el hombre tendrá que luchar, a través de ¡cuántas épocas trágicas!, hacia un nuevo umbral de libertad.

Pero si nosotros los artistas realizamos nuestra obra en "conjunción dialéctica" con los trabajadores, nuestra revolución tendrá que dar a luz un nuevo mundo.

Un mundo en el que todas las conquistas espirituales del pasado se hereden y transfiguren.

Un mundo en el que los valores implícitos en los hombres y mujeres humildes se enunciarán.

Un mundo en el que todos los hombres y mujeres, para quienes la vida es sagrada, colaborarán gozosamente.

Un mundo, camaradas artistas, ¡al fin!, de conciencia humana y de libertad.

Con Fernando de los Ríos y los Acontecimientos de España

Publicamos a continuación el discurso pronunciado en Washington, a fines de diciembre del año próximo pasado, por el doctor Fernando de los Ríos, acerca de la situación española actual. El doctor De los Ríos desempeña a la fecha, en los Estados Unidos, el cargo de Embajador del Gobierno de don Manuel Azaña.

“Radio oyentes de Norteamérica: Seguramente no hay entre vosotros uno sólo que haya dejado de preguntarse con insistencia en el decurso de los cinco largos meses que van ya transcurridos de guerra interior en España, acerca del por qué de esta dramática lucha, del por qué íntimo, del por qué capaz de descubrirnos con la respuesta la intención emocional de los que combaten, esto es, capaz de iluminar el horizonte y hacernos entender lo que desean, lo que quieren alcanzar. Voy a intentar esclarecer la cuestión, recurriendo para ello a algunas páginas de la Historia.

“Cuando en 1558 Felipe II recibe el trono de España, era Arzobispo de Toledo el Confesor de Carlos V, Fray Bartolomé de Carranza, el cual asiste al Emperador en la hora de la muerte. Mas, ya al posesionarse del trono Felipe II, el Inquisidor General, Valdés, había comenzado a perseguir a Carranza. ¿Por qué? Carranza había acompañado a Felipe II a Inglaterra con motivo del matrimonio de éste con María Tudor y había tratado de frenar la persecución religiosa desencadenada en Inglaterra contra los disidentes, a cuyo efecto predicó la tolerancia. ¡Ironías aparentes de la Historia! ¡Un español del siglo XVI predica en Inglaterra la tolerancia! Carranza, que es uno de los teólogos que representan a España en el Concilio de Trento, escribió un Catecismo, el cual se vendía en Roma con permiso de las más altas autoridades eclesiásticas ¡en la Roma papal! Pues bien, por ese mismo Catecismo la Inquisición española lo condena y lo tiene ¡17 años en prisión!; le disputa la presa al Papa y a la postre logra una sentencia contra Carranza —al cual el Papa quería salvar— de ser “vehementemente sospechoso de herejía”.

El Estado-Iglesia.

“El proceso de Carranza es el símbolo de la persecución y martirio de los hombres que, poseídos de un hondo espíritu religioso, representaron en aquella maravillosa etapa histórica de mi patria el espíritu de tolerancia. Decidido Felipe II a obtener la unidad del Estado por la homogeneidad en la fe, creyó susceptible lograrla imponiendo como acto de autoridad el dogma

y las peculiaridades de éste; es decir, el Estado se convirtió en Estado-Iglesia, no dejando dentro de sí lugar para el disidente. Se ea ciudadano pleno en la medida en que se estaba de acuerdo con la fe que el Estado exigía; de aquí que para desempeñar oficio fuera indispensable mostrar una documentación expedida por la Inquisición en la que se certificara no haber sido perseguido él ni sus ascendientes por heterodoxia... Felipe II al querer unir a España la dividió; al monopolizar el Estado la interpretación del error y considerar a éste como delito, echó los cimientos del actual Estado totalitario, como hube de decir en la Universidad de Harvard (International Congress of Philosophy) en 1926. ¡Qué íntimo drama el de los pensadores españoles; desde Cervantes hasta Santa Teresa; desde Fray Luis de León hasta San Juan de la Cruz! ¡Qué turbaciones! Escuchad al gran poeta Calderón en el siglo XVII: “Si el pensar es empezar —no está en mi mano el pensar— y está el hacer en mi mano”. (El Mágico Prodigioso). He ahí la clave del problema: ¡el pensar!, ¡la libertad de pensar!, ¡la libertad académica!!

“Liberal” espíritu generoso.

“La lucha por la Libertad no ha cesado en España a partir de aquellos remotos días; lucha callada a veces, abierta otras como lo fue en el siglo XVIII. Tan profunda es el hambre de libertad sentida por España, que a ella se debe el que haya sido mi patria la que creara en 1810 el adjetivo *liberal*: Liberal significa generosidad de espíritu, capacidad para comprender y respetar la opinión que niega la nuestra, voluntad dispuesta al sacrificio por la libertad. ¡Camino áspero el recorrido en el siglo XIX! ¡Cuántos grupos selectos fusilados! ¡Cuántos desterrados durante largos años! Dos veces en el decurso del mismo pareció que iba a consolidarse un minimum de libertades por vía legal y las dos veces, 1834 y 1872, se levantaron las fuerzas sociales que representan la tradición totalitaria y desencadenaron, subvirtiendo la ley, la guerra civil. Esta es la tercera guerra civil; esta es la tercera vez que de un modo orgánico se sublevaron contra la constitución del Estado las fuerzas sociales a que aludo.

Cumplióse un siglo el mes pasado, de la publicación de un ensayo titulado “El día de difuntos de 1936”; su autor, José Mariano Larra, espíritu profundo enamorado de la libertad y atormentado por el dolor de España —en plena guerra civil cuando escribió ese trabajo— vaga por un cementerio imaginario y a poco descubre una losa que decía: “Aquí yace la lealtad militar”, aludiendo a una sublevación que había tenido lugar hacía poco; y más allá encuentra otra inmensa losa funeraria sobre la que se lee: “Aquí yace media España; murió de la otra media”.

Tolerancia e intolerancia

“¿Cómo unir esas dos Españas en lucha desde que se instauró como norma de Estado la into-

lerancia? El mundo no ha hallado otra fórmula más que la de la tolerancia, o sea la concordia de las discordancias, esto es, la libertad del espíritu. Mas cuantos hemos llevado a la legislación de la República Española el sentido humano y humanista que el liberalismo entraña—absoluto respeto a los contenidos de conciencia—hemos sido fieramente combatidos por la España totalitaria; se nos acusaba de intolerancia precisamente por instaurar la tolerancia, la cual por esencia, al ser tolerancia, tiene que negar el privilegio y exclusividad de que se nutre la intolerancia. A la España totalitaria le mueve ante todo y sobre todo, el odio al pensamiento, al régimen pleno y absoluto de libertad, y a las consecuencias que entraña una visión dinámica y social de ésta; porque cada día hay una opresión de la cual liberar a los hombres, una injusticia a suprimir, una satisfacción cultural que dar, un posible mayor bienestar a proporcionar; y todo ello forma la ancha corriente histórica engendrada por el hambre de libertad que mueve a intelectuales y masas obreras en mi España. Las clases altas de mi venerado país no han tenido una caricia para el alma del pueblo, el cual no ha conocido de la vida más nobles goces que los que él mismo se proporcionaba gracias a su genial sentido estético, pero de los de arriba no ha recibido sino opresión y miseria: habían olvidado “nobleza obliga”...

Un tributo de homenaje.

“Frente a esa búsqueda de libertad espiritual, política y social, surge hoy de nuevo la España militarista, a la que, por desventura, se ha unido la mayor parte del clero y dice: “Spain will be governed in a fashion which will make it impossible for power again to fall into the hands of dirty politicians, freemasons, jews and similar parasites of human society”. (Información de Mr. Robert B. Parker en el “Evening Star” del 30 de agosto de 1936). Y en efecto, desde que se inició la lucha, mediante la “purificación”, han hecho desaparecer los rebeldes a todos los disidentes, así en Granada como en Córdoba, Sevilla, Salamanca, Pamplona y muchos otros lugares. Yo rindo el tributo de mi homenaje, a tí, inolvidable, genial y queridísimo poeta Federico García Lorca; a tí, Palanco, Decano de la Facultad de Letras de la Universidad de Granada; a tí, Landrove, amigo entrañable, profesor en la Escuela Normal de Valladolid, a cuantos habéis sido fusilados en razón de vuestras opiniones, no de vuestros actos, y entre vosotros a los treinta y tantos sacerdotes ejecutados en Vizcaya por los rebeldes —cuyos nombres han sido publicados oficialmente a causa de vuestra adhesión puramente espiritual a la causa de la legalidad republicana.

El drama de España.

“He ahí el drama de España, drama fomentado por haberse islamizado la Iglesia española

al adquirir un sentido de intolerancia que no lo tiene en ningún otro sitio de Europa, ni lo tiene en Norteamérica; drama que hizo posible la organización totalitaria del Estado español en el siglo XVI al convertirse en Estado-Iglesia; drama que ahora halla nuevos personajes deseosos de jugar un papel en la escena al ver sus privilegios en riesgo, ante el ímpetu vital y humano de una libertad dotada de un dinamismo que le obliga cada día a preguntarse: ¿de qué he de libertar a los hombres?. ¿de qué he de libertar a la comunidad? La autonomía regional a la que decididamente se inclina la República, fórmula que permite hoy un Gobierno eminentemente católico en Vizcaya y otro de distinta orientación en Cataluña, es la fórmula llamada a coordinar nuestra multiformidad; pero esto implica tolerancia, libertad, que es lo negado por los rebeldes. Y España, la España que ha sufrido persecución por su pensar, o miseria indebida, a pesar de su afanoso trabajar, lucha hoy en combate mortal por ese ideal que Lincoln logró hacer esculpir, al pronunciar después de vuestra guerra civil estas nobles y profundas palabras: *lucha por un Gobierno of the People, by the People and for the People*”.

La Tragedia de Unamuno

Por JEROME Y JEAN THARAUD

... En el barrio más aristocrático y más conventual de Salamanca, el forastero se detiene delante de una casona sencilla y de buena apariencia. Una mujer moza lo introduce en una especie de locutorio monástico, perfectamente pulcro, luciente y frío, con sillas junto a las paredes, un retrato del dueño del lugar, insipido en la vieja escuela española. Y, contra una ventana dando sobre un minúsculo patio—que hubiese parecido bien triste sin el azul límpido de la bóveda celeste—una mesita redonda cubierta con un paño verde que caía hasta el suelo. Al cabo de breves minutos de espera, el visitante vió entrar la figura clásica de Unamuno, muy alerta todavía a despecho de sus setenta y dos años bien sonados, el pelo y la barba abundosos, el perfil anguloso y, detrás de las gafas de acero toledano, una mirada cargada de zozobras.

Nos sentamos en torno de la pequeña instalación. La joven que me había recibido volvió con un brasero que colocó bajo la mesa; luego hizo descender con cuidado el tapete sobre nuestras rodillas, y, en el aire glacial de la pieza, guardando las piernas al calor, el gran Unamuno y yo nos pusimos a “platicar”.

Su primera frase fue para anunciarse:

—Usted sabe, me han desgraciado.

—Sí, en efecto, lo sabía. Destituído una primera vez por los rojos de su función de Rector perpetuo de la Universidad de Salamanca, y, restablecido inmediatamente después por la Junta de Burgos, como consecuencia de su adhesión al Gobierno Nacional, Unamuno acababa de ser cesado nuevamente por un discurso pronunciado en la Universidad el 12 de octubre, en el curso de una sesión solemne en donde se conmemoraba el recuerdo de Cristóbal Colón—el cual, como es bien sabido, antes de embarcarse para la gran aventura, había venido a Salamanca con objeto de consultar a los célebres astrónomos.

—Sí, me han destituido—continuó Unamuno—por palabras bien inocentes y que no niego. Yo decía... Pero verá usted, es mucho más sencillo... voy a buscarle un pequeño manifiesto que acabo de redactar y en donde expreso todo mi pensamiento.

Dicho lo anterior, el maestro se levantó de la pequeña mesa, salió del aposento y volvió casi en seguida con un papel en la mano.

—No tengo duplicado—me explica. Por lo que, si usted no ve inconveniente, le haré una copia al mismo tiempo que conversamos... porque me interesaría bastante que se divulgase.

Empuñando entonces su pluma fuente, se inclinó sobre su obra con una aplicación de escolar. El texto está en español. Hélo aquí *in extenso*, pero cortado por las reflexiones que me hacía el autor a medida que él escribía.

El manifiesto:

“En cuanto se produjo el movimiento salvador del general Franco, me uní a él, pensando que importaba salvar ante todo la civilización occidental cristiana, y con ella la independencia nacional...”

Unamuno.—Insisto sobre esta expresión “civilización occidental cristiana”. Fuí yo quien encontró y puso en circulación esta fórmula, que Franco repite innumerables veces en todos sus discursos, y que se ha convertido en el *let-motiv* del movimiento liberador.

El manifiesto:

“El Gobierno de Madrid me destituyó del cargo de Rector; pero el Gobierno de Burgos me restableció en mi función con grandes elogios. Yo estaba verdaderamente aterrado por el carácter que tomaba esta pavorosa guerra civil, que es debida a una enfermedad mental colectiva, a una epidemia de locura, con un substratum patológico”.

Unamuno.—Sí, usted lo sabe, entre nosotros la higiene es deplorable. La enfermedad específica ha hecho estragos en este malhadado país. Esto explica muchas cosas.

Se habla siempre de lo psicológico, de lo moral, pero es de lo fisiológico, de cuya enfermedad debiera hablarse también.

El visitante.—En este furor sanguinario que prevalece tan extrañamente en España, ¿no hay algo

que viene de todo lo que en ella hay de árabe y de bereber?

Unamuno.—Es muy posible. Pero hay otra sangre que se ha mezclado en nuestras venas, de la que no se habla nunca, pero que, según mi concepto, tiene una importancia considerable en la formación de nuestra raza y de nuestra mentalidad: Es la sangre de los gitanos, esa población errante de herreros, de estañadores, de negociantes de caballos, de trezadores de canastas, de las que dicen la buenaventura, que se les encuentra por doquiera en este país, hasta en la más insignificante aldea. Tales gitanos tienen instintos primitivos, inhumanos, antisociales, y estoy persuadido que es a través de ellos sobre todo que se ha introducido entre nosotros una herencia cruel.

Unamuno ha levantado la cabeza, se animó un momento, luego se inclina nuevamente en la mesa y prosigue con aplicación su copia:

El manifiesto:

“Desde el punto de vista religioso, esta guerra civil es debida a una profunda desesperación, característica del alma española, que no logra descubrir su fe, y también, a cierto odio contra la inteligencia, unido a un culto de la violencia por la violencia”.

El visitante.—¿Qué es pues esa profunda desesperación del alma española, a que usted se refiere?

Unamuno.—Usted conoce ciertamente el sentido de nuestra palabra *desesperado*. Este es un hombre que no cree ya en nada, ni en Dios, ni en los demás. Ni en sí mismo. Somos un pueblo de desesperados. Es lo que explica en particular todo ese encarnizamiento contra los sacerdotes y los religiosos, esas matanzas de curas, esos cadáveres de monjas desenterradas y profanadas. Hay dos especies de españoles, pero que, mirándolo bien no forman sino uno. Uno, el creyente, el católico, y que no es muy a menudo sino un pagano, adorador de imágenes, de la Virgen y de los Santos, que son para él otras tantas divinidades locales. Y el otro, el desesperado, que mata a aquellos que tienen la fe, por celos de los sacerdotes que no lograron comunicarles las certidumbres que tanto necesitan.

El visitante.—¿No cree usted que el pueblo español sea simplemente un pueblo apasionado, que cree con la misma fuerza lo que dicen sus sacerdotes o sus oradores comunistas, y que tiende con una ciega violencia a realizar en los hechos las ideas elementales que le han puesto en el espíritu?

Unamuno.—No, no, créame usted: es otra cosa; todo lo que hay en esa palabra grave de sentido, y que usted comprendería mejor si conociese nuestras viejas crónicas, en esta añeja palabra: *Desesperado*.

El manifiesto:

“La salvajería inaudita de las hordas marxistas supera toda descripción, y los que dan el tono no son los socialistas, ni los comunistas, ni los sindi-

calistas, ni los anarquistas; sino las bandas de malhechores, de degenerados, de escapados de presidio, de criminales natos, sin ninguna ideología. Y la reacción natural contra todo esto asume la mayoría del tiempo, desgraciadamente, un carácter de opresión. Es el régimen del terror. España, a la letra, se encuentra espantada de sí misma. Y si no se corrige presto, llegará ineluctablemente al borde del suicidio moral”.

El visitante.—¿Qué quiere usted decir con estas palabras: España se encuentra espantada de ella misma?

Don Miguel me dió una explicación bastante larga, de la cual retuve lo siguiente: España lleva en su seno terribles instintos que no esperan sino las circunstancias para realizarse en actos. Lo sabe, y teme que tal ocasión se presente en donde (ella) no tenga ya la fuerza de reprimir en ella todas sus fuerzas salvajes.

El manifiesto:

“Si el miserable Gobierno de Madrid no pudo ni quiso resistir a la presión de la barbarie marxista, debemos guardar la esperanza que el Gobierno de Burgos tendrá la fuerza de oponerse a los que quieran establecer otro régimen de terror”.

—¿Tendrá esa fuerza?—pregunté a Unamuno. Esta misma mañana uno de mis amigos me decía: “Los rojos matan a todos los blancos, y los blancos matan a todos los rojos. Si estos últimos ganan, anarquistas y comunistas se exterminarán mutuamente. Si, por lo contrario, son los blancos los vencedores, ¿no habrá también batallas entre blancos?”

Estas consideraciones no hacen sonreír a don Miguel, porque, como buen español, no le agrada el tono burlesco. Mas la continuación de la hoja que me copiaba iba a responder justamente a la *boutade* de mi amigo.

El manifiesto:

“Al principio se dijo, con bastante buen sentido, que este movimiento salvador no era un movimiento de partido, ni un movimiento militar, sino algo profundamente popular, y que, más tarde, todos los partidos nacionales anti-marxistas debían olvidar las diferencias que los separaban para unirse todos bajo la dirección de un jefe militar, sin prejuzgar del régimen político que se restableciera definitivamente. Y, sin embargo, los partidos continuaron yuxtaponiéndose sin tocarse: renovación española, monarquistas constitucionales, tradicionalistas, antiguos carlistas, acción popular, monarquistas adheridos a la República, y numerosos republicanos que se negaron a ingresar en el Frente Popular. A estos últimos, agregaremos los falangistas, partido político, a pesar que lo nieguen, y que no es otra cosa sino el fascismo italiano malísimamente interpretado, según mi parecer. (Aquí, Unamuno se interrumpe un instante: “¡Ah!, odio el fascismo”, me dice). La Falange comienza a querer absorber los demás partidos y pretende dictar el régimen futuro. Y yo, por haber manifesta-

do el temor que esta oposición de los partidos pueda aumentar todavía el terror, es decir, ese miedo que España tiene de ella misma, y hacer más difícil aún la verdadera paz; por haber dicho que vencer no es convencer, ni conquistar convertir, el fascismo español hizo que el Gobierno de Burgos, que me había restituido en mi rectorado... perpetuo, con elogios, me destituyera de mi cargo sin haberme escuchado, ni darme explicación alguna. Y esto, como se puede suponer, me permite juzgar de manera positiva lo que está pasando.

“Insisto sobre el hecho que el movimiento a cuya cabeza se encuentra el general Franco, tiende a salvar la civilización occidental cristiana y la independencia nacional, porque España no podría ser esclava ni vasalla de Rusia ni de ninguna otra nación. Pero, en verdad, en nuestro territorio nacional, se está dando una batalla internacional; y en estas circunstancias, es también un deber *aportar una paz de persuasión y llegar a la unión moral de todos los españoles* para rehacer esta patria que se la está ensangrentando, vaciándola de su sangre, arruinándola, envenenándola y embrute-ciéndola. Para esto, debemos impedir que los reaccionarios vayan más allá de la justicia y de la humanidad, como lo hacen algunas veces. No es un buen camino el de los sindicatos nacionales (los Falangistas) que pretenden abrirse campo por la fuerza y la amenaza, obligando por el terror a afiliarse a ellos todos aquellos que no son convertidores ni convertidos. ¡Qué triste cosa sería si, a ese régimen bolchevique bárbaro, antisocial e inhumano se tratara de substituirlo por otro régimen igualmente bárbaro, antisocial e inhumano de servidumbre total! Ni uno ni otro, puesto que, en el fondo, es la misma cosa”.

Don Miguel había terminado de copiar su Manifiesto y la conversación continuó en un giro más natural.

En aquellos días se había sabido que el señor Azaña, Presidente de la República, se había refugiado en Barcelona; que Largo Caballero, presidente del Consejo; Prieto, Del Vayo y los demás Ministros, habían huído a Valencia, y sobre este capítulo se contaba una historia bastante divertida. A la salida de Madrid, los Ministros fueron detenidos en la aldea de Alarcón, por el comité anarquista del lugar. Se les encarceló a todos, porque los anarquistas son gente sencilla que no admite que se abandone el puesto de combate en el momento en que éste se vuelve peligroso. Finalmente, dejaron que Largo Caballero continuara el viaje para Valencia. Pero los otros tuvieron que hacer marcha atrás... viéndose obligados a tomar el camino de la costa por vías indirectas...

Unamuno les reprocha a todos su falta de valor y el haber lanzado a España en una aventura política, a la cual no estaba de ningún modo preparada. “Azaña y sus amigos se imaginaron—me dice el ex Rector de la Universidad de Salamanca—que podían imponer en España ideas muy avanzadas. Los acontecimientos no les dieron ra-

zón. Les ha sucedido, en suma, la misma trágica aventura que hace cuarenta años a un antiguo Presidente de la República de Chile, llamado Balmaceda. Este Balmaceda tenía ideas bastante parecidas a las del Frente Popular. Quiso aplicarlas, pero se oponían los grandes propietarios, los grandes industriales, todos aquellos que poseían algo, y que se les llamaba los congresistas porque formaban la mayoría en el Congreso, esto es, en el Parlamento. La lucha entre el Presidente y sus adversarios degeneró en guerra civil que superó en horror a la que vemos hoy. El partido popular fue vencido. Balmaceda desapareció, y durante algunas semanas, nadie supo lo que había sucedido. Se había refugiado en la Embajada Argentina. Ahora bien: una mañana, el Embajador lo vió entrar en su despacho, en gran uniforme presidencial, con todas sus condecoraciones, un papel en la mano: Era su testamento político. Lo leyó de cabo a rabo al diplomático del país vecino. Reconocía que se había equivocado totalmente, que había creído su patria más evolucionada políticamente de lo que estaba, que por su culpa, torrentes de sangre fueron derramados, pero que no desesperaba, sin embargo, por sus ideas: que triunfarían un día, con una instrucción más profunda de las masas populares. Mientras tanto, quería que su muerte fuera testimonio de su buena fe y sirviese de ejemplo a todos aquellos que lucharen por la causa que él mismo había defendido. Es por ello que se daba la muerte... Y, sacando un revólver de su bolsillo, se saltó la tapa de los sesos ante el Embajador estupefacto”.

Acabo el pensamiento de don Miguel. ¿Quisiera, pues, que Azaña y Largo Caballero imitasen el ejemplo del Presidente Balmaceda? Es muy fácil pedirlo cuando uno mismo está sentado alrededor de una mesita redonda, las piernas al calor de un brasero, en una habitación tranquila, en el fondo del barrio más pacífico de Salamanca... Pero comparto enteramente su opinión cuando considero como perfectamente indecentes las exhortaciones al sacrificio, suscritas por dos hombres que se han puesto tan descaradamente al abrigo...

¿Es para hacer volver la serenidad a su espíritu, elevándose del plano de la política al de la poesía, que don Miguel, en el momento en que iba yo a despedirme, me preguntó si conocía acaso el soneto de Girard de Nerval, que se llama *El Desdichado*? ¡Si lo conozco! Lo recitamos juntos, porque ni el uno ni el otro lo sabíamos completamente de memoria:

*Je suis le ténébreux, le veuf, l'inconsolé,
Le prince d'Aquitaine a la tour abolie...*

Y en estos versos, en donde don Miguel ponía un hábito de fervor, yo sentía reaparecer bajo una forma nueva, depurada; ese tema del *desesperado*, que hace evidentemente en esta hora, el fondo de los pensamientos y de los sueños del viejo desencantado...

(De “*Periódicos Lozano*”).

Relieve de la Literatura

Hispanoamericana

Por JORGE MAÑACH

LA continencia a que estamos obligados, me exime de excusarme, por traer ante ustedes un tema que, sobre apartarse de todo afán erudito, se propone algo tan subjetivo, y al mismo tiempo tan desmedido, como el esbozar algunos fundamentos para la valoración de la literatura hispanoamericana.

Todo juicio de valor está últimamente basado en algún interés. Si esa literatura no goza aún de una estimación general y, por así decir, profana, débese en mucha parte a que la estimativa más visible y corriente—la que solemos encontrar en los periódicos y en el ánimo de las gentes—está demasiado dominada, aun en lo cultural, por el régimen de intereses materiales que gobierna al mundo. Pueblos jóvenes y en su mayoría débiles, los de la otra América no pesan todavía suficientemente en los conciertos y desconciertos del mundo para que su literatura se cotice en los mercados de la curiosidad. Pero, al margen y por encima de esa cotización intrínseca, hay una valoración pura, independiente y esencial que es la que incumbe, como deber y como privilegio, a quienes tenemos el criterio regido por otros intereses. Estos intereses son la prosperidad de la cultura como capital espiritual del mundo y el enriquecimiento de nuestra propia experiencia intelectual y estética. Valorar una literatura no es otra cosa que determinar qué es lo que ella importa en relación con estos intereses nuestros, tan ajenos a la estimación usual.

De propósito he recurrido, para aludir provisionalmente a ese valor, a una palabra de sentido más plástico que intelectual, convenientemente desprovista de categoricidad crítica. ¿Qué relieve tienen, qué relieve presentan las letras de Hispanoamérica cuando se las mira con alguna proximidad? ¿Qué prominencia y perfil nos muestran al poner de canto y de frente el gran bloque de la literatura escrita en español?

Este lenguaje nos invita, por lo pronto, a una ponderación de volumen, de cuantía material. Es una lástima que la estadística, esa contabilidad de lo imponderable, no haya llevado todavía su curiosidad a la zona de lo literario. La bibliografía no basta. Hay en todo país una actividad literaria cuya intensidad cotidiana, que es a veces la más dramática, escapa a la medición bibliográfica usual. Aparte de la literatura oral, que en los países hispánicos suele ser riquísima, existe toda una actividad literaria flotante,—de tribuna, de periódico, de revista efímera y de manuscrito impecable—sin trascendencia librería alguna y, por consiguiente,

sin repercusión bibliográfica. En la América de habla española esta literatura es enorme. En ella se queda, día a día, perdida para la historia, la flor de muchos talentos. Hay incontables Florencio Sánchez, cuyas obras, escritas en papel de telegrama, no llegan nunca a su destino. En el periodismo americano—donde dejaron tanto de su inspiración los Sarmiento, los Martí, los Darío—se sigue desangrando mucha vitalidad intelectual magnífica. No hay allá, al centro y al Sur del Continente, ciudad de algún viso donde no se editen revistas literarias en que el talento original se hace solamente ilusión de que sale del anonimato.

Claro que ésta es más o menos la suerte de toda literatura. Pero lo que quiero subrayar es el hecho básico de que en pueblos como los hispanoamericanos, donde la actividad editorial está limitada por toda suerte de circunstancias impropicias fundamentalmente económicas, se hace particularmente rigurosa la universal injusticia de valorar la actividad literaria por la actividad editorial. Las letras anteriores al Renacimiento se salvaron por la conservación manuscrita y por la investigación moderna del documento literario. Desde la generalización de la imprenta, en cambio, las literaturas se estudian y valoran casi exclusivamente en la producción libresco. Pero acontece que la imprenta es una máquina como otra cualquiera, y una máquina costosa. Los pueblos de organización económica preindustrial, aunque sean pueblos de espíritu y civilización modernos, no tienen el dominio fácil de la imprenta. Valorar su literatura exclusivamente sobre la base de lo que publican es, pues, someterla a un grave descuento. Por donde llegamos a la paradoja de que si la imprenta ha contribuido en general, enormemente, a la difusión de la literatura, puede decirse que para esos pueblos ha contribuido también a ocultarla.

Apuntada esa desventaja, apresurémonos a observar que la literatura hispanoamericana, accesible en libro, es de un volumen muy considerable. Si existieran bibliografías cabales de la producción de todos esos países, creo que ellas acusarían, para sus primeros cien años de autonomía cultural, o sea para el siglo XIX, un caudal de libros no inferior al que España produjo en igual período, y tal vez no muy por debajo del de los Estados Unidos, por otro ejemplo, en la misma centuria. Si al tiempo presente nos referimos, todo el que siga la producción intelectual hispanoamericana en alguna bibliografía progresiva (por ejemplo, la excelente que viene publicando la Revista *Hispanica Moderna*), comprobará que el volumen y diversidad de esa producción intimidan a la más temeraria curiosidad lectora. Suele ignorarse que la América hispánica dé al mundo semejantes caudales impresos. Este desconocimiento procede de que los libros hispanoamericanos, circularon poco. A una producción editorial de condiciones muy primitivas corresponde una distribución todavía más precaria, regida casi sólo por el azar. No el resto del mundo: la América misma ha venido subestimando su propia cuantía de producción literaria. Acaso el problema cultural más urgente

que ella tenga frente a sí sea el de crear un sistema circulatorio para ese torrente propio de vitalidad.

Buena o mala, hay ahí, pues, una literatura copiosa que examinar. No desdénemos demasiado esta consideración cuantitativa. La cantidad es también un factor importante para determinar el grado de poder y de ímpetu creador en una literatura. Suele uno toparse con gentes que, sin desconocer que la América del Sur, ha producido un Rubén Darío, o tal cual obra de rango manifiesto, suponen, sin embargo, que se trata de productos aislados y como accidentales, especie de aerolitos caídos del firmamento universal en los campos inocentes de América. Semejantes nociones no pueden disiparse más que conjugando datos de cantidad con juicios de calidad.

Desgraciadamente, las obras autorizadas de historia y de crítica en que eso se hace, no abundan, por la sencilla razón de que es también raro en la crítica el espíritu pionero. La crítica extranjera prefiere mantenerse dentro de sus fronteras conocidas, y la de Hispanoamérica, o no llega fuera, o llega sospechosa de narcisismos e indulgencias. Pero la luz se va haciendo. Citemos un gran ejemplo. Ultimamente, para fortuna de estos estudios, don Federico de Onís ha publicado una Antología de la Poesía Española e Hispanoamericana. Esa antología cubre los cincuenta años de producción poética en español, que van desde 1882 hasta 1932, es decir, el período llamado modernista y post-modernista. A juicio del profesor Onís—y no puede haberlo más autorizado—, todo ese período capital de las letras modernas en español se ilustra con la obra de 153 poetas representativos. Pues bien, de esos 153 poetas, 113 son americanos. Y de todos los que representan “la transición del Romanticismo al Modernismo”, esto es, el momento de iniciativa renovadora, todos menos tres nacieron en Hispanoamérica. La significación de estos hechos para la valoración literaria de lo americano no necesita subrayarse.

Cierto que la poesía es zona privilegiada en las letras del Sur. Mas no ha de olvidarse tampoco la mayor visibilidad de lo poético como género. Un poema es cosa más alada que una novela, y da más cuenta de su existencia. Tengo para mí que cuando se hagan inventarios análogos, con igual tino y elevación crítica, de otros géneros literarios, por ejemplo la novela, y el ensayo o el cuento, no quedará muy inferiormente acreditada la cuantía, al menos de esa producción, en los países americanos de habla española.

Pero basta ya de juicios cuantitativos. El problema que se nos plantea es el de determinar si hay en esa aportación literaria un valor intrínseco susceptible de atraernos y enriquecernos. Objetivando lo más posible un problema en cuya solución intervienen tanto las apreciaciones puramente subjetivas, podemos precisar todavía un poco más en qué puede consistir ese valor. Hemos dicho que ha de referirse a un interés de orden superior, y que este interés puede ser el de la experiencia es-

tética personal o el de la cultura como proceso histórico. Una literatura vale, en efecto, o por la calidad esencial de un cierto número de obras en ella, o por la significación y promesa de esa literatura en la historia de la expresión humana. No son iguales los fundamentos por los cuales atribuimos un valor a la literatura ática, pongo por caso, o a la bizantina, a la literatura de Inglaterra o a la de la Irlanda contemporánea. En el primer caso se trata de una sucesión de obras, cada una de las cuales representa, en mayor o menor grado, una realización intelectual y estética muy individualizada y de una capacidad, por decir así, autónoma de satisfacción. En el segundo caso no existen aún, o no abundan, las obras que aisladamente y por sí alcancen esa plenitud, pero el conjunto de todas las que hay muestran una pujanza de energía creadora al servicio de una nueva inspiración, y, por ende, una aptitud superadora en el desenvolvimiento de las ideas y de las formas.

Se dirá que una literatura de este segundo tipo sólo tiene un interés, y por consiguiente un valor, histórico-cultural. Vano sería poner a ese reparo una negación absoluta. No ha de buscarse obra acabada de aurífices en literaturas que no son todavía siquiera de crisol, sino de hondón telúrico, de minería laboriosa y oscura. Mas, en primer lugar, al juicio científico que he postulado, la literatura no le interesa sólo como producto, sino también como elaboración. Y en segundo lugar, que nadie olvide los hallazgos de belleza virgen que la excavación pone a luz—carbones tal vez, pero a menudo de irisaciones milagrosas, de geometrías inéditas y núcleos diamantinos; o vetas todavía aisladas que denuncian los secretos yacimientos para la riqueza del futuro.

La literatura hispanoamericana es todavía principalmente esto, laboreo y hallazgo y promesa. Pero un énfasis excesivo en este aspecto de su valor puede ocultarnos, y de hecho oculta a muchos, lo que ella ha dado ya en aproximaciones geniales a los grados superiores de calidad pura. La demostración de estas calidades nos llevaría a un terreno demasiado personal, a un terreno de pura crítica que no deseo invadir ahora. Reduzcámonos a considerar que si la calidad literaria superior reside en la comunicación vívida, por medio de formas adecuadas, de una claridad o una emoción fuerte que se tiene ante el eterno misterio del mundo, las letras de la América española han dado de sí esa ecuación con más frecuencia de la que suele reconocerle una atención displicente o inerte.

Lo emocional prime en ella, porque se trata de pueblos que nacieron sin disciplina intelectual a una crisis de las ideas mismas. Pero, ¿quién duda de que, de Andrés Bello a José Carlos Mariátegui, para hablar sólo de los muertos; del ritmo sereno y sembrador de Bello al gesto fulgurante y apostólico de Mariátegui, pasando por la tremenda energía ideal de Montalvo, por la visión combativa de Alberdi, la intuición tumultuosa de Sarmiento, la arcángelica luz de Martí, la inconformidad fecunda de González Prada, la escrutadora sagacidad de Hostos, la claridad olímpica de Jus-

to Sierra o de Varona, la gracia penetrante de Rodó... quién duda, repito, que aún saltando así de cumbre a cumbre, por encima de las eminencias menores en que el pensamiento de Hispanoamérica se ha ido estribando fragosamente, esa literatura nuestra un ansia dramática de verdad que a menudo se abrasa de iluminación? Si miramos al espacio poético de América, ¿qué juicio habrá tan severo o tan insensible que no vea, como la vió Menéndez Pelayo, la facilidad con que el alma americana echa alas en el verso y logra, ya en los Heredias, Pombos, Avellanedas y Flores de la primera mitad del siglo pasado, vencer el paso de su propia elocuencia hasta allegarse a la región de las voces desnudas? ¿Quién no reconoce ya que luego, en la vuelta de lo romántico es el verso de América el que le descubre entretelas al corazón de la raza, pliegues sutiles a la fantasía, vocaciones extrañas a los temas, posibilidades insospechadas a una lengua rendida de su propia gloria? ¿Cómo podrá medir tacañamente a Darío quien no le haya sabido tomar, en su idioma de ecos y fragancias, la honda dimensión de esa ternura alucinada con que se pregunta la gran pregunta de toda poesía y de toda filosofía, el "de dónde venimos y dónde vamos"? ¿O se pedirá una poesía más total—más hecha de carne y espíritu a la vez que la de esa procesión magnífica de mujeres cuyo canto se alza con María Eugenia Vaz Ferreira y se va repitiendo y ahondando como un eco andino, hasta llegar a la voz casi biológica de Gabriela Mistral?

Si a la literatura de narración atendemos, ¿con qué autoridad ni conciencia crítica se pretenderá valorar negativamente una zona de la literatura hispanoamericana que aún no ha sido siquiera explorada y de la cual apenas si se conoce más que el bosque espeso y romántico de María? Entran a veces los viajeros curiosos, o los excursionistas de las tesis universitarias, en esa área virgen y siempre nos traen noticias de novelas y cuentos perdidos, que fueron escritos con el candor de la inspiración primitiva en un mundo y un tiempo sin caminos. ¿No se ha venido a descubrir así y muy tarde la gracia un poco bárbara, genuinamente épica, del Martín Fierro y de toda la vieja literatura gaucha del Plata? Pues cada uno de esos países de América tuvo sus tres o cuatro décadas de amorosa batalla con su propia naturaleza, de ensimismamiento romántico y de satírica impaciencia, y la literatura narrativa sentimental, de paisaje o de costumbres que en cada uno de ellos se produjo está todavía aguardando la mirada valoradora que le diga al mundo cómo no fue, ni pudo ser, una mera literatura de imitación.

Viene luego la época de la publicidad. Comienza a cundir nombres y obras. Una mayor viveza y agilidad en la conciencia literaria los encarece y destaca. Menéndez y Pelayo y Valera descubren otra vez a América—a la América que escribe por su cuenta. Lógranse consagraciones patriarcales, como la de don Ricardo Palma, hechas a pura acumulación, a pura fuerza creadora, alzando la pirámide que decía Balzac, para que la viera desde

lejos una crítica española cuyo beneplácito resultaba todavía necesario para la gloria americana. Viene el siglo nuevo con nuevos fermentos: América comienza a organizar, por la crítica de sí, su propia conciencia. Las imprentas dan libros de lucha: libros de acento seguro, pero que llevan un drama dentro. Suenan mucho, pero circulan poco, y América misma no sabe bien todavía qué obras genuinamente maestras tiene en algunas novelas de Arguedas, de Reyes, de Lynch, de Loveira, de Ribera... Una dimensión generosa, de escenario americano, una veracidad amarga, entreverada con gruesas vetas de poesía, un perfil psicológico de ese hombre todavía algo borroso—aventurero esencial—que es el hombre de estas sociedades nuevas, una pasión dolorida, un ardiente sentido ideal, una proyección, en fin, de las más nobles inconformidades humanas dan a esas novelas una calidad dramática que compensa con creces los excesos y defectos de su arte primerizo. Puesto a ser artista sobre todo, el hispanoamericano sabrá también lograr, empero, la perfección evocadora de *La Gloria de Don Ramiro* o la fineza psicológica y expresiva de "El hermano asno", novelas perfectas en su modo, que todavía no hace mucho un crítico francés descubría con asombro. Pues ¿qué ha sido y es todo el movimiento posterior al Modernismo si no un muestrario sorprendente de aptitud para la elaboración de las más depuradas formas intelectuales y expresivas? Anunciándose con la curiosidad penetrante de Alfonso Reyes, templándose en la gravedad a un tiempo filosófica y apasionada de Vasconcelos, el culto a la pureza de la emoción, de la idea y del estilo se desdobra al impacto psicológico de la Guerra. Por la vía realista va a dar una estilización de los temas americanos, que tiene su obra maestra en esa maravilla de devoción—el *Don Segundo Sombra* de Güiraldes—; por la vía subjetiva, desemboca en la gracia a un tiempo transparente y arcana del nuevo ensayo y de la lírica joven. En ambas zonas, bajo un común firmamento constelado de metáforas, se da una literatura refinada, sabia de todo lo sutil y moderno, que puede tomar sin rubor su lugar propio en el mapa literario del mundo.

Pero, se dirá, en toda esa producción no hay ninguna obra de rango universal. Si no temiese a dar una impresión de panegirismo, me aventuraría a preguntar dónde está el criterio seguro que, con perspectiva tan breve, establezca categóricamente una negación semejante. Los pedestales literarios los hace él aluvión de los siglos. Acojámonos, sin embargo, a la modestia de preguntar más bien si no será esa una exigencia excesiva: si no será demasiado pedirle monumentos a una literatura que lleva sólo cien años de camino.

Más entidad parece que tiene el otro reparo usual de que esa de la América hispánica es una literatura refleja por las influencias extranjeras a que siempre ha obedecido. Claro que no puede ni debe disminuirse el relieve de esas influencias. Pero si cuanto pretenda implicar que es la literatura de Hispanoamérica una literatura de imita-

ción. La imitación es una renuncia humilde a la expresión propia, y si algo resulta característico de las letras hispanoamericanas desde sus primeros vagidos es una preocupación consciente y casi insolente por encontrar su propio acento y su propia inspiración. Otra cosa es la sensibilidad al ejemplo externo y la discreción de tomarlo como guía de la propia disciplina. Sucesores inmediatos, no de la gran cultura clásica española, sino de la menguada de la Decadencia, los pueblos americanos nacieron sin una tradición viva y fecunda de ejemplaridad intelectual y estética. Tuvieron que hacer por sí su aprendizaje, incluso yendo a descubrir, como Darío, aquella riqueza castiza de que debieron ser herederos. Aprendieron así de España. Y de Francia aprendieron cuando Francia era un poco la maestra de todo el mundo. Pero su emulación fue siempre, repito, en busca de una disciplina formal o de un formulario ideológico en que vaciar su propia sustancia de pueblos lujosos de sensibilidad y ávidos de claridad. Este aporte esencial es el que suele ignorar una crítica tarjetera, más atenta a las filiaciones y parentesco que a la pulsación de la fibra original.

En rigor, ninguna literatura que esté alerta en el tráfico del mundo se libra de influencias. No existe lo robinsoniano, ni conviene que exista, en un ámbito espiritual que está regido precisamente por el deseo de comunicación y de universalidad. Es una literatura tanto más validera, tanto menos accidental y efímera, cuanto más se vincula a su pasado, al ambiente cultural de su época y a su mundo circunstante.

La continuidad, la sensibilidad, la fidelidad, son las condiciones de toda formación artística original. Cumple esas condiciones la literatura hispanoamericana. Toma de su pasado inmediato, neoclásico y enciclopedista, lo poco que éste pueda darle. Se asoma a lo clásico español por una suerte de instinto, para entenderse a sí misma el secreto de la conciencia y el secreto de la lengua. Se enamora de lo francés porque de allí le vino a su gente la inquietud fecunda, y en la literatura de Francia aprende el encanto de las medias voces, la medida elegante con que tasar el ímpetu americano, cierta voluptuosidad de ritmos y palabras... Aprende todo eso, que es disciplina de continuidad y de sensibilidad, y lo pone en seguida al servicio de una impaciencia ardiente por dar a conocer su mundo inédito y decir su emoción indígena. De debajo de todos los acentos viajeros, saca ya su propia voz.

Creo, en suma, que es precisamente por la conjugación de esos factores formativos—continuidad, sensibilidad, fidelidad, o, si se quiere decirlo más concretamente, por la integración de lo español, lo francés y lo americano (tomando estas palabras en un sentido alusivo, y no literal)—como la literatura de estos países mestizos ha venido a cobrar una fisonomía inconfundible. Del misterioso fondo biológico de la raza conquistadora y del fondo psicológico de la lengua le viene su sentimiento de la individualidad y del

destino y esos cauces afines que el lenguaje provee; lo francés equilibra ese dramatismo ingé-nito con el sesgo inquisitivo y algo irónico que infunde a las inteligencias; de lo americano es la vitalidad juvenil, la mezcla de confianza y de impaciencia, ese urgimiento de la inspiración que, cuando no se frustra en lo prematuro, aboca a improvisaciones magníficas. Esta amalgama da, repito, lo diferencial americano. Paréceme evidente que quien lea hoy con atención una buena página americana en español o en portugués, por universal que sea su tema, no podrá dejar de reconocer su indigenismo y descubrir en ella un tono, una actitud moral e intelectual totalmente distintos de los de una página ultramarina.

¿Y qué es lo que se expresa con este acento distinto? Se expresa, para decirlo en pocas palabras, un sentido original del mundo. Original, aunque las ideas y las emociones sean tan viejas como la humanidad. "Las cosas —escribió Martí— siempre que son sinceras, son nuevas". Hay una sinceridad desenfadada, a veces agria y sardónica, a menudo candorosa, en ese plano superior de las letras americanas en que se han vencido ya las timideces del aprendizaje. El mundo necesita de vez en cuando este retoño de frescura, para no caer, por fatiga, en lo rancio o en lo artificial.

Pero, además de la visión fresca de un mundo viejo, dan los escritores del Sur, la visión alegre de un mundo nuevo. Nueva es América. Nueva su naturaleza, que en muchas partes aún no ha conocido siquiera el efímero señorío de una huella. Nuevas sus gentes, por la amalgama de razas que allí se ha producido. Nuevas sus sociedades, donde se vive día a día el roce dramático y los vacíos ominosos entre el ánimo nostálgico y el ánimo de empresa, entre lo tribal y lo industrial. Nuevo, en fin, en su planteamiento, todo el viejo problema de ennoblecer el destino del hombre. Y todo eso no es ya lo que se ha dado en la América del Norte. Los Estados Unidos nacieron a la fe en el industrialismo. El industrialismo es en gran parte obra suya. Ya no perderán del todo esa fe pragmática que fue su primera impronta. En cambio, la característica de Hispanoamérica es que ha nacido a la decepción de todo el sistema de valores que el industrialismo representa, al sentimiento de su insuficiencia y, por tanto, a la aprehensión de que necesita ser superado mediante un rescate de la sociedad y del individuo. Este sentimiento, unido a aquel otro vago racionalismo jacobino con que América reaccionó contra la tradición española, es lo que le da a la literatura hispanoamericana su peculiar inconformidad, y es lo que va haciendo de ella una escuela fecunda de contradicción. Es una literatura crítica en el sentido más hondo de la palabra.

Bastaría eso para fijarle su valor. Pero a nosotros, a los que hacemos profesión de estudiar cómo se engendran y desarrollan paulatinamente las literaturas en la entraña de los pueblos, el caso de esta literatura en formación sería de ex-

traordinario interés aún cuando ella no valiese más que por su riqueza de futuro. Nos desvelamos estudiando en las huellas paleográficas cómo nacieron y crecieron literaturas que hoy son ya ilustres. Pero a la gesta de la literatura hispanoamericana que promete una madurez gloriosa, estamos asistiendo nosotros. No necesitamos de la reconstrucción histórica, es un espectáculo que se está desarrollando ante nuestros ojos. ¡Ah, si el biólogo pudiera asistir con idéntica presencia al desarrollo de un organismo, cuántos secretos no descubriría!

A esta apreciación del valor original ya logrado, que nos hará gozar nuevas experiencias de claridad y de belleza; a esa presencia científica en lo que está madurando para la cultura del futuro, estamos particularmente llamados quienes, por tener este oficio libre de enseñanza, podemos sustraernos a las cotizaciones de un mundo que está constantemente en peligro de extender a lo espiritual el régimen de sus intereses materiales. Valoremos nosotros la literatura hispanoamericana. Y ustedes, los profesores extranjeros, que tienen sobre la esencial libertad de su oficio la libertad accidental de la distancia, lleven al estudio de la literatura de la otra América ese amor sereno, sin pasión ni indulgencia, que es la fuente de todo verdadero conocimiento.

(De "Revista Cubana".—Habana, Cuba).

Por qué escapé de Italia

P O R A L I C E R O B E

DURANTE veinte años Italia fue para mí la tierra de la belleza, del arte y la cultura. En la guerra mundial lloré con los italianos sus derrotas, compartí sus privaciones, me familiaricé con su alegre espíritu cantor ante los desastres, intímé con todas las gentes de este pueblo encantador, desde el más humilde campesino hasta el mismo Mussolini, a quien había admirado antes de su marcha sobre Roma, cuando me confió por primera vez sus planes de una nueva Italia. Estos planes para glorificar a Italia contaron con mi ardiente simpatía durante trece años.

¿Por qué me volvía ahora prematuramente a los EE. UU.? ¿Por qué aun este lujoso barco italiano me parecía una prisión?

Una vez en el muelle de Nueva York comprendí la causa. Estaba escapando de las advertencias en voz baja: "Tenga cuidado con lo que dice". "Tenga cuidado con lo que escribe". "Tenga cuidado al hablar por teléfono". Escapaba de los ojos llenos de sospecha y de susto, de los rostros que raramente sonreían, de la apatía, de la resignación, del pensamiento reprimido. Escapaba de aquel pueblo que otrora fue el más alegre y hoy estaba tan sometido y disciplinado, moviéndose automáticamente. Un pueblo que ya

no se movía por su voluntad desde que su destino estaba en las manos de un Duce omnisciente, omnipresente, omnipotente.

Comprendí de pronto qué era lo que yo más quería de los EE. UU. Anhelaba oír a alguien una réplica contundente. Y quería oír a alguien reír con espontaneidad, a toda boca. La noche de mi llegada, mientras comía con unos amigos en un restaurante, mis nervios quedaron en tensión. Dos hombres sentados a una mesa contigua charlaban de política. Uno de ellos dijo en voz alta: "Oh, este Roosevelt es un fracaso".

Me estremecí. En Italia para referirse a Mussolini, en público y delante de extraños, aun en forma admirativa, se dice siempre: "El grande hombre". Cualquier discusión política es tabú. "Recuerde, a lo mejor hay un espía".

Me acuerdo de una tarde en Italia, mientras esperaba en un restaurante a un amigo que tenía invitado a un ex-funcionario del Gobierno, un notable pensador ya próximo a los setenta. Pero mi amigo llegó solo y me dijo en voz baja: "X no vendrá. Ha sido arrestado con treinta más en un café del otro lado de la Porta Pia, acusado de hablar sobre política. En realidad, sólo hablaba de filosofía. Ahora me creará usted, tal vez, cuando le recomiendo cautela. Lea esto". Y me tendió un recorte del diario "Ottobre" cuyo lema es "El Duce tiene siempre razón".

El artículo que era de la Policía política fascista, rezaba:

"En el barrio de Campo de Marzo controlamos doscientas cincuenta y ocho calles. En cada calle hay un observador (espía). Este observador, vigila, anota y refiere".

Estábamos comiendo en el "Fagianò" dentro del mismo barrio indicado en "Ottobre". Un deseo de huir me asaltó, llenándome de nostalgia. Las palabras de mi compañero resonaban en mis oídos: "Recuerde, la policía fascista controla todas las actividades públicas y privadas; y este control está reforzado por un millón doscientos mil hombres armados". Los pintorescos *carabinieri* y la policía local están a la vista. Por el contrario, la policía secreta *Opera Vigilanza Repressione Antifascista*, está siempre oculta espionando, siguiéndole a usted desde el café al restaurante, desde el mercado hasta la tienda, desde la calle hasta su casa.

Y aquí en este restaurante de Nueva York un hombre llama a Roosevelt un fracaso. Y su amigo dice: "Voté por él la última vez; pero ahora votaré por el republicano".

Evoqué mentalmente lo que sucedería en Italia si un hombre dejara de votar por equivocación, no más, la boleta fascista. Fui amiga de Giorgio durante quince años. Asistí a los sacrificios de sus padres para educarlo. Su madre me había escrito muy orgullosa "El príncipe Z ha elegido a Giorgio como administrador de sus propiedades".

Más tarde encontré a Giorgio en un pueblito de la costa del Adriático; estaba arruinado, en desgracia, alejado de todo empleo, su familia hun-

dida en la desesperación a causa de haber votado por error contra los fascistas. Mientras pensaba en el destino de Giorgio entraron en el café algunos jóvenes. Podían ser lo mismo estudiantes que oficinistas de Wall Street. Un sentimiento de seguridad se apoderó de mí ante sus rostros impersonalmente amistosos. Uno de ellos se echó a reír en forma sonora con risa sana y no reprimida. ¡Qué bien me pareció! Estaban todos sentados cuando un mozo se les acercó y les dijo algo, señalándoles un grupo de gente madura. "Es cierto", contestaron los jóvenes y se fueron a otra mesa.

Sé lo que estos jóvenes serían en la Italia fascista, tierra de una juventud violenta, arrogante y fanática. Recordé cierta escena en un restaurante de Roma. Tres jóvenes camisas negras entraron con las cabezas echadas hacia atrás, soberbiamente desafiantes, imitando al Duce. Sus miradas provocadoras veían culpables en todas partes. Se sentaron en una mesa para seis y se burlaron del mozo cuando éste les advirtió tímidamente de que estaba reservada. Seis personas de edad entraron y aceptaron sin decir palabra dos mesas en un extremo, al ver quiénes estaban en su mesa reservada.

La idea de que leería otra vez noticias auténticas me hizo estremecer aquella primera tarde en Nueva York. Eché una mirada sobre un periódico que traía un artículo contra la política del Presidente Roosevelt. Y pensé en los periódicos italianos. Siempre lo mismo. Retratos de Mussolini ceñudo en la primera, segunda y tercera páginas Titulares "El Duce dice". "El Duce ha dicho". "El Duce dirá". "Los *avanguardisti* aclaman al Duce". "Los *balillas* aplauden al Duce". "Los Hijos de la Loba, firmes detrás del Duce". En un rincón de la cuarta página unas cuantas noticias bien censuradas.

A través de este periódico de Nueva York comprendí lo que significa el hambre de noticias. Recordé cómo recorría todos los días un montón de cuadras a las 12.30 en busca de la edición parisina del "Herald Tribune" para enterarme de lo que sucedía en Italia y en todo el mundo.

En este mismo restaurante de Nueva York planeamos un paseo en auto para el sábado por la tarde. En Italia, dije yo, no podríamos hacer un paseo el sábado por la tarde. Pero en cambio, sí, ese calar las ruinas, escuchando a cualquier joven fascista menos enterado que nosotros, explicar las cosas del pasado en términos del presente.

—Pero ¿qué es esa famosa fiesta fascista del sábado? ¿No tienen medio día de asueto?—preguntaron mis amigos.

—Sí; pero siempre que ustedes consideren una fiesta asistir a las conferencias fascistas o salir dirigidos por fascistas. Todos y cada uno dirigidos, siempre dirigidos".

Al abandonar este restaurante de Nueva York, mis pensamientos volaron a toda Norte América—un pueblo que ríe no obstante sus inquietudes, un pueblo valiente. Así era el pueblo italia-

no cuando recién lo conocí. Y ahora pienso en la Italia de cuyo rostro radiante ha desaparecido la sonrisa, cuya voz lírica ha sido silenciada y cuya libre voluntad ha sido ahogada.

Y pienso en el golpeteo insistente y destructor: "El Duce dice: Cree, obedece, lucha". Desde el nacimiento hasta la muerte, desde el alba hasta la noche su rostro siempre frente a ellos: en las casas, en los negocios, en cada muro y en cada edificio.

Pienso en las criaturas balbuceando *Duce* mientras juegan con sus juguetes militares fascistas; en los niños organizados en agrupaciones fascistas, "Hijos de la Loba", marchando al son de un canto al Duce; en las muchachas que siguen el camino ordenado, repitiendo Duce.

De modo que era esto lo que Mussolini quería decirme hace tres años cuando me aseguraba que lo primero que haría como jefe de gobierno sería imponer disciplina, disciplina y disciplina.

(De "Lyberty", New York).

América frente a Europa en el Arte

P o r A N G E L G U I D O

La primera reconquista criolla.—... Esa suerte de agonía del arte indio, a pesar de la inclemente esclavitud conocida, sobrevivió subterráneamente. Se diría, que en forma de gemido se arrastró todo el siglo XVI y todo el XVII. En el siglo XVIII, ese gemido sordo, concentrado, ahogado, se torna sorpresivamente enérgico, con testarudo afán por exteriorizarse, por vivir, por decir su palabra, por ir a la acción de arte insurrectamente americano.

Seguramente que ese espíritu de rebelión que se descubre en el arte del setecientos, tiene idéntica temperatura que aquel otro espíritu de rebelión social, que más tarde polarizó en nuestra total emancipación. Mientras Tupac-Amarú hizo temblar una parte de América sublevando sus huestes quichuas y aymaras, el indio quichua José Condori esculpía el sol y la luna, elementos de la flora indígena y sus extraordinarias indiátides, en el frontispicio de San Lorenzo, en Potosí.

Ya demostré en otra ocasión, cómo en el demasiado olvidado siglo XVIII se cumplió un verdadero proceso estético rebelde contra el arte de la metrópoli. En mi trabajo: "El espíritu de la emancipación americana en dos artistas criollos, demostré arqueológicamente aquel proceso indicado. Señalé, entonces, ampliamente, de cómo elementos de la fauna y de la flora indígenas, des-

plazaron las unidades decorativas barrocas europeas. El sol, la luna y la concepción sideral del cosmos incáico, se introducen heréticamente en los frontispicios de las iglesias católicas. Las indiátides reemplazan las cariatides europeas.

Un *pathos* indio campea en los enjovados frontispicios del setecientos. Mas, este alzamiento estético no se conforma con invadir la zona del antiguo Tauantinsuyu o del legendario Anáhuac. Reacciona contra la misma España.

La Sacristía de la Cartuja de Granada (1730-1760), pongamos por caso, se levanta en el más puro estilo mestizo mexicano. (Influencia mexicana hacia España que, dicho sea entre paréntesis, la vemos ahora repetirse en la innegable influencia de la pintura social, mural y de cartel, de Rivera y Orozco, en algunos pintores de la actual República Española).

Mucho lamentó que la necesidad de ser breve, me impida mostraros ampliamente la franca rebelión criolla del artista indio y mestizo del siglo XVIII, en sus múltiples y complejas expresiones. Sólo os diré, que por primera vez, después de casi dos siglos, vuelve el arte a incorporarse al paisaje y al hombre americanos.

La cosmovisión, la "Weltanschauung" del hombre americano del siglo XVIII logró su certera expresión estética, su ajustada polarización de Arte.

Pues bien, a esto llamo yo—entiendo sin exageración ni apasionamiento—la primera reconquista de América frente a Europa en el arte.

Pero, este clima mestizo, que dió tan admirable cosecha de arte mayor y de arte menor, sea en la plástica como en la música, no avanzó más allá de los comienzos del siglo XIX. Solamente en lo eminentemente popular, muy alejado de las grandes ciudades—como ampliamente demostráramos en otras ocasiones—persistió aquel flamante orden estético americano. En las ciudades, el arte oficial quebró categóricamente aquel estadio de maravillosa polarización criolla debido a la enérgica intervención europea del cosmopolitismo. Y se inicia, pues, lo que dimos en llamar: segunda conquista europea del arte en América.

(De "Universidad". Universidad Nacional del Litoral. Argentina).



Directorio Profesional Universitario

ARQUITECTOS

LUIS AVILA.

Edificio "La Nacional".
Despachos 1,009 y 1,010.
Tels.: 2-43-09 y J-28-01.

RAMON BATANZO.

Monte Olimpo N° 140, Lomas de Chapultepec.
Tel.: 5-82-03.

BERNARDO CALDERON Y CASO.

Subgerente de la Cía. Fundidora de Hierro y Acero de Monterrey, S. A.
Balderas N° 68.
Tels.: 3-23-05 y J-00-48.

FRANCISCO CENTENO.

3ª del Pino N° 139.
Tel.: 6-01-22.

CARLOS CONTRERAS.

Edificio "La Nacional". Despacho 1,004.
Tels.: 3-47-11 y J-30-85.

ENRIQUE L. CORTES.

Venustiano Carranza N° 42. Despacho 218.

FERNANDO M. DAVILA.

Cante N° 15. Despacho 401.
Tel.: 2-14-14.

MIGUEL DE LA TORRE.

Insurgentes N° 107.
Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, Departamento de Edificios.

PEDRO ALFONSO ESCALANTE.

Venustiano Carranza N° 48.
Tels.: 2-84-98 y L-28-27.

SALVADOR ESCALANTE.

Capuchinas N° 48, tercer piso.
Tels.: 2-84-98 y L-28-27.

GUILLERMO GAYON RAMIREZ.

Uruguay N° 91. Despacho 9 y 10.
Tels.: 2-08-06 y J-05-22.

CARLOS GREENHAM.

Edificio "La Nacional". Despachos 1,009 y 1,010.
Tels.: 2-43-09 y J-28-01.

JOSE LOPEZ MOCTEZUMA.

Tehuantepec N° 251.
Tel.: 4-34-50.

MARIANO LEON ORTIZ.

Uruguay N° 91. Despachos 9 y 10.
Tels.: 2-08-06 y J-05-22.

LUIS MAC GREGOR.

9ª de Jalapa N° 161-A.

FEDERICO MARISCAL.

Director de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de México.
Colima N° 292.

A. MUÑOZ G.

Escuela Nacional de Buenos Aires.
Puente de Alvarado N° 60.
Tels.: 2-66-47 y 2-81-92.

MANUEL ORTIZ MONASTERIO.

Edificio "La Nacional". Despachos 1,009 y 1,010.
Tels.: 2-43-09 y J-28-01.

VICENTE URQUIAGA Y RIVAS.

Av. Uruguay N° 95. Guadiana N° 11.
Desp. Tels.: 2-47-80 y L-89-64. Domicilio: L-92-61.

SALVADOR VERTIZ HORNEDO.

16 de Septiembre N° 5. Despacho 207.
Tels.: 3-41-81 y L-18-77.

JOSE VILLAGRAN GARCIA.

Cante N° 15.
Despachos 402 y 408.
Tels.: 2-14-14 y L-31-36.

GUILLERMO ZARRAGA.

Madrid N° 10.

AYUDE A LA LOTERIA NACIONAL
A SOSTENER LA
BENEFICENCIA PUBLICA



19 DE FEBRERO \$200.000

Vulcanizadora
Packard y Anexo

AMAURY MUÑOZ

La más moderna
Renovadora

Renueve sus llantas garantizándole que le darán el mismo servicio que le dieron las nuevas hasta el momento que las mandó usted renovar. **¡Hechos, no Razones!**

IMPORTADOR DE ACCESORIOS, REFACCIONES Y NOVEDADES

Distribuidor de las
famosas Llantas y
Cámaras

Goodrich Euzkadi

Tels. Eric. 3-15-97
Mexicana L-19-54

Atenas número 10

México, D. F.

CEMENTO TOLTECA

PORTLAND UNIFORME

LA CASA

HOFFMANN - PINTHER & BOSWORTH, S. A.

NADIE JAMAS HA TENIDO UN SURTIDO SUPERIOR AL NUESTRO EN
REACTIVOS, COLORANTES Y ESPECIALIDADES.
APARATOS, MEDIOS DE CULTIVO Y ENSERES
PARA LABORATORIOS DE PRIMER ORDEN.

Visitenos en nuestro amplísimo local: 8ª calle del Artículo 123, Núm. 128
Teléfonos: Mex. L-03-73. Eric. 2-00-05. Apartado Postal, 684. México, D. F.

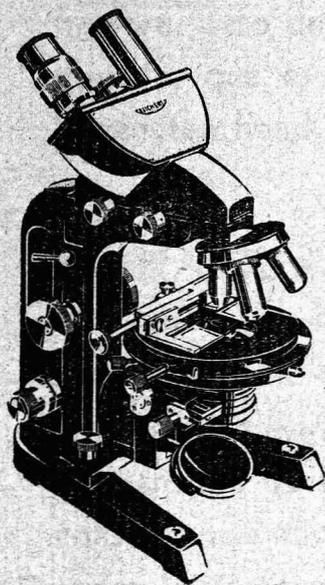
Artículos para Enfermos
Sillones para Inválidos
Fajas y Braqueros
Medias Elásticas
Etc. Etc.

Casa Mario Padilla
Motolinia 16. México, D. F.

ALFONSO MARHX

AV. INDEPENDENCIA
NUMERO 4

TELEFONO ERIC. 2-47-98
MEXICO, D. F.



REACTIVOS QUIMICAMENTE PUROS:

Unico depósito para la República Mexicana, de los Colorantes para Bacteriología, original del Dr. G. GRUEBLER. Fabricados por el Dr. K. Hollborn, Soehne, Leipzig.

ANTIGENOS:

Kahn. — Meinicke. — Müller.—
Wassermann.—Microscopios y Accesorios "C. Reichert".—Viena, Austria.
BALANZAS Analíticas e Hidrostáticas "SARTORIUS", Goettingen.

APARATOS PARA LABORATORIOS DE QUIMICA

ABSOLUTA GARANTIA UN SERVICIO PERMANENTE



LOS productos Remington Rand, que siempre han sido sinónimo de alta calidad, tienen el prestigio que se deriva de fabricantes mundialmente conocidos y apreciados que, en más de medio siglo de constante labor, han proporcionado a sus consumidores una firme y absoluta garantía, sobre bases de un completo y permanente servicio.

OCASIONALMENTE aparecen en el mercado artículos que momentáneamente alcanzan cierto renombre, pero que, no pudiendo ofrecer ese servicio continuado, que es una de las características de la garantía Remington Rand, son fácilmente substituídos y olvidados.

DURANTE más de treinta y cinco años, la Remington ha brindado a la República Mexicana un servicio completo y eficiente, por lo que puede asegurarse que la enorme aceptación que han tenido sus productos, independientemente de su calidad y prestigio propios, han sido consecuencia directa del servicio continuado impartido a todas las instituciones particulares y oficiales.

REMINGTON RAND *Internacional S.a.*

AV. MADRERO 55

MEXICO D.F.

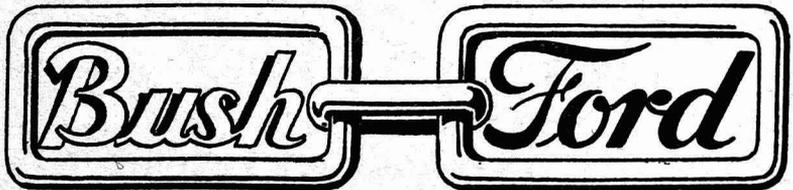


UNA CARTA ENTRE AMIGOS



haciendo mucho frío
Entiendo que vas a comprar un
Ford V-8 '37. Haces muy bien, her-
mano. Pero te aconsejo que lo compres
con Bush, S.A. en Palacio Legista-
tivo número 37. Compre el auto al-
te, te aseguro que su lema
"Atención Personal" no es
solo un adorno. Dan el me-
jor precio por su coche usado y
el servicio que te dan, además de
la cortesía con que le tratan a
uno, no me dan otro recurso que
recomendarlo!
Un fuerte abrazo de tu amigo
Jorge

Hacemos de cada cliente
UN AMIGO!



PALACIO LEGISLATIVO 37



Corona

CERVEZA *Regia*

DE MADUREZ COMPLETA



CERVEGERIA MÓDELO, S. A. CREADORA DE MORAVIA

Obras Selectas de Autores Mexicanos

EL MATERIALISMO HISTORICO, por Virgilio Domínguez.....	\$ 1.50
HISTORIA DE LA MUSICA, por Alba Herrera y Ogazón.....	„ 2.50
ANTOLOGIA DE LA PROSA EN MEXICO, por Julio Jiménez Rueda.....	„ 1.60
PRINCIPIOS DE ESTETICA, por Antonio Caso.....	„ 1.25
DISCURSOS A LA NACION MEXICANA, por Antonio Caso.....	„ 2.00
LA INSTRUCCION PUBLICA EN LA NUEVA ESPAÑA, EN EL SIGLO XVI, por T. Zepeda Rincón.....	„ 1.25
EL NACIONALISMO MUSICAL MEXICANO, por Pedro Michaca.....	„ 1.00
BIOLOGIA, libro de texto en Preparatoria, por I. Ochoterena.....	„ 1.50
NOCIONES DE MALARIOLOGÍA, por el doctor Galo Soberón y Parra.....	„ 4.00
LAS CIEN MEJORES POESIAS LIRICAS MEJICANAS.....	„ 1.50
CUENTOS MEXICANOS, por Francisco Monterde.....	„ 1.00
LA CIENCIA COMO DRAMA, por Agustín Aragón Leyva.....	„ 1.80
PEDRO MORENO, EL INSURGENTE, por Mariano Azuela.....	„ 2.50
METAFISICA, por José Vasconcelos.....	„ 4.00
ESTETICA, por José Vasconcelos.....	„ 10.00
ETICA, por José Vasconcelos.....	„ 7.00
GENIO Y FIGURA DE PICASSO, por Genaro Estrada.....	„ 2.50
LA FISILOGIA EN MEXICO, por el Dr. J. Joaquín Izquierdo.....	„ 12.00
HARVEY, iniciador del Método Experimental, por J. Joaquín Izquierdo.....	„ 15.00
TRAYECTORIA DEL CORRIDO, por Héctor Pérez Martínez.....	„ 1.50
VIAJES AL SIGLO XIX, por Enrique Fernández Ledesma.....	„ 5.00
LA FILOSOFIA DE HUSSÉRL, por Antonio Caso.....	„ 2.00
HISTORIA CRITICA DE LA TIPOGRAFIA EN LA CIUDAD DE MEXICO, por Enrique Fernández Ledesma.....	„ 5.00
INTRODUCCION A LA FILOSOFIA, por el Lic. Eduardo Pallares.....	„ 2.00

INSTITUTO MEXICANO DE DIFUSION DEL LIBRO

Av. Madero N° 29.

Despacho, 29.

MEXICO, D. F.

EL LIBRO QUE USTED QUIERA LO TENEMOS

Acompañe con cada pedido \$ 0.30 para gastos de certificación. Enviamos pedidos C. O. D., siendo los gastos por cuenta del comprador.

Imprenta
y **Galas**
Papelería

El mejor surtido
Los mejores precios

VISITENOS

Av. 16 de Septiembre, 51

Tels.: 2-06-40 J-23-59

México, D. F.

ESTA DE VENTA EL
INTERESANTE LIBRO

NOCIONES DE OBSTETRICIA

por el Doctor

FERMIN VINIEGRA

Precio del Ejemplar: \$10.00

Pídalo en la Editorial de la Universidad
Nacional de México.

Colegio "GROSO" Incorporado

UNA ESCUELA DE PRESTIGIO - UNA EDUCACION ESMERADA

En este Plantel se han educado los mejores miembros de la Sociedad Mexicana y son muchos los profesionistas de prestigio formados en nuestras aulas. Atentamente invitamos a los padres de familia, de la República Mexicana, para que envíen a sus hijos a una Escuela que tiene por norma:

Educación Esmerada y Disciplina Efectiva

Ambas son el resultado del trato con maestros cultos y del trabajo organizado que llevamos a cabo.

INICIACION DE CURSOS: 7 de enero. Las inscripciones continúan abiertas.

SERAPIO RENDON, 15. MEXICO, D. F.

Tel. Eric. 6-19-88.

Tel. Mex. L-76-63.

Primaria - Secundaria - Preparatoria

Admitimos Alumnos: Internos, Mediosinternos y Externos

Magnífico Servicio de Camiones.

SIRVASE PEDIRNOS FOLLETO.

ALUMBRAMOS LA CAPITAL

CASA SUAREZ
DEL REAL

Venustiano Carranza, 39
(Antes Capuchinas)

Eric. 2-13-57.
Apdo. 7260.
México, D. F.

IMPORTACIONES
DIRECTAS

MATERIAL
ELECTRICO

CANDILES
LAMPARAS DE MESA
ARTICULOS
PARA REGALO

Camiones **REO**
Automóviles **OPEL**

Unicos Distribuidores:

**Durkin Reo
Motor Co.,
S. A.**

Lafragua número 15

ESTA DE VENTA EL
INTERESANTE LIBRO

LAS CACTACEAS DE MEXICO

Por HELIA BRAVO H.

DEL INSTITUTO DE BIOLOGIA

Obra de 800 páginas, con más de 300 bellas fotografías originales
tomadas en el medio donde naturalmente viven
las Cactáceas, tan típicas de México.

Pídalo en la Editorial de la Universidad Nacional de México

Una pausa ...QUE RENUEVA SUS BRIOS

Qué ocupación por importante que sea...qué pasatiempo por ameno que resulte, no interrumpe usted día a día para encender un MONTE CARLO!

El aroma delicioso y sutil de sus incomparables tabacos; la certeza de que en MONTE CARLO encontrará usted el sedante para el desgaste de sus nervios, son como una pausa, un paréntesis - una coma en la brega cotidiana.



Monte Carlo

DEPARTAMENTO DE ACCION SOCIAL

EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL